

Don DeLillo

Jugadores



Lectulandia

Pammy y Lyle Wynant son una pareja atractiva, moderna, que parece tenerlo todo. Sin embargo, tras su vida «ideal» ronda un tedio persistente y una desesperación contenida que les llevan a vivir aventuras diferentes, pero igual de letales. Lyle ve a un hombre muerto en el parqué de la Bolsa y se implica con los terroristas responsables del asesinato; Pammy se marcha a Maine con una pareja de homosexuales... Insólitos en su terca normalidad, estos fríos «jugadores» se enfrentan indiferentes a la violencia que los rodea y que han contribuido a crear.

Publicada en Estados Unidos e inédita en español hasta hoy, *Jugadores* es puro Don DeLillo. El terrorismo —mucho tiempo antes de que fuera un tema de trágica actualidad— y el lado más oscuro de la clase adinerada contemporánea y su profundo descontento son la base sobre la que se sustenta esta ácida y curiosísima novela descrita por *The Washington Post* como «ingeniosa, sobrecogedora, soberbiamente controlada».

Lectulandia

Don DeLillo

Jugadores

ePub r1.0

Titivillus 11.03.15

Título original: *Players*
Don DeLillo, 1977
Traducción: Miguel Martínez-Lage
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA PELÍCULA

Alguien dice: «Los moteles. Me gustan los moteles. Ojalá fuera propietario de una cadena de moteles repartidos por todo el mundo. Iría de uno a otro y del otro a un tercero. Así me sentiría realizado».

Las luces del interior del aparato se atenúan. En el bar, con su piano, todo el mundo permanece momentáneamente inmóvil. Es como si cayeran por vez primera en la cuenta de cuántos sistemas de componentes mecánicos y eléctricos, qué exactitud en la gestión de las presiones, unidades de potencia, impulso consolidado y energía han sido necesarios para reducir la sensación de volar a este rudimentario temblor. Al otro lado de las ventanillas no queda ni un ápice del crepúsculo. Cuatro hombres, tres mujeres habitan ese espacio especial de movimiento en suspenso. El único ruido que se oye es el zumbido. Un segundo de oscuridad, cuanto hemos disfrutado hasta este instante, ha sido suficiente para intensificar el vínculo implícito que, más aún que la distancia, la velocidad, el destino, hace de cada viaje algo misterioso que es preciso descifrar en conjunto, por medio del talento de los viajeros, todos ellos paulatinamente al tanto del código de reconocimiento de todos los demás. En la cabina, ahí delante, ha terminado la comida, está a punto de empezar la película.

Al volver a encenderse las luces, el hombre sentado al piano comienza a tocar una melodía. Sentada cerca de él hay una mujer que frisa la treintena, de cabello claro, desdichada por estar volando. Hay un hombre a su izquierda, que sostiene el borde de su vaso contra el labio inferior. Está claro que van juntos, una pareja, soportándose el uno al otro.

La azafata pasa de largo con almohadas y revistas, echando un vistazo a la cabina, a la pantalla de proyección, donde los créditos de la película se superponen a una imagen fija de un campo de golf, luz de primera hora del día. Cerca de la entrada del bar del piano, a poco más de tres metros del piano, hay dos sillones separados por un cenicero de pie. En ellos se sienta otra pareja evidente, hombres en este caso. Los dos miran al pianista, disfrutando por adelantado del placer producido por cualquier comentario que sugiere su elección de las melodías.

La tercera mujer está sentada al fondo del compartimento. Come anacardos que se mete en la boca y acompaña con un *ginger ale*. Tiene cuarenta y pocos años, viste con indiferencia. Nada más sabemos acerca de ella.

Sin auriculares, claro está, los que se encuentran en el bar del piano no son capaces de oír la banda sonora de la película que se proyecta. Luz de primera hora, algo de neblina, superficies bruñidas por la humedad. Al desaparecer el último de los rótulos de los créditos, la banderola que señala un *green* a lo lejos ondea ligeramente

y aparecen varios hombres, golfistas con toda su parafernalia, por la izquierda de la pantalla.

A tientas, aún sin saber a qué carta quedarse en esos momentos todavía introductorios, el pianista en realidad interpreta una banda sonora característica de una película muda. Es algo que divierte a los demás, aunque sus sonrisas y sus gestos no se dirigen a nadie en concreto, se dejan llevar por la corriente, sin rumbo fijo, como sucede entre los viajeros en los primeros compases del viaje. Sólo la azafata parece molesta por los límites de esa asociación lógica entre música y película. Ciertamente, la película que ven es en efecto una película muda. Pero ella da la impresión de haber vivido con anterioridad esa misma rutina.

Entre el bar del piano y la pantalla, las hileras de asientos parecen estar desiertas, sin que asome una sola cabeza por los altos respaldos mecánicos. Damos por hecho que allí hay personas sentadas, inmóviles, satisfechas al observar las imágenes que se proyectan.

La mujer que está cerca del piano comienza a bostezar de un modo casi compulsivo, un ataque de algo no muy agudo. Bosteza en los aviones como bostezaba (adolescencia) segundos antes de subirse en una montaña rusa o (primera juventud) cuando marcaba el número de teléfono de su padre. Su acompañante, con una brusquedad estilizada, de naturaleza adecuadamente chaplinesca, alza el pie izquierdo por detrás y le propina un leve puntapié en el trasero, acto concebido con tal exquisitez que ella se ríe en pleno bostezo.

Los golfistas siguen caminando en la pantalla, siete u ocho en total, todos ellos blancos, varones, orondos, varios al volante de sus carritos de golf, salvando despacio los baches y las acumulaciones de hierba en fila india. Son de mediana edad y visten esa suerte de ropa deportiva más bien llamativa y descarada que suelen gastar los hombres de los barrios residenciales acomodados en los fines de semana, prendas de colores tan chillones que podrían servir como perfecta ilustración de la estupidez propia de la segunda infancia.

El pianista añade un elemento de suspense a su secuencia sonora. Su rostro, aunque arrugado en torno a los ojos, ha tardado en perder una apariencia de franqueza atractiva, el emblema objetivo de una competencia moral que solemos relacionar con los jóvenes que se dedican a la cerámica o a la investigación submarina.

Superficies húmedas, brisa suave, la neblina que se despeja poco a poco. Los golfistas se apiñan en torno al *tee* de salida de un hoyo y los integrantes de un improvisado equipo de tres practican por turnos el *swing*, contorsionando todo el cuerpo al seguir el vuelo de la bola. La ponen lejos, en plena calle, mientras sus compañeros practican también sus *swings*, uno de ellos (cárdigan amarillo) se coloca la cabeza del palo en el sobaco y finge apuntar con el palo, brevemente, cual si fuera un arma de fuego, un instante totalmente improvisado y ensombrecido por un entorno de actividad circundante.

El mayor de los homosexuales se inclina sobre el cenicero para dar a su

acompañante un codazo teatral. El pianista también se ha percatado del gesto casi disimulado del golfista del cárdigan amarillo, y responde a él con una serie de acordes graves. Trascendencia, presagios.

Vale la pena reseñar que paisaje y paisanaje se ven desde el particular punto de vista de una lente de largo alcance. Es toda una lección sobre la intimidad de la lejanía. En este contexto, el espacio parece no tanto una experiencia intuitiva cuanto una serie de densidades relativas. Interviene en bloques compactos. Lo que comparte la cámara con quienes miran la escena es una apreciación de la astucia óptica. La sensación de ser invisible. El público como testigo privilegiado.

La música del piano, banda sonora sustitutiva, así como vehículo de comentarios autónomos, comienza a expresar un mayor grado de (maliciosa) aprensión que se funde a pedir de boca con la secuencia de tomas cronometradas al milímetro, siendo cada una mínimamente más breve que la anterior, insinuación de que ese acontecer rutinario está próximo a ceder paso ante una presión imprevista.

La mujer más joven ha logrado contener sus bostezos. El hombre que tiene al lado se estudia las uñas de la mano derecha. Lo hace con los dedos doblados sobre la palma y el pulgar extendido. La mujer, sin apartar los ojos de la pantalla, alarga la mano, lo agarra del pulgar y se lo tuerce hacia atrás. Él levanta la mirada y pone los ojos en blanco. Al poco comienza a emitir un sonido que él, o quizás los dos, hacen cuando les inquieta la angustia, una decisión crítica, un pavor innombrable, la perspectiva de atender a unos aburridos invitados a una cena, su trabajo, el trabajo de ella. La mujer del fondo sigue mirando inexpresiva. Es un ronroneo prolongado, marcado por el murmullo de la «m».

Los golfistas, en esa apacible mañana de verdor, se concentran en el juego. Juntos de nuevo en una de las calles del campo, parecen posar momentáneamente con la gloria de una corporación ante una bandera lejana. Es ahora cuando eso que sigue oculto y vigilante, esa conciencia especial e implícita en la lente de largo alcance, ha de manifestarse.

De espaldas a la cámara, un hombre sale de la maleza y se planta en primer plano, a un centenar de metros de los golfistas. Cuando se vuelve para hacer una señal a alguien, resulta evidente que sostiene un arma en la mano, un rifle semiautomático. Tras hacer la señal vuelve a acuclillarse. Uno de los golfistas escoge un hierro.

Otro hombre sale de los matorrales y se pone en pie. Desconocemos su situación precisa respecto a los demás. Mira a la cámara. A sus espaldas, el bosque. Viste abigarradamente: gorra de béisbol con la visera levantada, chaleco desgastado, de cachemira, camisa de trabajo, cinturón cuartelero, pantalones blancos con las perneras por dentro de unas botas altas. Le atraviesan el pecho dos cananas en bandolera. Lleva un Enfield recortado.

La lente de largo alcance enfoca a un hombre y una mujer de pie sobre una pequeña colina. Más acordes graves. Acumulación de la fatalidad. A esa distancia parecen recortados en el cielo, inmóviles, los dos con sus rifles. Otra mujer, en un

plano mucho más corto, se encuentra sola en uno de los búnkeres de arena que jalonan la calle, descalza, con una camiseta de tirantes y unos pantalones de gamuza. Tiene una pierna doblada y carga todo el peso en la otra, la izquierda. Sostiene un machete apoyado en el hombro derecho.

El pianista se desplaza sobre la banqueta y se encarama un poco para ver mejor la pantalla, sin que se le extravíen los dedos del teclado. El primero de los terroristas comienza su larga carrera por la calle.

La mayor parte de lo que sucede a continuación ocurre a cámara lenta. Se ve correr uno por uno a los terroristas, que salen a campo abierto y avanzan hacia los golfistas. Por su juventud, por su atuendo desaliñado, de vaqueros y cuero, por sus carreras, no dejan de representar una especie de lírico interludio. La anormal velocidad a que se mueven sus cuerpos los hace parecer seres ingrátidos, casi animales que avanzan a duras penas hacia una transición fundamental, la belleza incomparablemente tosca como resultado de una tensa actividad física y detallada con esmero. En el cerro queda una sola figura, el hombre, con las manos en los bolsillos y el arma bajo un brazo.

El primero de los corredores abre fuego al aproximarse al grupo. Cae un hombre vestido con un jersey, se le caen de los bolsillos varias pelotas de golf. Los terroristas tratan de aislar a sus víctimas de una en una, a lo sumo de dos en dos, han matado a tres hombres casi de inmediato. Los cuerpos caen al suelo a cámara lenta. Hay sangre en las bolsas de los palos de golf, en los zapatos blancos, en los pantalones de cuadros escoceses. Varios hombres tratan de huir a la carrera. Uno enarbola el palo y es alcanzado en la entrepierna por el hombre que dispara el Enfield. Cae en una charca cuya superficie nubla la sangre. La azafata sirve combinados a la pareja de hombres, y un *ginger ale* a la mujer del fondo.

Hasta ahora la música de película muda no revela el extremo al que llega su verdadera relación con los sucesos que se despliegan en la pantalla. Al *glamour* de la violencia revolucionaria, al secreto anhelo que evoca en la más dócil de las almas, el brillante tintineo del piano aporta una ironía demasiado atinada para pasarla por alto. La simple inocencia de la música socava los cimientos del terror fotogénico, reduciéndolo a una vacua espiral.

Aquí se nos incita a recordar algo, aunque este acto memorístico podría ser más mítico que subjetivo, un carrete de sueños de Biografía. Flota a través de nosotros. Pianos de pared en un millar de máquinas de discos. Romance palpitante, comedia desternillante, suspense del que nos tiene en vilo. La historia, si así de ingrátida es, se lo suele pasar en grande, según nos enteramos, en lucha con la carga que lastra el presente.

En el bar del piano ríe el reducido público que se ha congregado, salvo la mujer que bebe *ginger ale*. A pesar de la fascinación de la cámara por las lozanas risas de esos hombres claramente prescindibles, la escena se vuelve algo confusa debido al melodramático piano. Nos vemos precipitados a una ambigüedad humorística y

grotesca, un espectáculo en el que personajes ridículos hacen cosas espantosas a unos idiotas de remate.

No es inconcebible que lo que dé más comicidad a todo esto (para algunos) sea la naturaleza del juego. El golf. Una ronda anal de precauciones escrupulosas y mezquinos pesares. Ver masacrar a unos golfistas, con un trino de arpegios y otros ornamentos, parece provocar a los del bar del piano, como mínimo, una risa sardónica.

Los cuerpos reciben los balazos en la arena o entre la hierba alta que flanquea las calles. Si todo resulta un poco como una de indios y vaqueros, pues tanto mejor. Uno de los golfistas trata de escapar al volante de su carrito, introduciéndose en el bosque. La joven del machete emprende la persecución balanceando los brazos a cámara lenta, con la melena al viento.

El pianista introduce un tema de caza. Su cara de adolescente burlón modula con gran cuidado cada sonrisa: una mueca por aquí, un estremecimiento por allá. A fin de cuentas, la violencia es experta y es intensa. Sus compañeros de vuelo ríen cuando el carrito de golf vuelca por una cuesta y la mujer resbala al perseguirlo, alzando despacio el brazo para asestar un machetazo de revés. El hombre trata de huir a gatas. Ella camina con aplomo junto a él, y le clava el arma en la espalda y el cuello. Ahí, la música de caza deja paso a un lamento ligero. La mujer deja el machete en el cuerpo y vuelve donde están los otros.

El hombre que había permanecido en lo alto del cerro echa a caminar ahora hacia el escenario de las recientes muertes. Es el lumínico ángel de la liberación, con gorra de visera e impermeable negro, proveniente del sol. Lleva manchas de betún bajo los ojos, y una gruesa capa de pigmento blanco en la frente y las mejillas. Los otros se plantan en derredor y respiran hondo, conscientemente atentos a nada más que su propia y exaltada fatiga. Él aparta de sí la recortada, tan en paralelo a su cuerpo como le resulta humanamente posible, con el cañón hacia arriba. Los golfistas están tirados por todas partes. Los vemos de encuadre en encuadre, rajados de parte a parte, paquetillos de laca. El cabecilla de los terroristas, *el jefe*,^[1] el mandamás, dispara varias salvas al aire, un rito de sangre o una proclama apasionada. Buster Keaton, dice el piano.

Y ahora la azafata sirve bebidas a quienes las necesitan y todo el mundo paulatinamente se desplaza a distintos puntos del bar del piano, manifiesta la pérdida de interés por la película en su intranquilidad poco menos que sistemática. Así trastornada la configuración, calla el piano, se hace caso omiso de la película, se tiene la impresión de que los sentimientos se han vuelto hacia dentro. Recuerdan que están en un avión: son viajeros.

Sus verdaderas vidas siguen estando allá abajo, e incluso ahora mismo vuelven a ensamblarse las piezas, invocando esta misma carne del aire, en el correo que espera a que se abra, en los teléfonos que suenan, en el papeleo sobre las mesas de las oficinas, en la ocasional pronunciación de un nombre.

UNO

El hombre a menudo estaba allí, delante del Federal Hall, en la esquina de Wall con Nassau. Enteco, con una sombra de barba gris, de unos setenta años de edad, sudoroso de un modo llamativo, con una camisa deshilachada y un traje un tanto raído por el uso excesivo, sostenía un rótulo improvisado por encima de la cabeza, a veces durante toda la tarde, bajando los brazos sólo el tiempo necesario para que la sangre volviera a circular con normalidad. El cartelón tenía un metro de largo por medio de alto, escrito a mano por ambos lados, con mensajes de corte político. Los que a esa hora holgazaneaban, la mayoría sentados en la escalinata del Hall, estaban demasiado absortos en los transeúntes para prestar al hombre y su rótulo —a fin de cuentas, una imagen conocida— más que un somero vistazo. Ahí, en el distrito, los hombres aún se congregaban con solemnidad para mirar boquiabiertos a las hembras. Trabajar en medio del rugir del dinero, creían, les daba ese derecho.

Lyle se encontraba ante la puerta de un restaurante, limpiándose las uñas con un mondadientes que había tomado de un platillo cuando pagó la cuenta. Por grato que fuera, ya no almorzaba en el club de la Bolsa, restringido a los miembros y a sus invitados, bien gestionado, aseado, cómodamente situado como estaba, con camareros tan capaces que a uno lo conocían por el nombre, tan amables las atenciones del personal de los lavabos que no parecía exigirle el menor esfuerzo, prestos con las toallas, eficaces en su imperceptible forma de cepillarle a uno el traje, negros de verdad, pese a quedar tan a mano con un acceso directo en ascensor desde el parqué. Vio al anciano del rótulo de pie a pleno sol, con los brazos en alto, una mano temblorosa. Luego se concentró en la muchedumbre que salía a almorzar o volvía a trabajar tras el almuerzo, preguntándose si de algún modo que se le escapaba se había convertido en un ser demasiada complejo para disfrutar de un almuerzo decente en un entorno acogedor y atractivo, servido, a un minuto del parqué, por camareros tan razonablemente simpáticos.

Al otro lado de Broadway, algunas manzanas al norte, Pammy estaba en el vestíbulo del lucernario de la torre sur del World Trade Center, luchando contra el gentío que la alejaba de las puertas de uno de los ascensores rápidos. Quería bajar, aunque trabajaba en la planta 83, porque se había equivocado de edificio. Era la segunda vez que volvía de almorzar y entraba en la torre sur en vez de la torre norte. Tendría que abrirse camino entre el gentío de la hora del almuerzo en el vestíbulo del lucernario, bajar a la planta principal, caminar hasta la torre norte, tomar el ascensor rápido hasta ese otro vestíbulo del lucernario, en la otra planta 78, abrirse camino entre otro gentío no menos compacto y bullicioso, tomar el ascensor general a la 83, los paneles vibrando. Tratando de avanzar de costadillo, notó que alguien, muy cerca,

la miraba fijamente a la cara.

—Eres Pam, ¿no?

—No te... ¿Qué?

—Soy Jeannette.

—La verdad es que no.

—Del instituto.

—Jeannette.

—¿Cuántos años hace?

—Del instituto, Jeannette.

—No te culpo por no acordarte. La de tiempo que...

—Me parece que ya me acuerdo.

—Trabajas aquí, ¿verdad? Aquí trabaja todo el mundo.

—Se supone que bajaba.

—¿Aún te acuerdas? Jeannette, la amiga de Teresa y de Geri.

—Entonces me acordaba.

—Hace una pila de años, ¿no?

—No me dejan entrar, no me van a dejar.

—Pero... ¿no te encanta este sitio? Tendrías que ver cómo voy a la cafetería. Un ascensor general primero y luego el rápido. Y luego el rápido de subida. Y después las escaleras mecánicas, si consigues llegar sin que te arranquen la piel a tiras.

—Sin que te la arranquen de cuajo, lo sé.

—¿Trabajas para el Estado?

—No, es que me he equivocado de torre.

Pammy y Lyle ya no salían mucho. Antes sí dedicaban mucho tiempo a descubrir nuevos restaurantes. Se desplazaban hasta los confines más remotos de la ciudad, almorzaban en pequeñas madrigueras fluviales, pegada a las vías de acceso a los puentes, o bien en restaurantes de familia de los barrios más alejados, pues su decoración neutra, y su alejamiento, eran señal de una autenticidad inequívoca. Iban a los clubes donde hacían pruebas los nuevos talentos, donde improvisaban las *troupes* de cómicos. Los fines de semana de primavera salían a comprar plantas en los invernaderos de los suburbios e iban a los embarcaderos de City Island o de North Shore, a ayudar a que sus amigos vieran en sus yates adquisiciones dignas de nota. Poco a poco disminuyó su radio de acción. Las propias películas, los programas dobles en los urinarios con lámparas de cristal de la parte alta de Broadway, dejaron de tentarles. Lo que parecía faltar era el propio deseo de compilar lugares, vivencias.

Cenaban unos bocadillos, sopa de sobre, o bien iban al café de la esquina, donde comían deprisa cualquier cosa mientras alguien fregaba el suelo debajo de su mesa, resoplando como un bajista de jazz. Había un chino a menos de tres manzanas. Ése era el máximo de sus desplazamientos las más de las noches y los fines de semana, cuando se trataba de hacer algo sin finalidad utilitaria precisa. A Pammy se le daba de maravilla distinguir a los camareros. Para ella era una fuente de callado orgullo.

Lyle pasaba el tiempo viendo la televisión. Sentado en la penumbra a poco más de medio metro de la pantalla, cambiaba de canal cada medio minuto poco más o menos, a veces con frecuencia mucho más alta. No buscaba algo que pudiera suscitar y mantener su interés. No se trataba de eso. Simplemente disfrutaba con el destello de cada nueva imagen. Exploraba el contenido sólo hasta cierto punto. El deleite entre táctil y visual que le procuraba cambiar de canales era aún mayor, y transformaba incluso los momentáneos contenidos aparecidos al azar en plácidas abstracciones territoriales. Ver televisión era para Lyle una disciplina como las matemáticas o el zen. Los anuncios, los cortes de emisión, los programas en español daban de sí mucho más, por norma, que la programación al uso. La naturaleza reiterativa de los anuncios le interesaba. Ver muchas veces idénticas secuencias era una prueba de fuego para sus recursos oculares, para su capacidad de seleccionar, de fraccionar el tiempo y subdividir cada instante. Rara vez ponía el sonido. El sonido era mucho mejor en las emisoras de UHF que empleaban un equipo de emisión defectuoso o lenguas que no fueran el inglés.

De vez en cuando miraba un rato alguno de los canales en abierto. Todas las semanas había una hora más o menos reservada para la pornografía de fabricación casera, trabajo de artesanos nativos. Encontraba en la pantalla una verdad más descarnada, más tosca desde luego que en toda la carne lustrosa de las revistas de papel satinado. Se sentaba en su cuenco de espacio curvo, en su luz polvorienta. En toda esa cantidad de agresividad genital había una falta de modestia llamativamente pueril. Gente de la calle en busca de alguna cosa que succionar. Cámaras sostenidas a pulso en busca de una entrepierna pescada al azar. Lyle permanecía impávido mientras duraba esta secuencia de cuerpos pequeños y grises. Lo que acertó a ver retuvo su atención por completo, a pesar de que no estimulaba sus sentidos. La hora que transcurrió así le parecieron cuatro. Fatigado como estaba, vaciado, aburrido de ver a aquellos desesperados hacer posturitas, con facilidad podría haberse pasado la noche entera viéndolos, atrapado por el efecto red de la televisión, por el resplandor electrostático que semejava un estado de privilegio, a caballo entre la onda y la imagen visual, un secreto de energía celestial. Se preguntó si no se habría vuelto un individuo demasiado complejo para contemplar cuerpos desnudos y excitarse.

—Eh, mira. Aquí estamos, tú. El futuro se nos ha caído encima hecho pedazos. ¿Y qué pinta tiene lo que se ve?

—Caramba, vaya susto que me has dado.

—Ésta es la pinta que tiene. Olas y olas de electricidad estática. Como si algún haz de luz te propulsara por delante de toda previsión, lo cual explica el efecto zumbido que desprende. Parecen gente de lo más soez que haya en toda Mercer Street.

—Oye, déjame dormir.

—Mira, mira. Te lo digo en serio. Tal cual. Lo que quiero decir es que estamos aquí observando en la intimidad y el confort de nuestro dormitorio y ellos tienen un

loft y una cámara y todo eso se exhibe porque así es la ley. Nada más ver una cámara se desnudan. Antes, la gente saludaba agitando la mano.

—Vale.

—Aquí mismo. Aquí mismito, damas y caballeros. Vean cómo juegan los osos panda con sus caquitas. La bomba, es la bomba.

Pammy tenía una de esas sonrisas que dejan al aire las encías superiores. Alguien le dijo alguna vez que eso era conmovedor. En sus movimientos más complicados, al llevar un paquete o al sortear a los vagabundos en la calle, mostraba una torpeza, una falta de aplomo tales que era como si una ovación cerrada la devolviera a sus años de juventud. Tenía la cara fina y estrecha, el cabello lacio y de un rubio moderado. A la gente le gustaban sus ojos. Asomaba en ellos una presencia que parecía a veces dar un salto, sobre todo en el momento de los saludos. Era animada en la conversación, muy gesticulante, propensa a interrumpir a su interlocutor, a adelantarse y a clavar los ojos en la boca del otro, repitiendo con sus propios labios, a veces, el ritmo de las palabras ajenas. Tenía un cuerpo firme y recto, que podría haber pasado por el de una nadadora. A veces no se identificaba con su propio cuerpo.

Trabajaba para una empresa llamada Consejo de Gestión del Duelo. No era un juego de palabras: con el epígrafe de Duelo se designaban los sufrimientos mentales graves, el remordimiento más profundo, la angustia extrema, las penas agudas y similares aflicciones y trastornos. El número de empleados oscilaba a veces radicalmente, de un mes a otro. En sus folletos, cuyo texto escribía Pammy, Gestión del Duelo era descrita como una serie de organizaciones amplias y nutridas, crecientes, de servicios personales, cuyas clínicas, material impreso y asesores capacitados estaban al servicio de la comunidad en sus esfuerzos por entender y asimilar los trastornos del ánimo. Había tarifas precisas para individuos, para grupos, para consultas especiales; estaban fijadas las tarifas por los libros de apoyo, por asistencia y enseñanza, así como el pago por sesiones de familia y por seminarios de terapia de penas conyugales. La mayoría de las sucursales regionales eran pequeñas, estaban situadas en edificios bajos, en donde también se hallaban empresas de productos quirúrgicos y laboratorios de radiología. Tales edificios eran por lo común los primeros de los complejos que, pese a estar planificados al detalle, nunca terminaban de materializarse por entero. Pammy había visitado unos cuantos a fin de recabar información, y las fotos que sacaba para incluir en sus folletos tenían que ser recortadas con todo esmero para eliminar los solares sin construir, la tierra apisonada, las malas hierbas. Había sido una idea originalmente suya: el World Trade Center resultaría una sede absolutamente inusual para un negocio como aquél. Pero cambió de opinión con el paso del tiempo. ¿Dónde, si no, almacenar todas aquellas penas? Alguien había anunciado que un buen día la gente ansiaría dar con un medio para codificar sus emociones. Se necesitaría, para entonces, una estructura administrativa. Equipos de conductistas organizados en las cloacas, de acuerdo con una nueva marca de futurismo basada en procedimientos nuevos. A Pammy, las torres le parecían algo

provisional. Seguían siendo meros conceptos, no por su desmesurado volumen menos transitorios que cualquier distorsión rutinaria de la luz. Que las cosas aún parecieran más fugaces era algo concomitante con el hecho de que el espacio de las oficinas de Gestión del Duelo fuese continuo objeto de redistribución. Los operarios sellaban algunas zonas con nuevos tabiques, abrían otras zonas, cambiaban de sitio los archivadores, llevaban las sillas rodantes y las propias mesas de acá para allá. Era como si se les hubiera indicado que ajustasen la cantidad del mobiliario de acuerdo con los niveles del trastorno nacional.

Pammy compartía una zona tabicada con Ethan Segal, que era responsable de coordinación de actividades en las oficinas regionales. Debido a su cabello, que llevaba más bien largo, y a su repertorio de gestos anticuados, a su manera de vestir extravagante y desaseada, a un excesivo refinamiento del estilo, por tanto irónico, Pammy lo consideraba un individuo de corte semieduardiano. Hasta las señales que daba de hallarse en una más que mediana edad aparecían teñidas por una suerte de ornamentación risueña. El exceso de peso le prestaba cierta ligereza, como sucede con determinadas personas, y Ethan aprovechaba esa ilusoria levedad para dárseles de despreocupado e indiferente a la vez que caminaba, altivo en la conversación, cobarde en los juegos. Y sus histriónicos gestos de brazos abiertos, sus gestos anticuados, se tornaban tanto más teatrales y vacuos (intencionadamente) a medida que se colaban en su pose ciertas irregularidades. Con él vivía Jack Laws, aspirante a ir dando tumbos por la vida. Jack tenía un mechón de pelo completamente blanco que le asomaba por detrás, por el cuello de la camisa; por lo demás, su cabello era negro. El éxito que tenía con determinada clase de personas se basaba sobre todo en esa falla genética. Era la marca, la etiqueta, el sello, la firma, el emblema de algo misterioso.

—Adorable, inútil de Jack...

—¿Qué pasa? Estoy trabajando.

—Es pasmoso, es casi sobrenatural, de veras, el modo en que alguien se hace una idea, ese minúsculo anhelo de algo, tan humano, que entonces pasa a ser una forma de vida, la obsesión de la época. A mí me parece pasmoso, la verdad. Una persona como yo. Nutrida de realidades, de certezas, de las limitaciones de las cosas...

—Me confundí de torre.

—Jack lo que querría es irse a vivir a Maine.

—Pues lo que yo te diga, ¿sabes? ¿Por qué no?

—Es la fuerza que mueve su vida, aunque sea de repente, caída del cielo, precisamente Maine, qué mundo, es todo lo que hay, y más si se tiene en cuenta que nunca ha estado allí.

—Pero es una buena palabra —dijo ella.

—Maine, no me digas.

—Maine, es lo que digo yo —dijo ella—. Quizás sea simple, Ethan, pero tiene algo, tiene fuerza. Se tiene la sensación de que es el meollo, una especie de meollo, el meollo moral.

—Si me lo dice una persona que elige las palabras, algo tendrá que significar.

—Claro que elijo las palabras, no te quepa duda.

—Entonces, a lo mejor Jack tiene algo que...

—Ethan, Jack siempre tiene algo. Sea lo que sea, Jack se apropia del sentido interno de la cosa en sí, de su centro mismo, de su corazón. Eso es algo que los dos sabemos de Jack.

—¿Y yo qué hago? ¿Ir y venir de allá al trabajo? ¿En el día?

—A mí me gustaría estar allí ahora mismo —dijo ella—. Esta ciudad. Esta época del año...

—Julio, agosto.

—La ciudad de los chillidos.

—Así que piensas que algo tiene.

—Yo elijo las palabras.

—Piensas que ha escogido una buena.

—Jack nunca falla. Jack acierta siempre.

Del mismo modo que consideraba a Ethan una suerte de semieduardiano, consideraba su boca, aparte del resto de su persona, como algo alemán. Tenía unos labios autoritarios, una especie de natural mueca de desdén; en ocasiones, cuando poco le faltaba para babear al reírse, en las comisuras de los labios le asomaba salivilla. Ésas eran las cosas que Pammy relacionaba con las escenas del alto mando alemán en las películas sobre la segunda guerra mundial.

—A lo mejor vamos a echar un vistazo.

—¿A echar un vistazo? ¿A qué?

—Al terreno. A ver qué pinta tiene. Sólo a ver. Se lo está diciendo a todo el mundo. O Maine, o nada. Y no es cuestión de que yo vaya y vuelva en el día, por descontado que no. Pero sólo a echar un vistazo. Tres semanas, cuatro. Ya se le quitará la idea de la cabeza, ya volveremos. La vida volverá a ser como antes, el mismo rollo de siempre.

—Maine.

—Tienes razón, ¿lo sabes? Qué lista eres, Pammy. Tiene una especie de fuerza tallada en cristal de roca. Irrompible. Igual que Connecticut. Me gusta oírlo.

—Maine.

—Dilo, dilo.

—Maine —dijo ella—. Maine.

Lyle vio su número en la pantalla de las llamadas. Se dirigió a una de las cabinas que se alineaban en la pared sur, para alcanzar el teléfono que le tendía un recepcionista.

—Compra cinco mil de Motors a sesenta y cinco.

—General Motors.

—Hay más detrás.

Colgó el teléfono y se dirigió al puesto 3. Un viejo amigo, McKechnie, atravesó

la sala en perpendicular hacia él. Se cruzaron sin dar muestras de haberse reconocido. A lo largo de las horas siguientes y de forma esporádica, a medida que Lyle se desplazaba por diversos rincones del parqué, negociaba en el anexo del garaje, conversaba con clientes en su cabina, no dejó de pensar en algo que no se le había pasado por la cabeza desde muchos años antes. No atinó a recordar cuándo se le había ocurrido por primera vez esa sospecha. Obviamente, tuvo que haber sido muy pronto. Todo el mundo estaba al corriente de sus pensamientos, pero él no sabía nada de los pensamientos ajenos. Por el parqué, la gente se empezaba a desplazar más deprisa. Flotaba en el aire un potencial mixto, eléctrico, una sensación casi precipitada de deleite y de congoja. En la pantalla, un precio ocasional suscitaba un rumor entre los *brokers*, los especialistas, los recepcionistas. Lyle contemplaba los códigos de las acciones y las cifras inclinadas que pasaban por debajo, según iba escupiendo el ordenador. Delitos sexuales internos. Un bordado de violencia y rencor. Tales eran las vergüenzas de su adolescencia. Si todos los presentes supieran sus pensamientos en ese preciso instante, si ese mensaje cifrado y verduoso que se desplazaba sobre la pantalla representase las lecturas de Lyle Wynant, sólo le provocarían una clara humillación los despojos mentales, toda la basura innombrable, los cristales rotos, los trapos, el papel de sus mínimas, indefinibles manías. Las conversaciones que mantenía consigo mismo cuando viajaba por un túnel sujeto a una correa colgante del techo. Todos los patrones ceremoniales, las tareas domésticas del alma. Todo eso era mucho más revelador, según creía, que cualquier variación sobre el incesto rutinario. Aumentó el ruido en el parqué al aparecer Xerox en pantalla. Mensajeros —masculinos y femeninos— flirteaban en pleno tránsito de un lugar a otro. Los restos de papel se acumulaban. Probablemente, creer que todo el mundo sabe lo que uno está pensando no fuera un sentimiento insólito entre niños ya de cierta edad y entre adolescentes. Te pongo en el centro de las cosas, aunque de un modo pasivo y aterrador. «Lo saben, pero no lo muestran». Cuando el ritmo aflojó un poco se acercó a la zona de fumadores, detrás del puesto 1. Allí estaba Frank McKechnie, fumando con avidez un cigarrillo.

—No estoy de humor.

—Yo tampoco.

—Es la decadencia total.

—¿De qué me estás hablando? —dijo Lyle.

—Del mundo exterior.

—Ah, ¿todavía sigue ahí? Creí que lo habíamos negado con absoluta eficacia. Creí que ése era el resultado final.

—Yo voy por ahí y sólo veo máscaras mortuorias. Éste, el otro, el de más allá. Mi mujer ha empezado a hacerse pruebas. Le toman muestras de tejido de la axila. Mi hermano también está ahí fuera, con sus llamadas de teléfono. Estoy viendo visiones, Lyle.

—Pues no vayas a casa.

—Tengo entendido que la gente como tú tenéis algo que ver últimamente. —¿De qué se trata?

—El nuevo secreto de Zeltner. Tengo entendido que anda y que habla que no veas.

—Yo todavía no he ido por allí esta semana.

—El no va más. De morirse, tengo entendido. Ojalá pudieras verificarlo y así me lo cuentas. Tengo que sobrevivir de alguna manera. No estoy de humor para lo que se cuece ahí fuera. Mañana va a hacerse más pruebas. Los putos médicos dicen que podría ser un cáncer.

—A ver si comemos juntos un día de éstos.

Pammy consideraba los ascensores del World Trade Center como «sitios». No sin cierto desdén morboso se preguntaba: «¿Cuándo llega este sitio a la planta 44?» O: «¿No es sólo cuestión de tiempo hasta el día en que este sitio se quede atascado y yo me quede dentro?» Los ascensores en principio debían ser recintos. Aquéllos eran demasiado grandes, la verdad, para encajar en tal descripción. También contaban con distintas puertas para entrar y salir, lo cual sin duda era rasgo propio más de los sitios que de los ascensores.

Si los ascensores eran sitios, los vestíbulos eran «espacios». Tenía la sensación de que era necesario el empleo de términos abstractos ante tan tiránica grandeza. Cuatro veces al día se encontraba reducida, progresivamente jibarizada, al atravesar esa moqueta entre morada y azul. Espacios. Localizaciones indefinidas. Posiciones consideradas como sí algo las ocupase.

Desde las oficinas de Gestión del Duelo contempló la tierra ganada al mar, los muelles, las extremidades occidentales de las calles anónimas. Incluso desde tal altura detectaba la intensidad henchida, una fuerza lenta y sin rumbo fijo. Ascendía por el aire, las almas de los vivos.

Lyle se afeitaba simétricamente, procediendo con un segmento de la mitad izquierda de la cara, luego con el segmento correspondiente de la mitad derecha. Tras cada una de las series izquierda-derecha, la espuma que le quedase la distribuía por igual.

Al cruzar las calles por la mañana, Pammy iba atenta a los coches que avanzaban a sus espaldas y que de pronto aparecían en su campo visual, obligándola a detenerse cuando giraban a uno u otro lado. La ciudad funcionaba según principios intimidatorios. Ella lo sabía y procuraba estar alerta, procuraba que no le invadiera el miedo al cruzar por delante de un parachoques que avanzaba en medio del denso tráfico peatonal.

El coche que doblaba hacia Liberty Street no la arrinconó. Inesperadamente, frenó cuando ella se disponía a cruzar. El conductor llevaba una mano en el volante, la izquierda, e iba sentado con gran parte de la espalda apoyada contra la puerta. Iba mirándola prácticamente de frente; ella avanzaba directamente hacia él. Vio por la ventanilla que llevaba las piernas bien separadas, con el pie izquierdo aparentemente en el freno.

Había posado la mano derecha en la entrepierna y se la frotaba. Ella tuvo una vaga conciencia de que otras dos o tres personas cruzaban la calle. El conductor la miró, luego se echó un vistazo a la mano. Tenía pinta de estar ajetreado, un tanto apresurado incluso. Ella se volvió y atravesó la calle por el centro, con la intención de cruzarla bien por detrás del coche. El hombre aceleró con rumbo este, hacia Broadway.

Rondaban por las calles en coches, y eso era nuevo para ella. Sintió una aguda humillación, un conocimiento inequívoco de haber visto reducida su valía. Comenzó a trazar una línea recta hacia la torre norte, pero sin tener verdadero sentido de la dirección emprendida. Repartía su cólera alrededor. Avanzaba entre enormes manchurroneos indiferenciados, campos de cosas sin concretarse. En cierto modo era imposible rechazar esa clase de ofrecimiento. Verlo ya era aceptarlo de una manera automática. Él la había llevado en su coche a una terminal de carga, en la otra orilla del río, donde aparcó cerca de un edificio aislado, con las ventanas rotas. Allí le enseñó su manera de hablar, sus creencias y costumbres, los nombres de su padre y de su madre. Hecho esto, ya no tuvo que ponerle las manos encima. Ya eran el uno parte del otro. Ella lo llevaba encima, como si fuese un escarabajo muerto en su bolso.

Cuando estaba en la universidad, las chicas de su pasillo, en el colegio mayor, llamaban «vertidos» a los pervertidos. A cualquier ruido en el bosque, más allá de las ventanas, reaccionaban avisándose unas a otras: «Alerta de vertido, alerta de

vertido». Pammy enfiló la puerta de entrada y atravesó el inmenso vestíbulo, el espacio norte, unida de pronto a miles de personas llegadas de todas las demás aberturas, en especial de las bocas de metro, donde los vendedores ambulantes vendían paraguas colgados de unos ganchos de las instalaciones todavía sin terminar de construir. Habían sido tan bobos como para anunciarse con una rima.

Lyle verificó que llevaba en los bolsillos las monedas, las llaves, la cartera, el tabaco, el bolígrafo y la libreta de notas. Lo hacía unas seis o siete veces al día y lo hacía distraído; sus manos sólo rozaban la superficie de los pantalones y la chaqueta mientras caminaba, después de almorzar, al bajarse de un taxi. Era una rutina que no le exigía una planificación consciente, si bien le tranquilizaba, y eso tenía una importancia suprema, la presencia de sus objetos personales en sus lugares de costumbre. En la cómoda, en su casa, apilaba las monedas. A veces trataba de verificar durante cuánto tiempo era capaz de utilizar una toalla de manos para secarse la cara antes de verse obligado a echarla al cesto de la ropa sucia. A veces se ponía una de las tres o cuatro corbatas cuyo estampado y color en realidad le desagradaba bastante. Las otras corbatas, las buenas, las usaba con tiento; prefería verlas colgadas en el armario. Le producía placer el saber que iban a durar más que las corbatas de menor valía.

Tenía el cabello pajizo y era alto. Era el socio más joven de la empresa. Aunque nunca había usado gafas, siempre aparecía alguien que se empeñaba en preguntarle qué había sido de sus gafas. Algo había en su serenidad, quizás en su prácticamente innegable amaneramiento, que daba a entender lo apropiado de que llevara gafas. Alguien, uno de los mismos que se empeñaba en saber de sus gafas, al verle sacar un cigarrillo del paquete, sacudiéndolo, le preguntaba cuándo había empezado a fumar. A Lyle le dolía en secreto esa falta de atención o de memoria por parte de sus conocidos. Pero él creía que, de algún modo, el fallo era suyo.

En sus movimientos había una cierta formalidad, una precisión de cajero. Rara vez parecía ir con prisas, ni siquiera en el parqué, aunque esa apariencia era engañosa, resultado de un andar comedido, de su modo de maniobrar a la deriva en una sala. Su cuerpo estaba despojado de todo exceso. No tenía vello pectoral, no tenía más que una sedosa pilosidad en los brazos y las piernas, casi imperceptible. Tenía los ojos grisáceos y la mirada mansa, la conjetura de un cierto distanciamiento. Esa pálida mirada, esa sobriedad de rasgos, su ausencia de líneas marcadas, sus gestos espaciados daban a entender que era una persona a la que resultaría muy difícil conocer a fondo.

El viejo estaba de nuevo delante del Federal Hall, con los ojos lagrimosos y la barba rala, una vez más con el cartelón sobre la cabeza: bancos, tanques, corporaciones. El rótulo estaba hecho de estrechas lamas de madera, unidas unas a otras, con lo que resultaba relativamente firme incluso ante el viento cuando soplaba. Lyle cruzó la plaza en diagonal hacia la Bolsa. El aire ya estaba caldeado. A la hora del cierre de los negocios, todo el mundo buscaría a la desesperada lugares donde

escondese. En el distrito financiero todo tendía a desplazarse más allá de los límites de lo aceptable. Los edificios altos y apiñados contenían los objetos, reflectaban unos en otros el calor, canalizaban las ráfagas de viento oceánico durante todo el invierno. Era un ambiente de prueba también para los estados de ánimo extremos, mujeres con carros de la compra llenos de basura, un hombre que arrastraba un colchón, borrachuzos de a pie que llegaban desde la zona portuaria, desde los cráteres de los solares en construcción cerca del Hudson, gente que iba descalza por la calle, amputados, lisiados, friquis, hombres que se separaban de grupos de hombres que dormían sobre cajones de pescado, bajo los pasos elevados, y que cojeaban al deambular por delante de los terraplenes, el helipuerto, Broad Street, andrajos vivientes. Lyle pensaba en tales individuos como si fuesen infiltrados en el distrito. Elementos que se habían filtrado. Innominados despliegues de existencia. El recurso de la locura y la sordidez como textos para la denuncia del capitalismo no le parecía que encajase, y ello a pesar de las apariencias. Era otra cosa lo que habían terminado por significar tales hombres y mujeres que gritaban a voz en cuello y arrastraban el vómito pegado a los pies. El que portaba el cartel a la entrada del Federal Hall no formaba parte de todo aquello. Estaba en su contexto, profesaba a las claras su oposición.

Lyle charló de cualquier intrascendencia con los demás ocupantes de su cabina. Encima de un teléfono, pegada a la pared con celo, se veía una hoja con la porra correspondiente a un partido de béisbol. El parqué empezaba a llenarse. Por lo general, la gente estaba animada. Se respiraba una sensación de cordura incluso en los momentos de máximo desatino. Todo estaba ensayado a fondo. Había reglas, criterios, costumbres. En medio del ruido electrónico era posible sentir que uno formaba parte de una sobrecogedora e intrincadísima búsqueda de orden, de elucidación, de identidad entre los elementos constitutivos de un sistema. Todo el mundo hacía un reconocimiento del terreno en pos de un cierto equilibrio. Tras los gritos de los *brokers*, las estimaciones, las pujas, la cadencia y el soniquete de una subasta, siempre se hallaba un precio final, bueno o malo, y una nivelación de los deseos de las criaturas de este mundo. Los integrantes del parqué eran gente práctica, realista. Se gastaban bromas pesadas. No se internaban más allá de los márgenes de las cosas. Lyle se preguntaba qué parte del mundo, el lugar del que compartían una lúcida visión, era la que aún le estaba adjudicada para vivir.

Momentos antes de mediodía algo sucedió cerca del puesto 12. A Lyle al principio le pareció un alabeo indistinto, un hundimiento del patrón habitual. Percibió la prisa, una turbulencia desacostumbrada, gente que se apiñaba y miraba en derredor. Reparó en el ruido agudo y seco que había oído momentos antes: un disparo. Armas de pequeño calibre, pensó. Hubo otra ráfaga de actividad, esta vez más deslavazada, en el puesto 4, más cerca de donde se hallaba Lyle, no lejos de la entrada al anexo de la sala azul. Un griterío, unos cuantos individuos, incertidumbre, las voces atrapadas en un saludo ^de cortés sobresalto. Vio la primera acción clara, hombres que se

desplazaban deprisa en medio de la masa, de costado, sorteando a la gente, tratando de abrirse paso a la fuerza. Iban persiguiendo a alguien. Quienquiera que fuese se aproximó a la entrada de la sala azul. Allí reinaba una total confusión. Un guarda jurado pasó rozándolo. Era imposible correr en medio del gentío. Todo el que se desplazaba deprisa lo hacía de costado o de tres cuartos, pasito a paso. Sonó el gong electrónico. En el otro extremo de la sala vio algunas cabezas que subían y bajaban por encima de la muchedumbre, una fila entera: los perseguidores. Los que se hallaban en la sala azul no sabían adonde mirar. Una joven, una mensajera de traje de chaqueta azul, se tapó la boca con el papel que llevaba en ese momento a algún lugar. Lyle se volvió en redondo y se dirigió al puesto 12. Allí había un cuerpo tendido. Alguien le practicaba el boca a boca. La sangre se extendía sobre el pecho de la víctima. Lyle vio a un hombre apartarse de un reguero que se extendía por el suelo. Allí, todos parecían muy atentos. La quietud se había adueñado del lugar. Era la zona más calma de todo el parque.

Entrada esa misma tarde se tomó una copa con Frank McKechnie en un bar no lejano de la Bolsa. McKechnie empezaba a tener pinta de ser el chófer personal de algún zar del crimen organizado. Era bajo y fornido, estaba cada vez más canoso, y sus prendas de vestir a duras penas soportaban el empuje de firmeza y de anchura que había experimentado a lo largo de los últimos años. Fumaron en silencio unos momentos, mirando las filas de botellas. McKechnie había pedido dos cañas frías con ademán casi beligerante.

—¿Qué sabemos de momento?

—George Sedbauer.

—No me suena —dijo Lyle.

—Yo conocía a George. Era un tipo interesante. Con encanto. Capaz de encandilar al más pintado. Pero tenía casi un don especial para meterse en complicaciones. Era como si se desviviera por meterse en líos. Sí no hallaba una manera de meterse en líos, se la inventaba. Con la Comisión tuvo líos en bastantes ocasiones. George era un tipo que caía bien, aunque nunca se supiera de qué pie cojeaba.

—Hasta ahora.

—Ahora lo sabes.

—He oído que pillaron al tipo en Bridge Street, ¿no?

—Lo pillaron en la sala de las obligaciones del Estado. Nunca pudo llegar a la calle.

—Tengo entendido que fue en la calle.

—Sólo llegó a la sala de obligaciones —afirmó McKechnie—. Al que te haya hablado de Bridge Street dile que es un mentiroso y un sinvergüenza.

—Tengo entendido que logró salir.

—Fantasías.

—Un rosario de falsedades, ¿no?

—¿Qué has sabido de su identidad?

—Nada —repuso Lyle.

—Me alegro, porque no hay nada que saber. Según lo que se sabe, es como si no hubiera existido hasta hoy mismo. Por cierto, ¿cuándo cono vas a venir a cenar con nosotros, con tu señora esposa y toda la pesca?

—Últimamente apenas salimos.

—Mí mujer sigue haciéndose las pruebas.

—Es como si nos costara salir. No nos organizamos nada bien. Si yo soy un desastre, ella ni te cuento. Pero descuida; ya nos organizaremos cualquier día de estos.

—Lyle, ¿tú estás seguro de que estás casado? Se cuenta por ahí que tienes alguna historia, sólo que con tantas mujeres, y en tantos sitios a la vez, que es imposible que además estés casado. Eso se cuenta, vaya.

Lyle pestañeó mirando su cerveza y sonrió para sus adentros.

—Tengo entendido que llevaba una chapa de visitante.

—Correcto —dijo McKechnie.

—¿Y visitante de quién? Es obvio que de eso se trata.

—Fue a visitar a George Sandbauer.

—Eso no lo sabía.

—George se lo encontró en el parque.

—Pues no queda más remedio que preguntarse por qué, si se conocían, el tipo le pegó un tiro allí mismo, en vez de hacerlo en alguna callejuela.

—A lo mejor no tenía planeado pegarle un tiro.

—Tuvieron una discusión —dijo Lyle.

—Tuvieron una discusión y el tipo saca el arma. Que, por cierto, se ha encontrado por ahí. Una pistola de juez de atletismo, pero con el cañón ahuecado para disparar munición del calibre veintidós.

—¿Cómo es posible tener una discusión en pleno parque con un tipo de fuera? ¿Quién tiene tiempo para ponerse a discutir con alguien que, además, resulta que es tu visitante?

—No todo el que entra con una chapa de visitante es tu cuñada recién llegada de East Hartford. Es posible que George tuviera algunos amiguetes interesantes.

Con el dedo índice, McKechnie hizo un movimiento en zigzag sobre los vasos. El camarero se dirigió hacia ellos, aunque hablando con otro cliente por encima del hombro.

—Sabes bien lo que todo esto significa, ¿sí o no?

—Dímelo tú, Frank.

—Significa que instalarán uno de esos aparatos de detección de metales y todos tendremos que pasar por el aro al entrar en el parque. Odio esos malditos artilugios. Te pueden dañar gravemente la médula ósea, ¿lo sabías? Bastante asquerosa es la vida que llevo ya.

Lyle estaba sentado en su casa junto a la ventana, en vaqueros y camiseta, descalzo, bebiendo una cerveza irlandesa.

Pammy compró fruta en un puesto callejero. Le encantaba la pinta de la fruta en las cajas, al aire libre, las hileras superpuestas de melocotones y de uvas. Comprar fruta fresca le hacía sentirse bien. Era un acto de excelencia moral. Estaba deseando llegar a casa con las uvas, colocarlas en un frutero y rociar los racimos con abundante agua fría. Le producía un gran placer sopesar los racimos con ambas manos, notar el agua que los enfriaba. Y luego, los melocotones. El tacto de los melocotones.

Lyle recordó haber visto algunas monedas sueltas en el dormitorio. Fue allí. Los encontró al cabo de diez minutos. Tres monedas de un centavo sobre una caja de Kleenex color cobre y castaño. Oyó a Pam sacar las llaves del bolso. Apiló las monedas sobre la cómoda. Las fichas de transporte en el lado derecho, las monedas en el izquierdo. Volvió a la ventana.

Pammy tuvo que dejar la bolsa de la fruta antes de lograr abrir la puerta. Se acordó de lo que le había inquietado, la vaga presencia. Su vida. Detestaba su vida. Era una cosa de medio pelo, una molestia menor. Tendía a olvidarla a la primera de cambio. Cuando se acordaba de lo que había estado pensando, se daba por satisfecha al recordarlo y aliviada en el fondo de que no fuese nada peor. Empujó la puerta del apartamento.

—Vaya, ya llega.

—Hola. Si estás en casa...

—¿Qué llevas en ese bolsón tan gracioso y tan húmedo?

—A lo mejor no te lo enseño.

—Fruta.

—Te he comprado un melón de Aviñón.

—¿A mí me gusta el melón de Aviñón? —dijo Lyle.

—Y mira qué ciruelas. ¿A que no te lo crees?

—¿Quién se comerá todo eso? Tú nunca las pruebas. Pruebas un poco cuando lo sacas de la bolsa y se acabó, Chiquita. Tratándose de fruta, te encoges.

—Pero a ti te gustan las ciruelas.

—Así que dices que es para mí, mira qué te he traído, la mandarina más grande del mundo, ñam, ñam.

—Es que para mí la fruta es muy bonita.

—Sí, en el cajón de la nevera correspondiente, donde cada pieza encoge como un feto.

—¿Y esa cerveza que me ibas a poner? —dijo ella.

Él había adoptado una mueca rara, presunta imitación de la cara de virtuosa de la fruta que tenía ella, y que a ella le hizo reír. Avanzó por al apartamento quitándose prendas de vestir, dejando la fruta en su sitio, sacando una fuente de queso y galletas saladas. Había pedazos de ella por todas partes. Lyle la observó, tarareando algo.

—Hoy han matado a un fulano en el parqué. De un disparo.

—¿Cómo? ¿En la Bolsa?

—Alguien le pegó un tiro. De sopetón.

—¿Tú lo viste?

—Bingo.

—¡Joder! ¿Quién ha sido? ¿Otra vez los puertorriqueños?

Él extendió la mano cuando ella pasaba por delante. Ella se acomodó en él a la vez que él se levantaba de la silla. Notó el pulgar de él en la base de la espalda, colándose por el sujetador. Se estiró para cerrar las cortinas. Él se sentó de nuevo, tarareando algo, con los brazos en alto, mientras ella le quitaba la camiseta.

—No diría yo que hayan sido los puertorriqueños. No querría yo decir, mejor dicho, que hayan sido ciudadanos de color, ni ninguno de los blancos cargados de buenas intenciones, que han enarbolado la lucha contra la lucha, sin saber, date cuenta, que el sistema capitalista y la estructura del poder y los patrones represivos son por sí mismos una dura lucha. No es cosa fácil ser el opresor del otro. Es un trabajo duro, diario, de perros, sin ningún encanto. Peor que triturar las aceras, rebuscar en archivos, llamar por teléfono una y mil veces. El éxito de la opresión depende de ello. Por eso diría, a modo de conclusión, que se empeñan en luchar contra la lucha. Pero no querría yo decir que hayan sido los puertorriqueños, los antisistema, lo que quieras. No fue una bomba, tenlo en cuenta. Fue un arma. Bang, bingo.

Pammy y Lyle, desnudos, estaban cara a cara en la cama blanca, arrodillados, las manos del uno en los hombros del otro, bajo una luz plana, que menguaba por décimas de segundo. La habitación estaba a salvo del escueto atardecer de la calle, la hora de los ruidos pensativos, cuando todo queda suspenso. Funcionaba el aparato del aire acondicionado, un zumbido agudo. Con cada descarga, un tinte neutro, un residuo, como de ceniza enfriada, impregnaba la habitación. Pammy y Lyle comenzaron a tocarse. Conocían las imágenes cambiantes de la similitud física. Era un vínculo tácito, parte de su conciencia compartida, el silencio minado entre personas que viven juntas. Acurrucado cada cual en las extremidades y siluetas del otro, parecían repetibles, células hijas de alguna división muy precisa. Sus lenguas derivaron sobre carne más húmeda. Este presentimiento de lo húmedo, una intuición de la naturaleza sumergida, fue lo que los puso a cien uno con otro, a mordiscos, a arañazos de ansia. A él le supo a vinagre el pelo alborotado de ella. Se separaron un momento, se tocaron desde una distancia calculada, se sondearon introspectivamente, un intercambio complejo. Él se levantó de la cama para apagar el aire acondicionado y subir la ventana. La velada se había recargado de fragancias. Atronaba encima de

ellos. Lo mejor del verano eran esas tormentas que llenan una habitación, casi medicinalmente, de climatología, de luz variable. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales. Vieron los árboles capear vientos racheados. Lyle se había mojado al abrir la ventana, las manos y el abdomen, y ambos esperaron a que se secara, hablando con acentos extranjeros de una tormenta que les había pillado en coche, en los Alpes, riéndose en «portugués» y en «holandés». Ella se retorció apretándose contra él, la soledad de ambos convertida en un refugio contra la tormenta. Perdieron contacto durante un momento. Ella lo atrajo hacia sí, necesitada de ese conflicto de superficies, la palpable lógica de su polla dentro de ella. Lo agarró con fuerza, se soltó al contagio del movimiento recurrente, alzándose, doloridos y juguetones, asilvestrados como dos cachorros de tigre.

Es hora de «actuar», pensó él. Ella tenía que quedar «satisfecha». Él tenía que ponerse a «su servicio». Ambos harían esfuerzos por «interactuar».

Cuando estuvo seguro de que habían acabado los dos, él se apartó y notó una mínima rociada de lluvia después de que alcanzara el alféizar. Tumbados de espaldas recuperaron el aliento. Ella quiso una pizza. Se sintió culpable por no apetecerle la fruta. Pero se había pasado el día trabajando, tomando ascensores, trenes. No podía afrontar las consecuencias de la fruta, su condición perecedera, la obligación que entrañaba el comerla. Quería sentarse en un rincón, sola, y atiborrarse de comida basura.

«Está a punto de encerrarse en el cuarto de baño», pensó él.

Oscureció. Ella se sentó al pie de la cama para vestirse. La lluvia amainó. Pammy oyó la camioneta de los helados de Mister Softee en la calle. Se anunciaba con música enlatada, un sonido que ella odiaba, la misma cantinela mecánica, de organillo, que le llegaba todas las noches. No era capaz de oír ese ruido sin sentir una grave opresión mental. Para indicarlo, emitió un zumbido grave, sordo, con una trémula «m» para reseñar que estaba de veras al filo de lo insoportable.

—Hay un auténtico Mister Softee.

—Ya lo creo —dijo ella.

—Va sentado en la trasera de la camioneta. Es el que hace el ruido, no es una música grabada en cinta. Lo hace con la boca. Le sale por la boca. Ése es su lenguaje. Así es como hablan en las traseras de las camionetas de los helados por toda la ciudad. No diré que por toda la nación, aún no se ha extendido tanto.

—Un fenómeno local.

—Está ahí sentado, babeando. Es gordísimo, paste-losos. Ni siquiera se puede levantar. No tiene consistencia en las carnes.

—Ni tampoco genitales.

—Sí, deben de estar por alguna parte.

—Dejémonos de bromas y hablemos —dijo ella.

Se tumbó en la cama con camiseta y vaqueros, y se acomodó a su lado, apretándose contenta contra él. Él hizo un ruido y le dio un mordisco en la cabeza.

Ella le arañó las costillas.

—Cuidado.

—Es que yo me gano la vida mordiendo cabezas.

—Ándate con cuidado, que sé dónde y cómo duele.

Él hizo un ruido de succión. Parecía interesarle más que cualquier otro de los ruidos que hiciera. Había desarrollado atragantamientos y resuellos a partir del ruido original. Comenzó a ahogarse, a asfixiarse, respirando trabajosamente, convulso. Pammy contestó el teléfono al cuarto o quinto timbrazo, como hacía siempre, a juicio de él, bien porque le parecía chic, bien por fastidiarle. Era Ethan Segal. Había pensado en acercarse a verlos con Jack. ¿Qué tenemos para darles de beber?

Lyle llamó a un Dial-a-Steak. Cuando llegó la comida encargada todos estaban algo achispados. Ethan se acercó a la mesa con una sonrisa de jugador de ajedrez. Se sentaron con las copas en la mano y comenzaron a retirar el papel de aluminio de las chuletas, las patatas, el pan, la sal y la pimienta.

—Es el cumpleaños de Jack.

Nadie dijo nada.

—Cumpló treinta.

—Bienvenido al Valle de la Muerte —dijo Lyle.

—Me siento distinto.

—Pero no te sentirás más sabio —dijo Ethan.

—Antes pensaba que treinta años era ser muy viejo. Conocía a gente que tenía treinta años y pensaba: Dios mío, treinta, qué horror.

—Pues espera a plantarte en los cuarenta —dijo Ethan—. Allí se desata la caja de los truenos al menos durante diez minutos. Luego empiezas a envejecer y tú tan tranquilo. La verdad es que no está del todo mal. Te pones zapatillas de andar por casa para ir al teatro y a todo el mundo le da por pensar que eres un tipo de lo más interesante, increíble, a punto de salir en un artículo de ecos de sociedad o de habladurías a la orden del día, en *Vogue* o en una revista así.

—Se nos ha olvidado abrir el vino —dijo Jack.

—¿En qué momento en concreto —dijo Pammy— se convierte uno en cuarentañero?

—¿Y el vino, Lyle?

—No queda. Se nos ha terminado. Hemos subastado la bodega para pagar los impuestos.

—Nosotros hemos traído vino —dijo Jack—. Vinimos con el vino.

—No hay vino, Jack. Puedes comprobarlo si quieres.

—Se nos quedó en el taxi —dijo Ethan.

—En el taxi —añadió Jack.

—Se nos ha olvidado en el taxi. Recuerdo con toda claridad que lo llevábamos en el taxi, pero no recuerdo haberlo visto después.

—Será porque te lo has bebido —dijo Pammy.

—Ya, porque me lo he bebido en el taxi...

—¿Alguien ha dicho Coca-Cola *light*?

Hablaban deprisa y se reían sólo de las entonaciones, de la perspectiva del ingenio. «Esto en realidad no tiene ninguna gracia —pensó Lyle—. Parece que la tiene porque nos estamos agarrando todos una cogorza monumental, pero la verdad es que nadie dice nada que tenga ni pizca de gracia. Mañana ella dirá que vaya noche tan divertida, y yo diré que sólo pareció divertida, y ella me mirará como suele. Me mirará». Vio su forma de mirarlo, pero no la expresó de forma verbal, pasando a la siguiente disposición sin espacio, a un marco de «palabras» atomizadas y sólo a medias coherentes. «Pero no me cabrá duda de que estoy en lo cierto, porque por algo tomo nota ahora, mentalmente, para que no se me olvide, mañana, que en realidad todo esto no tiene gracia ninguna».

«Cállate», se dijo.

Jack Laws alimentaba un punto de histeria en su risa. Ladeaba la cabeza más acaso de lo deseado, se llevaba las manos al pecho cual si fueran garras, se sacudía de encima algunos gritos de alborozo fóbico. Era todo un manierismo cultural puesto al día, un índice de la sospecha de que nada de cuanto digamos, nada de cuanto hagamos puede medirse como es debido sin referencia al miedo que impregna cada situación y cada cosa en particular. Jack era ancho de hombros, más bien bajo. Tenía la nariz respingona, la boca pequeña y el mentón bien hendido. En conjunto, su rostro era dueño de una taimada inocencia que rápida pero paulatinamente se disipaba en la incertidumbre o la combatividad, según fuera la situación. Su presencia era un valor añadido en la mayoría de las reuniones. La zona que ocupase parecía un remanso de sociabilidad y de animación. En algunas habitaciones, sin embargo, la manera en que reaccionaba la gente con Jack, ya fuera amistosa, ya fuera indiferente, se basaba más que nada en lo que sintiera hacia Ethan. Pammy tenía conciencia de estos ángulos de refracción. En tales ocasiones, con sutileza, trataba de desviar la atención de Jack.

Ethan de nuevo estaba en el sillón, de nuevo con su críptica sonrisa. Bebía vodka a pelo. Jack se había terminado la chuleta de Pammy, hablando al mismo tiempo de un amigo suyo que tenía previsto cruzar a nado algún estrecho en Europa, por lo visto el primero en intentarlo de norte a sur o algo parecido. En el aparato de música se oía la banda sonora de una comedia. Lo último de Lyle. Ponía esos discos a menudo y memorizaba los *gags* al detalle, el fraseo, los dialectos, para repetírselos después a los compañeros del parque en los ratos de asueto. Ése lo había puesto pensando en Ethan. Lo mitraba, estudiaba sus reacciones según sonaba el disco, mientras Jack comía y hablaba a la vez y Pammy iba de un lado a otro. Al cabo de un rato la siguió hasta las estanterías de los libros.

—¿Pagaste lo de Saks?

—No, ¿el qué?

—Están que se suben por las paredes —dijo—. Adjuntan cartas con la factura. Para que no se te olvide. Te llaman «señora de».

—La semana que viene, sin falta.

—Eso ya lo habías dicho.

—Lo esperan.

—¿Dónde te dije que estaba la pila para el reloj italiano, para cuando se acabe la que tiene?

—Ni idea.

—Ya lo has olvidado.

—¿Qué pila? —dijo ella.

—La estuve buscando en doce sitios. Es de cuatro voltios. No se encuentra a la vuelta de la esquina. Tiene un tamaño peculiar. Lo menos que podrías hacer es recordar dónde está, al menos si yo te lo he pedido.

—Ahí hay una pila.

—Para cuando se acaba la que tiene —dijo él—. Tiene una duración de unos diez meses, y el reloj lo tenemos desde hace casi todo ese tiempo. —Vale, ¿y dónde está la pila?

—En el cajón de la cocina, con los sacacorchos y las cintas.

Lyle fue al dormitorio y encendió el televisor. Era la única luz de la habitación. Lo miró unos minutos y comenzó a cambiar de canal. Llegó Jack, hizo un alto en su recorrido. A Lyle le ponía nervioso ver televisión con alguien en el dormitorio, incluso con Pammy e incluso aunque no cambiase de canal cada veinte segundos. Había algo privado en la televisión. Era íntimo, algo susceptible de provocar cierto embarazo.

—¿Qué ponen?

—Poca cosa.

—¿Ves mucha televisión? —dijo Jack—. Yo sí.

—Bueno, a veces.

—Así te distraes. No tienes que implicarte demasiado. Escuchas, hablas, lo que sea.

—Yo me paso el día hablando —dijo Lyle.

—Sí, lo sé.

Jack no se había movido de la puerta. Estaba comiendo un melocotón, de pie, iluminado por la luz del pasillo. Cuando se dio la vuelta y se rió, inspirado por algo que había dicho Ethan, o Pam, Lyle vio el brote de vello blanco que le asomaba por el cuello de la camisa.

Pensó en decir algo al respecto, pero cuando Jack volvió a mirarlo había perdido todo interés.

—La cama está hecha un asco, pero ven si quieres, o busca una silla, o lo que sea.

—Está bien así, sólo estoy figgando un poco.

—Parece que no dan nada sensato.

—A veces es de no creerse lo que dan. A mí me parece un asco, Lyle. Increíble. Cuánta sordidez. ¿Quién es toda esa gente que sale en la tele? Yo me niego a verla.

De veras que me niego. Ethan sí ve la tele a menudo.

—A veces pescas algo, ¿sabes?, que tiene cierto interés... en otro sentido, no sé.

—¿En qué otro sentido?

—No sé.

—Yo de veras que no me lo puedo creer. Qué cosas pasan. Y pasan ahí mismo, en la tele.

—¿Tú qué haces últimamente, Jack?

—Estoy pensando en armar un plan.

—¿De qué tipo?

—Sé de dónde se pueden sacar listas de *mailings* microfilmadas. Doscientos mil suscriptores de ocho o nueve publicaciones de salud. Sólo de la A a la M.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Venderlas?

—Pues claro. ¿Qué, si no?

—Venderlas, desde luego.

Siguieron mirando el televisor, escuchando por espacio de diez minutos, mientras dos comentaristas trataban de llenar el hueco abierto por la lluvia, que había interrumpido un partido de béisbol.

—Nosotros tenemos dos televisores —dijo Jack.

—Yo me lo estoy pensando.

—Le dije a él que se consiguiera uno adicional.

Se rió ligeramente, aunque terminó con un punto de aprensión, y volvió a la sala. Pammy estaba sentada en el suelo. Con el dedo índice golpeaba un cubito de hielo en su vaso, mirándolo hundirse brevemente antes de añorar a la superficie.

—¿Sabes en qué no pienso? —dijo ella—. Yo es que no creo que pueda soportar la idea del mañana.

Miró a Ethan, que miraba fijamente la alfombra.

—De veras te lo digo, parece como que no fuera capaz.

—Es a esa hora de la noche —dijo Jack.

—Es que tengo la impresión de que ya no puedo acomodarme a más tiempo del que realmente tengo. Es como... A ver, adonde vamos; ése de ahí es tu amigo, junto conmigo. Elige con precisión la palabra, porque es importante. No el sitio, que es la palabra que corresponde a ascensor. No el despacho, la oficina, el edificio, que son tan corrientes que sirven casi para cualquier cosa.

—Entorno.

—Gracias, Jack.

—¿Preparo café?

—No, ésta no es una conversación de café. Es un asunto de tripas. Espera un instante, enseguida Siego a lo que iba. No vayas a pensar que no sé que este amigo tuyo hace ya una eternidad, poco más o menos, que no comenta lo que se dice ni palabra de su trabajo. ¿Por qué? Porque sabes tan bien como yo, Jack, qué le suele pasar a todo el mundo. Tu amigo, éste de aquí, antes hacía chistes. Seguro que te

acuerdas, Jack, igual de bien que yo. Los dos le hemos oído hablar. Tenía tanta gracia al hablar de su trabajo, de la gente del campo... Qué chistes, qué anécdotas. De no creer. ¿Tarifas del precio por día de una consulta en caso de enfermedad terminal? Si la cosa se alarga, olvídalo: te tenemos bien pillado, cogido por los huevos. ¿Y aquella mujer de Syracuse? Aquella de la mascota destrozada por la pena, ¿qué bicho era?, un canario, ¿no?, en Syracuse, que la otra se le murió, no es la del canario, joder, mierda, me parece que me estoy haciendo un lío. Pero no pasa nada. Sois amigos del alma. Amiguísimos somos todos. Lo que pasa es que ya no cuenta chistes. Eso es lo que importa; bueno, eso y, además, que él cree que yo no me he dado cuenta. Porque es una tontería como la copa de un pino. Es una tontería, una modernez. A mí lo que de veras me da miedo es eso de que la gente se convierta en robots. Y el entorno, Jack, muchas gracias.

—Nunca había oído hablar de un canario destrozado por la pena.

—Jack, sí que lo sabías. Todos oímos aquello. —Señaló hacia el dormitorio—. Él aún sigue hablando de aquello. Basta con que a Lyle le digas «Syracuse» y en un visto y no visto se echa a reír, en serio, aunque sea pestañeando.

Ethan hizo un movimiento con el brazo como si abarcara todo lo que le rodeaba, un gesto de cancelación. Su corbata, un irónico adorno, de entrada, se le había caído de costado sobre el pecho, de modo que más parecía llevar una bufanda infantil.

—Lo que pasa... —dijo. Los demás aguardaron.

—Para forjar un cambio que uno tal vez sea reacio a forjar, que quizás resulte problemático por tal o cual razón, hay que decírselo a todo el mundo. Hay que hablar, hay que proclamarlo. Jack entiende muy bien lo que trato de decir. Hay que ponerlo de manifiesto. Aun cuando en el momento de hacerlo no tengas la menor intención, ya sea por miedo o por algún otro escrúpulo, a pesar de todo es preciso que le des visos de realidad por el sencillo sistema de expresarlo. Así cambia uno el curso de su vida: basta con decirlo para que los cambios empiecen a materializarse. Si al final decides seguir por el camino por el que fueras, por eso que ha sido tan problemático a lo largo de tu vida, pues muy bien, que te aproveche, es cosa tuya. Pero si tienes la necesidad de sentir que estás en puertas de un cambio maravilloso, tanto si lo estás como si no, lo que hay que hacer es decirlo a los cuatro vientos. «Estoy a punto de experimentar un cambio maravilloso. Lo que estoy a punto de hacer será electrizante. Hasta las fibras mismas de tu ser se electrizarán, señor mío, cuando te cuente qué es lo que me he propuesto hacer». Decirlo con las palabras adecuadas equivale a ver cómo brota la posibilidad. En qué consista es más bien lo de menos. Por eso no te rompas los cuernos. Por lo que hace a esta conversación, podría ser dedicarte al montañismo o ese amigo de Jack, el escamoso y tantas veces citado pájaro que tiene previsto atravesar a nado el mar del Norte sólo con la mano izquierda. Nuestras vidas se enriquecen por medio de estas notas publicitarias que nos mandamos los unos a los otros. Son cosas que es necesario hacer. «Voy a volver a estudiar, a aprender árabe, lo que sea». Díselo a la gente durante seis meses. «Me voy a vivir a Maine, o lo que

sea». Jack entiende bien a qué me refiero. Díselo a todo el mundo, publícalo, que se enteren. Invéntate algo. Lo que cuenta es que parezca que estás a punto de. Entonces empieza a hacerse realidad, aunque sólo sea un poco. No sé, puede que baste con hablar. Quizás no quieras forjar ese cambio. Quizás el cambio consista en decírselo a la gente. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Por qué me lo preguntas? ¿Y Lyle, dónde está Lyle? Despidámonos de Lyle.

—Creo que ya entiendo lo que quieres decir —dijo Pammy.

—¿Lo entiendes o lo atisbas? —Creo que lo atisbo.

—Ya encontraremos un taxi en la calle, Jack. Seguro que nuestra botella de vino sigue en el asiento de atrás. Así se cerrará el círculo. Yo creo en los círculos cerrados.

—Jack, feliz cumpleaños, te lo deseo de todo corazón.

—Sólo he procurado agarrarme una buena.

—No es preciso que pidas disculpas —dijo ella—. Dile a tu amigo que creo haber entendido a qué se refiere.

—Pues yo no —dijo Jack.

En el dormitorio, Lyle veía la televisión. Entró Pammy, se sentó a los pies de la cama, donde antes se había vestido, y se desnudó. No tenía ni pies ni cabeza todo ese vestirse y desvestirse. Al menos si se tiene en cuenta el tiempo empleado. Horas enteras. Al cabo de un rato se puso en pie, desnuda, y se acercó a Lyle, que estaba sentado en su silla de director, de espaldas a ella. Le puso las manos sobre los hombros. El volumen del televisor estaba muy bajo. Oyó el ruido de los coches en la calle, el sonido de los neumáticos sobre el pavimento mojado, el siseo susurrado. Su cara tenía un contorno nórdico, parecía impecable con esa luz. Él extendió un brazo sobre su pecho y la tomó de la mano.

Tras el cierre, Lyle se encaminó hacia el norte por Pearl. Las rachas de aire húmedo barrían las calles. Mientras esperaba a que cambiase un semáforo reparó en una silueta cercana, una mujer furtiva, que se acercaba a él palmo a palmo. Se volvió ligeramente para plantarle cara. Ella se detuvo en seco y habló, aunque no directamente a Lyle, con la cabeza un tanto ladeada.

—Ésa es un aliviadero para hombres, un putón desorejado. Y a él lo han incapacitado legalmente. Se pasa el día sentado con sus relojes de mesa, de pulsera, de pared, para no verla ejercer. Las tres de la mañana, las cuatro. Por favor: ¿quién necesita una cosa así? Por culpa de él un día de éstos revienta. Me lo espero de un día para otro.

Lyle cayó en la cuenta de que tendría unos cincuenta y tantos años, que era un poco raquítica, que vestía con normalidad, y que probablemente no era judía a pesar del tenue acento con que hablaba. Siguió hacia el este por John Street a la vez que enumeraba para sus adentros todos estos datos, como sí conversara con alguien que estuviera deseoso de disponer de una descripción precisa de la mujer. Era algo que, por norma, sólo hacía en los autobuses. Su atención se concentraba a su pesar en alguien que viajara al otro lado del pasillo, y sin darse cuenta componía una descripción física del hombre o la mujer, casi siempre un hombre. El concepto de interrogatorio policial formaba parte de la idea. Era un testigo en el brete de identificar a un sospechoso. Esos interludios se desarrollaban sin que los planease; lisa y llanamente se encontraba refiriendo (a quien fuese) el color de unos zapatos, de un pantalón y una chaqueta; la estatura y peso aproximados, negro, blanco, lo que fuera. En el instante en que se daba cuenta de lo que estaba haciendo, lo dejaba, se obligaba a callar. A veces, caminando, memorizaba los números de las matrículas de ciertos coches. Horas después repetía esos números para cerciorarse de que no los había olvidado. Las comprobaciones de un testigo perenne.

Casi al pie de John Street estaba el rascacielos de juguete donde su empresa tenía la sede central. Los bancos del exterior estaban pintados en colores primarios, al igual que diversos detalles decorativos en la franja inferior de la fachada. Pensó en los bloques de construcción de un juego infantil, en juegos de luces rutilantes. Había caprichosas cabinas de teléfonos y un reloj digital inmenso. Para llegar a la zona de los ascensores atravesó un túnel iluminado por tubos de neón azul. Salió del ascensor y lo abordó Teddy Mackel, un hombre de mediana edad que estaba al cargo de la sala de correo.

—Me parece que deberías pasarte por el despacho de Zeltner, Lyle.

—Eso me han dicho.

—Ganas me dan de retomar el voto de castidad que hice cuando estaba con los hermanos maristas, a comienzos de siglo. Es la leche, Lyle.

—Por aquí nos haría falta algo que nos subiera la moral.

—Que sea alta. Eso me gusta de una mujer. Alta y amable.

—Más de lo mismo.

—Nunca termines una frase así —dijo Mackel—. Es lo otro que aprendí con los maristas. Son una orden dedicada a la enseñanza. Ésas fueron las dos cosas que nos enseñaron: la castidad y el cómo terminar las frases. Seguro que aciertas cuál es la que menos me ha servido.

—Yo diría que por ahí, por ahí.

—Dime una cosa confidencial, Lyle; ¿tú crees que vamos a sobrevivir? Mis hijos están preocupados. Les gustaría terminar sus estudios. Tú estás a diario en el campo de batalla. Dedicar unas palabras a nuestro público, que nos mira con tanta atención.

Había un hueco a la entrada del despacho de Zeltner. Ahí estaba ella, ante una mesa, leyendo un libro de bolsillo, con los hombros caídos de un modo que indicaba una especial hondura, una reconcentrada soledad, le recordó una de las figuras de Hopper. Volvió por el otro lado tras hacer un alto en el surtidor de agua. Cabello bastante largo, rubio. Eso fue todo lo que registró entonces. Se detuvo en el extremo del pasillo, preguntándose cómo proceder a continuación. Había dos o tres personas a las que podría visitar, de modo más o menos convincente, en sus despachos. No creyó que le apeteciera, pero tampoco quería marcharse. Marcharse equivaldría a un vacío. Oyó abrirse la puerta del ascensor y decidió que no podía seguir allí ni un segundo más. Volvió al hueco. Se inclinó sobre la mesa y golpeó con el índice la superficie.

—¿Dónde se ha metido? ¿Está por ahí?

—No ha dicho nada.

—Ahí no se mueve ni el aire.

—No sé dónde para.

—Qué escurridizo es ese Zeltner.

—Es que se le olvida decirme dónde estará.

—Cierto, se me había olvidado ese detalle tan suyo.

—¿Quién le digo que ha preguntado por él?

—No tiene importancia, ya volveré.

Cabello rubio, poco maquillaje, o nada; una cara inexpresiva, aunque de rasgos gratos. Los dientes y las uñas más bien sosos. Lo de ser rubia, y seguramente un tipazo, explicarían su popularidad. Hay que verla en movimiento, seguro.

En la planta 83 de la torre norte, Pammy se las ingenió para pasar el tiempo ideando una pregunta que formular a Ethan Segal. Si los ascensores del World Trade Center eran sitios, tal como ella creía que lo eran, y si los vestíbulos eran meros espacios, como ella también creía, ¿qué era entonces el World Trade Center en sí? ¿Una condición, un acontecimiento, un suceso físico, una circunstancia existente y dada de antemano, una presencia, un estado, un conjunto de invariables? Ethan no

contestó y ella cambió de tema, a la par que lo veía mecanografiar cifras en las casillas de un largo impreso, doblado sobre el carro de su máquina, volcado en su tarea y moviendo los dedos tan sólo.

—No hemos planeado nada —dijo ella—. Lyle no cree que al final se pueda marchar. Ahora mismo es todo espeluznante, o eso deduzco. Habla de que no será posible antes de octubre.

—Es una buena época del año. —Yo creo que cualquier momento sería bueno si hiciésemos algo juntos.

—¿Dónde?

—Donde sea.

—Valles inmensos de espacio y tiempo.

—Creo que saldría pero que muy bien, Ethan. Puede salir bien lo de estar los dos solos. Los dos nos las ingeniaríamos.

—Pero Lyle no está disponible.

—Octubre no te parecerá suficientemente pronto, claro.

—Yo nunca aguantaría tanto, Pam.

—Es esta ciudad.

—Julio, agosto.

—Estoy pensando en ir a clases de claqué —dijo ella.

—Déjame seguir con esto.

—¿Sin comentarios?

—Déjame que mecanografie un rato —dijo él—. Me gusta llenar con cifras estas casillas. Las cifras son indispensables en la visión del mundo que tengo actualmente. Ni siquiera creo que esté haciendo esto. Es un trabajo tedioso, pero la verdad es que lo disfruto. Es analmente de lo más satisfactorio. Por fin la satisfacción plena.

A última hora de una tarde, Lyle se quedó a esperar a la entrada del edificio de John Street. Cuando salió ella en medio del gentío, comprendió que iba a ser embarazoso, tanto en lo físico como en lo demás, tratar de aislarla del resto del mundo. Tal vez ni siquiera lo reconociese. Alguien de la oficina podría verlos juntos y sumarse a la conversación. La siguió por espacio de media manzana, pero sin tratar tampoco de alcanzarla. Al llegar a la esquina, la vio subir a un coche que la esperaba y que arrancó en el acto. Era un Volkswagen verde, matrícula de California: 180 BOA.

Se sentó en un banco de la plaza con vistas al río. Se sintió de algún modo disminuido. Las grúas de carga sesgaban el cielo sobre los tejados de los cobertizos, en la zona portuaria de Brooklyn. Era la ciudad, el calor, una sensación de repetición infinita. El distrito se repetía en bloques de piedra monocroma. Él estaba presente en las cosas mismas. Había en ellas más de sí, a través de las noches desocupadas, que la parte que de sí mismo se llevaba a casa para desahogarse y liberarse. Pensó en las noches. Imaginó el distrito como nunca lo había visto, vacío de toda transacción humana; pensó en que los edificios como aquéllos parecerían contenedores de

materia intangible, enormes codificaciones de podredumbre orgánica. Intentó evaluar la inmensa complejidad del regreso a casa.

A la tarde siguiente logró alcanzarla antes de que se sumara a la multitud que fluía por las calles. Habló al amparo de una sonrisa plena de confianza. Se concentró en esa expresión hasta el extremo de visualizar el movimiento de sus propios labios. Fue un momento de absoluta desconexión. No supo qué estaba diciendo, y con el bullicio de la gente en derredor y las obras cercanas en la calle a duras penas atinó a oír la voz de ella cuando le contestó, como hizo una o dos veces, muy brevemente, con frases tan translúcidas como las empleadas por él. La condujo con discreción hacia una parte menos ruidosa de los porches, tratando de reconstruir las primeras fases de la conversación a la vez que continuaba farfullando y deslumbrándola. Ni siquiera estaba muy seguro de que ella le hubiese reconocido.

—El parqué —le dijo.

Su respuesta no le pareció que tuviera sentido. Pasó a través de él, impregnada de luz. Se acercó más a ella y renovó su sonrisa dándole calor. Así se ahorraría el pestañear. Sólo pestañeaba cuando sonreía en tensión, para dar énfasis.

—La Bolsa —dijo—. Me has visto a la entrada del despacho de Zeltner. Ya lo sé: a quien sólo has visto una vez, es difícil ubicarlo. Me hago cargo. ¿Hay una boca de metro allí? Te acompaño. ¿Dónde vives? En Queens, me jugaría cualquier cosa. Me gusta aquello, a pesar de lo que se dice de Queens, Dios del cielo. Es metafísica pura.

—Me suelen llevar en coche.

—Tengo entendido que hay cierta inseguridad en el corrillo del poder en torno a Zeltner. ¿Cuánto tiempo llevas allí? Ven, vamos a ponernos a la sombra. Queens es infinito. Tiene algo de infinito. Es como un laberinto, pero sin interconexiones. Un laberinto flácido. Tengo una teoría acerca de dónde vive cada cual en Nueva York.

Ella llevaba una blusa blanca, una falda plisada azul y zapatos blancos. Mientras hablaba primero y escuchaba después, él se puso a prueba tratando de recordar el número de la matrícula del Volkswagen. Una forma de completar una tabla de ejercicios mentales. Llegaron despacio hasta la esquina donde la habían recogido el día anterior.

—Aquí tendrían que pasar a recogerme.

—¿Algún problema si espero contigo?

—No pasa nada por eso.

—¿Cómo te llamas?

—Rosemary Moore.

—Tengo que ir mañana por allí a la hora del cierre. Si no estás ocupada, me quedo un rato. Podemos, si quieres, hacer algo cuando hayas terminado. ¿Te parecería bien? Una copa, o dos. Una copa rápida, como se suele decir. Una copita. Un visto y no visto. Hay locales donde sólo ponen copas rápidas.

Esta vez subió en el asiento de atrás. Delante iban un hombre y una mujer, los dos algo mayores que Rosemary Moore, de blanco y azul marino.

Pammy examinó las funciones del tedio. De un tiempo a esta parte se había encontrado afirmando con gran frecuencia que se aburría. Sabía que era un escudo con el que tapaba sentimientos más profundos. No queriendo expresar un malestar convencional, decía una y otra vez: «Qué aburrido, qué coñazo, me aburro». La pornografía le aburría. Hablar de la violencia la hacía suspirar. Las cosas de la calle, las cosas que veía y que oía un día tras otro la obligaban a tomar sutiles evasivas. Su cuerpo se relajaba de un modo automático. Notar esa lasitud en el momento era como dar otro desvío por el tedio.

La gente, completos desconocidos, le hablaban en el autobús con cierto desapego, un tanto universal, dando a veces la impresión de que se comunicaban con ella como si estuvieran encerrados en un sitio secreto y cerrado.

Volar le producía ganas de bostezar. Bostezaba en los ascensores del World Trade Center. A menudo bostezaba en los bancos, cuando esperaba en la cola a que le tocara el turno de ventanilla. Los bancos le causaban un sentimiento de culpabilidad. Los cajeros y empleados de banca le pedían casi a todas horas que firmase impresos, o que firmase de nuevo impresos que ya ostentaban su firma, o que volviera a dar prueba de su identificación. Era su propio dinero el que deseaba retirar, obviamente, pero aún estaba pendiente esa burbuja de nerviosismo, de culpa, y aún estaba presente esa honda preocupación en torno a su nombre, su caligrafía, y la sensación de que el contenido esencial de su personalidad estaba a punto de revelarse, y de que aún tendría que pasar un rato haciendo cola con otras dos docenas, tras los cordones de seguridad, bostezando decorosamente, como una sospechosa.

Pammy oyó a Lyle en el pasillo, fuera. Se inclinó hacia delante y cerró la puerta del cuarto de baño. Lyle entró en el apartamento, recorrió el vestíbulo, se paró ante la puerta, la abrió. Ella puso cara de mono y soltó una serie de chillidos de pánico, a la vez que daba un brinco sentada en la taza. Él cerró la puerta y fue al dormitorio.

—¿Qué me vas a regalar por el día de san Valentín? —le gritó ella.

—Una vasectomía —repuso—. ¿Estamos ya en febrero?

—Ojalá.

—¿Por qué?

—Así habrían terminado nuestras vacaciones.

—¿Y por qué?

—Porque ya sé que no te vas a tomar siquiera unos días.

—Ve tú a donde quieras.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Trabajar —dijo él.

Ella salió del cuarto de baño. Él la siguió hasta la cocina imitando fintas de boxeador, de peso ligero, con la pelvis echada hacia atrás, para no caer en el engaño primigenio. Se sujetaron uno al otro ante la nevera abierta.

—Qué bueno, un poco de *cheddar*.

—¿Qué es eso?

—*Schnapps* de brandy.

—La repanocha.

—Cuidado.

—Si me has empujado tú...

Fueron al cuarto de estar, cada cual con algo de comer y de beber. Lyle encendió el nuevo televisor y se sentaron a ver las noticias de la noche. Pammy pasó un mal trago, avergonzada por alguien a quien hacían una entrevista, un hombre con un defecto de dicción. Se tapó las orejas con las manos y apartó la mirada. El aparato del aire acondicionado hacía un ruido retumbante. Lyle lo apagó. Fue entonces al dormitorio y allí vio la televisión durante un rato.

—¿Estás viendo esto? —le gritó ella.

—¿El qué? No.

—La *esthéticienne*.

—No.

—Pues ponlo, corre.

—Maldita sea, marisabidilla; sólo se puede ver una cosa, no dos al mismo tiempo.

—Anda, ponlo, en el siete.

—Luego, que estoy viendo otra cosa.

—Ponlo, ponlo —insistió—. Corre. Corre, en el siete, so bobo.

Fundirse con los objetos les daba una sensación parcial de compartirlos. No apartaron la mirada de sus respectivos televisores. Sin embargo, los ruidos los unían, un ciclista que arrancaba con brío, el descenso del avión que perdía altura desde sus más de ocho mil metros de altitud transatlántica, haciendo ondear las imágenes en sus pantallas. Los objetos eran inertes, algo desprovisto de memoria. La mesa, la cama, etcétera. Los objetos sobrevivirían al que muriese primero de los dos y recordarían al otro con qué facilidad puede la vida partirse y dividirse. Tal vez, la muerte era lo de menos; tal vez contaba más la separación. Sillas, mesas, cómodas, sobres. Todo era una experiencia en común, que los aunaba a pesar de sus desvíos y rodeos, el sesgado aparato de sus acuerdos. Quedaba fuera de toda duda que estaban de acuerdo, infidelidad y deseo. Ni siquiera era preciso diferenciarlos. Su cuerpo, el de ella. El sexo, el amor, la monotonía, el desprecio. El embrujo en el que había que sumirse estaba allí fuera, entre las caras no memorizadas, entre los paralelepípedos uniformes del ser. Ese espacio, su dulce y mercenario espacio, era medio encantamiento, era el sueño casi común que habían afrontado durante años. Sólo las ausencias se compartían plenamente.

—¿Qué pasa en Duelo? —dijo él—. Últimamente no me cuentas nada.

—Ethan y yo hemos sellado un pacto de confidencialidad. Ha dejado de existir por lo que a nosotros nos concierne.

—Os habéis desfondado antes de llegar al descanso del partido. Estáis en medio de un mini subidón. Además, habláis de diversificar.

—Espera, que baje un poco.

—¿El qué?

—Que no te oigo.

—Hablabas de diversificar.

—¿Y eso qué es? ¿El Dow Jones o los otros?

—Atracciones temáticas —dijo él—. Forma parte del pían plantígrado, pendiente de lo que digan los que recopilan datos.

—No lo creo.

—Un rancho de fantasía en el condado de Santa Mesa, Arizona. Fantasías de Duelo. Que la gente se disfrace para manifestar sus penas.

—Ja, ja, ja. Ya sabía yo que a veces eres tonto.

—*No tengo tiene.*^[2]

—Nunca comemos *paella*^[3] —dijo Pammy—. ¿Te acuerdas de aquel local que había en Charles? ¿O estaba en la 4 Oeste?

—Puede que en la esquina —dijo él—. Sí es que hacen esquina.

A ella, su padre siempre le había producido ganas de bostezar. Cada vez que tomaba el teléfono para llamarlo, notaba que la boca se le desencajaba de pura «fatiga», «tedio», aburrimiento sin paliativos, sus contramedidas de turno frente a una emoción imperiosa. Vivía entonces cerca de la punta norte de Manhattan mentalmente deteriorado y afligido, un hombre que prefería los gestos a las palabras. A lo largo de sus visitas, él respondía a la mayoría de sus preguntas por medio de las manos, indicando que tal cosa estaba bien, que tal otra no estaba mal, que aquélla era un problema de tomo y lomo. Asentía, sonreía, le mostraba a su hija el contenido de varias cajas de puros y de bolsas de la compra. Por teléfono le suplicaba que le llevara documentos. Partida de nacimiento, cartilla de ahorros, tarjeta de la seguridad social, carnets de varios clubes, pólizas, planes de jubilación. Ella le recordaba dónde estaba cada cosa no sin antes haber aprendido a apaciguar su desesperación hasta que rebasaba los tensos límites de su paciencia. Algún tiempo antes de que muriese, ella supo gracias a uno de los vecinos que a menudo se plantaba en una esquina y pedía a cualquiera que se ayudase a cruzar la calle, aunque no tenía tara física de ninguna clase. Se enganchaba del brazo de quien fuese y caminaba hasta la acera de enfrente, y luego seguía él solo, despacio, hasta la siguiente esquina, donde de nuevo esperaba que alguien se prestase a cruzar con él. Ojalá, se dijo ella más de una vez, no lo hubiera sabido. Era algo que daba a entender una falla por su parte, algún defecto de amor, de implicación, de forma. Nada más marcar su número de teléfono se echaba a bostezar reflexivamente. Fuera cual fuese la fuente puntual de ese temblor mecánico, ella había aprendido a aceptarlo, a tenerlo por parte del envejecimiento y del

deterioro en el ancho mundo del dolor ajeno.

—Está verde —dijo ella.

Lyle estaba sentado, leyendo, junto al televisor que ella miraba. Ella se encontraba de cara al aparato y de cara a él. El libro que leía era de ella, una historia de la danza. Ella lo miraba de reojo cada vez que él pasaba página.

—Pues llámalos.

—Tiene colores muy vistosos.

—Gracias. Visto lo que me ha costado...

—Son colores desgastados, abrasados.

—Tendremos que conectarlo —dijo él—. Hay que engancharlo a la antena del tejado.

—El tejado es un bosque de antenas.

—Ya se lo encargaré a un técnico.

—Está verdoso, está rosado, está anaranjado.

—La antena general, como quien dice «general antena».

Pammy se recostó. Se tumbó y flexionó las piernas, primero una y luego otra, como si hiciera ejercicios de calentamiento. Se puso las manos en la cabeza y movió las piernas más deprisa, pedaleando. Al cabo de un rato se puso en pie, se quitó los vaqueros e hizo ejercicios de estiramiento. Lyle tuvo una erección. Ella se sentó y vio el televisor. Casi había oscurecido. La camioneta de Mister Softee estaba en la calle.

—Jadear, jadear.

—No estás en forma.

—Estoy en una forma lamentable —dijo ella—. Si te lo dijera, no te podrías creer lo que hay dentro de ese cuerpo. Qué desastre de tiparraco reseco, envejecido, inútil. Está ahí abajo, ¿lo oyes? Pues te voy a hacer papilla, hijo puta. Me gustaría llamar a alguien. Atropella a un perro, camioneta, a ver si el dueño te descerraja un tiro, y a pitar a la vía.

—Va, pues quéjate.

—O te muestras más amable o no te presto el libro, que es mío.

—Estoy diciendo que te quejes. Llama a los de Mantenimiento Broadway. Vendrán con una bombilla de recambio el martes que viene.

Ella concentró su atención en algo que había en la alfombra, y se inclinó a recoger pelusillas desprendidas del tejido.

—Mírame cuando me hablas. Aparta la nariz de esa adquisición, que es mía. Nos hace falta detergente especial para esta alfombra, y aún está por comprar la cera aquella de la que te ibas a encargar tú costara lo que costase.

—Es que a ti se te olvidaría. Saldrías a comprarla y volverías cargada de fruta.

—Tú a lo tuyo.

—Es lo único que compras.

—Pues la compras tú.

—Tú vuelves a casa cargada de fruta, comprada para colmo al mayor; lo anuncias

a los cuatro vientos como si fuese el no va más y te pones a lavarla con tus canciones rituales de lavado, para dejarla después en el cajón de la nevera, abajo, para que se encoja y se pudra. Siempre igual.

—Se llama *crisper*, pelao.

—Es un cajón normal y corriente. El compartimento de la fruta, nada más.

—Es un *crisper*, soplapollas.

—Anda, mira la tele.

—Está verde, mira.

—Sintoniza mejor, tú.

—Está todo de un verde que da grima —dijo ella.

Siguieron de cháchara, hicieron ruidos varios un rato más, se levantaron, caminaron, se acostaron, comieron y bebieron algo, chocaron uno con el otro y gesticularon, he aquí el vulgar despropósito de sus veladas, un retiro alejado del estrés y del lenguaje. Pammy miró a Lyle reacomodarse cerca del televisor. En pantalla, un *talk-show* en el que la gente hablaba de impuestos. Algo había en la conversación que a ella le daba vergüenza. No atinaba a saber de qué se trataba exactamente. Nadie decía estupideces, nadie tenía un defecto de dicción. No había anuncios de las instituciones públicas en los que aparecieran atletas que enseñaran a jugar al baloncesto a unos niños retrasados mentales. No era que una mujer hablase dándole patadas a la gramática acerca de sus tres hijos, recién fallecidos en un incendio. (Se preguntó sí se había vuelto tan compleja como para poner la muerte por delante de la gramática). No, aquellas personas hablaban de impuestos, pero daba vergüenza verlas, oírlas. ¿Qué estaba pasando en aquel pequeño plato iluminado por los focos, qué era lo que le causaba tal desazón, tal embarazo? Se tapó las orejas con ambas manos y miró a Lyle, que leía enfrascado el libro.

A la mañana siguiente, temprano, él estaba con Rosemary Moore en un local de vigas vistas, falsas, Oscar's Lounge, con un escudo de armas por encima de la barra, sentado en una mesa, en un rincón oscuro, observando con solemnidad al resto de los clientes. Un camarero iba y venía, entraba y salía por las puertas batientes que conducían a las cocinas, y hablaba con gran enojo cada vez que aparecía, cabreándose de nuevo antes de entrar otra vez. Escucharon durante un rato su discusión con el chef invisible.

—Éste es uno de esos sitios —dijo Lyle— donde el ketchup siempre sale del frasco sin que tengas que golpear la base. No me preguntes qué quiere decir, pero te aseguro que es cierto. Me gusta esta especie de igualdad sobrenatural que hay en este tipo de sitios. Es algo metafísico.

—Mi copa está bastante fuerte.

—Iré a por otra.

—No, no pasa nada.

—No es problema, ya voy a por otra.

—Que no, que da igual. Está bien así.

—Da igual, Lyle. Así está bien, Lyle —dijo él—. Hoy nos llamamos por nuestro nombre de pila, ¿vale?

Todo lo que él decía y hacía a ella le parecía bien. Bien estaba ir a tomar una copa mientras la cosa no se alargase. Caminar hasta allí estuvo bien. El local estaba bien; bien estaba que se hubieran sentado en la barra, o en aquella mesa del rincón. Volvió a producirse un silencio mientras miraban a los demás clientes. Todo el mundo parecía estar pasándolo mejor que ellos. Era difícil precisar si Rosemary se sentía incómoda o no. Había matices de pasividad que iban de lo cordial a lo sereno; ella parecía en el medio, inexpresiva, indiferente.

—¿Y cuánto tiempo llevas en la empresa?

—Desde hace unas tres semanas.

—¿Y qué hacías antes?

—Tenía un trabajo en el que me pasaba el día entero pegada al teléfono, hablando con compradores. Una locura. Luego fui azafata, cosa que al principio estuvo bien, más que nada porque conoces sitios distintos. Luego, una amiga me consiguió un empleo en una agencia naviera. No estaba del todo mal, pero pillé una mononucleosis. Pasé algún tiempo trabajando sólo a tiempo parcial. Luego me salió esto.

—Esperamos que te quedes mucho tiempo con nosotros.

—Eso habrá que verlo.

—¿Tú fumas, Rosemary? Ves, yo te llamo por tu nombre. Es preciso que no lo olvidemos.

—Hay gente que no lo puede dejar nunca. Yo fumo unos cuantos días seguidos y luego lo dejo. Volverte adicta a las cosas es algo propio de tu personalidad. Yo no lo puedo dejar del todo.

—¿Dónde vives?

—En Queens.

—Claro, claro.

—Tendrías que ver qué alquileres, qué diferencia.

—Mi poderío va a más con los años.

—Pero antes hay que llegar de una pieza.

—¿Y cuándo eras azafata? Ya habías llegado, entera y verdadera. Vivías en un edificio altísimo con otras cuatrocientas chicas, todas con sus uniformes almidonados. Siempre pegadas al teléfono. Perdona, cielo, es que estoy de guardia. He de tomar el autobús rumbo a San Juan.

—Tengo la suerte de que mis amigos tienen coche —dijo ella—. Si no fuera por el tráfico...

—Yo no me fío de esos puertorriqueños que se comportan, allí, como si fueran gente civilizada. No me molesta la música cha-cha-cha, pero cuando les da por los plátanos machos, plátanos verdes, me pongo malo. Los federales tendrían que hacer algo para ponerle remedio. Eso de que las cáscaras de plátano te caigan encima desde

los compartimentos del equipaje, por no hablar de las que se quedan en los asientos, dentro del forro arrugado... ¿Conoces esos forros arrugados?

El camarero los miró un instante y lo llamaron por señas. Les llevó otras dos copas. Lyle notó una extraña desolación que se apoderaba instantáneamente de él. Permanecieron un rato en silencio. Vio a un hombre sentado en la barra que se metía en la boca un cubito de hielo parcialmente derretido.

—Es la última —dijo Rosemary.

—Si te parece demasiado fuerte, le diré que te la cambie.

—No creo que lo esté.

—¿Quieres fumar?

—Acabo de terminar uno, pero de acuerdo.

—¿Cómo conseguiste este trabajo, el de ahora, si no te importa que lo pregunte?

—Por el hermano de una amiga.

—¿Estaba ella en la empresa, o estaba él?

—Él se dedicaba al mercado de valores, aunque no con nuestra empresa.

—Puede que lo conozca.

—No sé —dijo ella.

—¿Cómo se llama?

—George Sedbauer.

—Ya ves cómo me acabo de quedar —dijo él—. Es el tipo al que le pegaron un tiro.

—Lo sé.

—Su hermana estaba con un amigo tuyo, tú conociste a George a través de ella, él más o menos te recomendó, o le pasó tu nombre a alguien.

—No, él me dijo incluso a quién tenía que ir a ver.

—¿Lo conocías bien? Yo no lo conocía de nada, pero un amigo mío sí lo conocía, y hablamos de lo que pasó después de que pasara. Frank McKechnie se llama. En esa misma barra del bar.

—Yo lo conocí en una especie de fiesta. Nos presentó su hermana, Janet. Él estuvo muy amable. Me hizo reír.

—¿Hace cuánto de eso?

—¿Dos años? No lo sé.

—Pues tuviste tiempo de sobra para tratarlo y conocerlo a fondo.

—Me gustaba su sentido del humor. Macabro —dijo ella—. George sabía ser macabro.

Fugazmente, envidió a Sedbauer sin importar que estuviera muerto. Siempre le causaban envidia los hombres capaces de hacer algo para impresionar a una mujer. No le gustaba oír a una mujer hablar favorablemente de otro hombre, ni siquiera cuando no conocía al otro, ni aunque fuera un tipo desfigurado, viviera en la cuenca del Amazonas o estuviera muerto. Ella apartó la cara para expulsar el humo. Salió el camarero de la cocina hablando por los codos.

—¿Y qué tal si comiésemos algo, eh? Me gustaría oírte contar más cosas. Podemos ir a comer a un sitio decente, si quieres. Sólo pensé que este sitio nos quedaba a los dos a mano, además de que no era la hora del cóctel y de los enjambres de moscones.

—De veras que no me puedo quedar.

—¿Otra copa, pues?

—Ésta está todavía llena.

—Me encantaría oírte contar más cosas.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, claro. Me parece interesante que conocieras a Sedbauer. Yo estaba a pocos metros de él cuando murió. El tipo que le pegó el tiro era visitante de George aquel día. ¿Estabas al tanto?

—Pues sí.

—A mí me parece interesante. Me pregunto qué pudo pasar entre ellos. George tenía problemas con la Comisión, eso lo sabrás también. ¿No lo sabías? La Comisión de Directores de Bolsa. Parece ser que George tenía alguna manía que otra, o que era algo rarillo, vaya. No era el miembro corriente, el que paga sus cuotas y se ahorra complicaciones. Me pregunto en qué andaría liado con ese tipo que llevaba una chapa de visitante y una pistola en el bolsillo. Todos sobrevivimos a esos malditos días sin hacernos preguntas. Está todo organizadísimo. Hasta el ruido está organizado. A mí de veras me gustaría hacer alguna pregunta que otra, qué es eso, qué es aquello, dónde estamos, qué vida es la que llevo, por qué. Era una pistola de juez de atletismo, sólo que retocada. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Mírala, ha dicho que sí. Pues qué bien informada estás. Y ahora, los dos muy educados dicen a la vez: ¿la cuenta, por favor?

Ella sonrió un poco con todo eso. Un progreso, pensó él. No era macabro, seguramente no, pero tenía un no sé qué sin duda propio y particular.

Pammy estaba redactando una de las cartas publicitarias para distribución por correo sobre la pena causada por la pérdida de un ser querido. Lo crucial era lograr que el cliente pidiera un folleto de Gestión de Duelo titulado «Para él, todo acaba el día en que muere; tú en cambio has de plantar cara al mañana». El panfleto peroraba sobre la muerte, definía el asunto conocido como gestión del duelo y el trastorno y ofrecía un resumen detallado sobre los programas de la compañía («Déjate ayudar a superarlo: ponte en manos de un profesional») y un listado de las sucursales regionales. Costaba un dólar.

Pammy había escrito el folleto meses antes. En uno de sus momentos de grandeza ficticia, Ethan lo había calificado como «un clásico sobre el desapasionamiento y el tacto». En la oficina, otros habían dicho que era demasiado «elemental y técnico», que parecía un cuadernillo de cuatro páginas sobre condensadores de radio para una publicación especializada.

—La muerte es una experiencia religiosa —había dicho Ethan—. También es algo elemental y técnico.

Hay un elemento que deja de funcionar técnicamente y te mueres. Una consecuencia lógica.

En un contexto en el que cada frase es susceptible de adquirir un sentido espantosamente cómico, a ella le parecía que no lo había hecho nada mal. Su trabajo, considerado en conjunto, era de puro chiste, al igual que lo era el entorno en el que lo desarrollaba. Sin embargo, estaba orgullosa de ese folleto. Había mantenido un tono de atinada sensatez. En casi todas y cada una de sus frases anidaba una verdad. No había consentido que se imprimiera a dos tintas. Si alguien quisiera dar propaganda a la angustia y a la muerte, y si alguien quisiera que sus sufrimientos fueran debidamente gestionados, todo el mundo debería dedicar a todo el asunto la necesaria discreción y el buen gusto de rigor.

—Dilo, dilo.

—Maine.

—Dilo otra vez —dijo él—. Por favor, ahora mismo, de prisa, por lo que más quieras.

—Maine —dijo ella—. Maine.

Había actividad en el parqué. Lyle dejó el puesto 5 y se detuvo ante el teletipo. Un mensajero joven pasó de largo; era rubio, con la melena por los hombros. Lyie apretó la tecla E, luego GM. Para pasárselo a Ethan. El papel salió escupido y luego se detuvo. Hubo un segundo nivel de ruido, vítores y aplausos. Dio un paso atrás para echar un vistazo a la galería de las visitas. Una mujer atractiva, sentada tras la

mampara de cristal blindado. Miró la impresora mientras regresaba a su puesto. La variedad del día. Los números salían en orden por la pantalla de anuncios. Come, come. Caga, come, caga. Nos alimenta en decimales. Agredir, enturbiar, enconar, decretar. Come, come, come.

| | |
|---------|---------------|
| V.R | GM-12.33 2524 |
| 106.400 | |
| 10.10 | 69 |
| 12.30 | 70 |
| 10.12 | 68 ½ |
| 12.33 | + 70 + 1 ½ |

Se dirigió a la zona de fumadores, donde vio a Frank McKechnie de pie junto a un grupo bastante ruidoso, mordiéndose los pellejos del pulgar. Lyle aisló a dos de los integrantes del grupo y comenzó a realizar una de las rutinas aprendidas en la banda sonora de una comedia que había comprado recientemente. Era algo que, a su juicio, hacía francamente bien. Se adecuaba a las mil maravillas con su actitud pulcra, con la manera neutra con que su mirada registraba la presencia de un público. Era capaz de leer su deleite ante su reserva e independencia, la incongruencia del humor implícito. Comenzaron a formar corro. Lo miraban a los labios. Un tercer integrante se aproximó atraído por la risa, Lyle terminó la actuación antes de tiempo y se acercó a McKechnie, quien contemplaba el humo que se elevaba sobre la congregación.

—Así que ¿en qué estamos?

—Pues... quién sabe.

—Estamos dentro —dijo Lyle.

—Eso puedes darlo por sentado.

—Es evidente.

—Es evidente, porque si estuviéramos fuera los coches se me estarían subiendo por la espalda.

—El mundo exterior.

—Así es —dijo McKechnie—. Pasan las cosas sin que uno pueda hacer nada. Sólo cabe esperar y confiar en que la cosa no se ponga cruda.

Lyle no sabía con demasiada exactitud de que estaban hablando. Intercambiaba a menudo con McKechnie diálogos de esa clase. En todo momento examinaba a su amigo con atención. McKechnie parecía tomárselo muy en serio. Él sí daba la impresión de saber de qué estaban hablando.

—Quería preguntarte por el tipo que le pegó el tiro a Sedbauer.

—Hoy sale a toda página en el periódico.

—Visitante del propio Sedbauer.

McKechnie hizo un gesto con el pulgar y el índice, como si trazara un titular de

prensa.

—El misterio del asesinato en la Bolsa se desenreda despacio.

—De momento, me gusta.

—Pistolero, de oscuro origen, dum dum dum, que llevaba encima, no te lo pierdas, una bomba dum dum. Se sospecha de una red de terroristas. Su identidad es aun confusa. Se buscan vínculos, tachan. El tipo se niega en redondo a decir ni pío, a ver a un abogado, a salir de su celda.

—¿Que llevaba una bomba encima? ¿Cuándo?

—Cuando lo detuvieron. Tras disparar contra George. Estaba allí plantado como si tal cosa. Con un paquete de explosivos miniatura. Cito textualmente.

—Pues no veas.

—¿En qué estamos, Lyle, como tú mismo dijiste con tan bellas palabras?

—Estamos dentro.

—¿Y dónde queremos estar?

—Dentro.

—Respuesta correcta en ambos casos.

—Me las había preparado.

—Pues ahora sólo cabe esperar y ver si la cosa se pone de veras cruda —dijo McKechnie—. Otra cosa no se puede hacer. Yo ya me he preparado para poner barricadas. Tenemos un grave problema de salud en la familia. Además, a mi hermano se le están amontonando las deudas de juego. Ha empezado a hacer llamadas telefónicas a medianoche, con abundantes susurros y sollozos. Los corredores, los tiburones prestamistas, las amenazas. Todo muy edificante. Los intereses ascienden a cada hora que pasa. Luego tengo a mi hijo mayor, que de entrada padece una sordera considerable y que ahora, de golpe y porrazo, ha aparecido sentado en el suelo de su cuarto, mirando a la pared como un pasmarote. La semana pasada dos veces. Le cuesta mover los brazos. No quiere hablar de nada. Aún es joven para haber tomado drogas. No es un problema de drogas. Lo llevamos al médico. Le hicieron todos los escáneres y demás pruebas que hacen ahora. Nada concreto. Hemos empezado a pensar en un psico especializado en niños. ¿Has tenido alguna vez la sensación de estar pillado en un torno que cada vez te aprieta más? Yo voy por ahí y no hago más que pensar en lo que ha pasado.

—Intentemos comer juntos la semana que viene.

McKechnie redujo la colilla de su cigarro a una mota de tabaco y una mota de papel, que tiró al suelo. Dio un salto con un pie y se posó sobre las motas.

—¿Te ha gustado?

—Muy avanzado —dijo Lyle.

—Antes se me daba mejor. Tendrías que haberme visto.

—Pero es algo que no podrías hacer en el mundo exterior. Te señalarían con el dedo y te llamarían majareta.

—De hecho, ¿por qué no comemos juntos ahora mismo? En el piso de arriba.

—Yo ya nunca almuerzo arriba.

—¿Por qué no?

—Pues no lo sé, Frank.

—Alguna razón tiene que haber.

—Supongo.

—Pero no sabes por qué.

—Sencillamente, hace tiempo que no voy ahí arriba.

—Lyle, no es que yo sea exactamente un promotor de costumbres sociales más bien reprimidillas. No tengo licoreras llenas de jerez que sirva en un carrito a mis invitados, que han aparcado sus Bentleys a la entrada. Pero te aseguro que no hay nada malo en almorzar en la Bolsa. Es bastante civilizado, y algo es algo.

—Es que está dentro.

—Está dentro, de acuerdo. Queda a mano, es rápido, es bueno, es agradable y es casi casi, qué quieres que te diga, es casi elegante, joder, lo cual no es moco de pavo en los tiempos que corren. Así que deja de portarte como un botarate. Hablas como un bobo.

—A mí no me jodas, Frank.

Pammy fue a cenar con Ethan y Jack. Fueron a un local del Soho. Estaba emocionada. Cenar fuera, uau. En algún lugar impreciso de su conciencia en vigilia relucían destellos de anticipación cada vez que Ethan y Jack entraban en una sala, o cuando cogía el teléfono y era uno de los dos quien llamaba. La mayoría de las personas que poblaban su vida eran presencias desalentadas. Estaba deseosa de pasar un buen rato con los dos. Si Ethan dejase alguna vez su trabajo, ella se sumiría en el estupor y en el mutismo.

El restaurante estaba lleno de plantas colgantes. Llegó una joven con el vino y les dijo que los platos que habían pedido aún tardarían un rato.

—Es que se ha declarado en el sótano un pequeño incendio, con bastante humo. El personal de cocina está en plena discusión sobre si conviene o no mear encima para apagarlo. Yo me he negado, a menos que instalen un columpio. El lanzamiento a distancia no es lo mío. Mira, ahí está Peter Hearn, el artista conceptual, con su perro, *Alfalfa* se llama. Nunca consigo descorchar la botella sin romperme por los peores sitios por los que se puede una romper, a menos que el sexo no te parezca un asunto importante. ¿Te has fijado alguna vez cómo descorchan, poniéndoselas entre los muslos? Yo lo siento mucho, pero me niego. Es degradante. Me inclino un poco, que ya es bastante grotesco. Todo lo que vaya más allá está fuera de toda discusión, olvídale, tendrás que irte con la música a otra parte.

Empezaron a tomar vino. El humo se colaba en la sala, pero nadie se marchaba de momento. A nadie se le servía la cena. Todo el mundo parecía sentirse obligado a hacer chistes y a beber un poco más deprisa que de costumbre. No sería posible permitir que evolucionara una situación así sin los comentarios cómicos de rigor, sin un poso de histeria y sofisticación. Los labios de Ethan fueron deslizándose hasta

encajar en forma de sonrisa. Al otro extremo de la sala, una mujer tosió y agitó un pañuelo. Jack le llevó la botella vacía a la camarera, que volvió con otra que abrió el propio Jack. Pammy se preguntó si tendría manchas en la cara. Le pasaba a veces con el vino. El hombre que acompañaba a la mujer que tosía pidió otra ronda. Otro salió del sótano y comenzó a llevarse las plantas por la puerta de la calle. Llevaba insertada, bajo el labio inferior, una aguja de casi cinco centímetros de largo, un ornamento de alguna secta, que apuntaba hacia abajo en un ángulo de entrada de unos cuarenta y cinco grados. Jack golpeó la mesa y apartó la mirada tratando de contener la risa. El hombre dejó las plantas en la acera y volvió a recoger más. A Jack se le escapó el vino de la boca. La sala se iba llenando de humo. Había ruido en la calle, luego hubo gruesos rayos de luz entrelazados. Aparecieron unos diez bomberos. Pammy se echó a reír como si masticara el aire, la cara resplandeciente, clara, radiantemente sana como piedra roseta. Los bomberos fueron de un lado a otro, chocando entre sí. Ethan se ventiló otra copa. La sala parecía haber disminuido físicamente con la entrada de los bomberos. Eran de tamaño descomunal, con sus cascos y sus botas, sus pasos recios, y se movían como si llevaran esquíes. Pammy no podía dejar de reírse. Los bomberos despejaron el lugar más bien despacio. Todo el mundo tosía, con copas y botellas en las manos. Salieron en fila, decepcionados ante la ausencia de aplausos.

Era de noche. Había unas doscientas personas en la calle, Jack se encaramó al pescante que había en la trasera de uno de los camiones de bomberos. Se columpió de la barra vertical. El alborozo que se habían llevado a la calle se disolvió en cuestión de minutos. Ethan y Pam echaron a caminar por la calle, pero Jack no quería bajarse del camión de bomberos. Desde allí daba órdenes y emitía un ruido de sirena. Nadie le hacía ni caso. El hombre de la aguja bajo el labio salió con la última planta del local. Los bomberos arrastraron una manguera desde la boca de agua de la esquina. Ethan se plantó mirando a Jack, con una distancia cada vez mayor en la mirada.

—Me pregunto qué habrá sido de la lluvia que anunciaron —dijo Pammy.

Jack por fin se reunió con ellos. Doblaron una esquina y pusieron rumbo al sur, hacia Canal Street y la posibilidad de coger allí un taxi. De pie ante los edificios de hierro forjado había grandes cilindros de cartón que contenían residuos industriales de las fábricas albergadas en los *lofts* de la zona. Jack cargó contra uno de ellos, dándole un empujón con el hombro y derribándolo. Siguieron despacio mientras él hacía eses de lado a lado, tropezando con los contenedores. Al pasar Grand Street saltó por encima de un contenedor volcado y viró con precisión, el antebrazo extendido, agachado, para abalanzarse contra un cubo metálico de basura. Pammy se fijó entonces en que Ethan no había cambiado de paso, y tuvo que apretar el suyo para alcanzarlo. Jack estaba sentado en el bordillo y se sujetaba la rodilla. El cubo había caído de costado y rodaba levemente para adelante y para atrás, buena parte de su contenido todavía intacto, dentro, señal de su peso considerable. Para Pammy era en cierto modo de cajón. Jack parecía disponer siempre de reservas enormes de

energía por despilfarrar. Para liarse a golpes con los cubos de basura. Lo vio ponerse en pie a duras penas. Aunque no había ni rastro de un taxi disponible, Ethan se asomó al poco tráfico de aquella hora con el brazo en alto.

—¿Esto lo hace a menudo?

—Los martes y los jueves —repuso Ethan—. El resto de la semana habla en lenguas desconocidas.

Lyle a veces llevaba encima, durante días seguidos, trozos amarillos de papel de teletipo. Observaba los números y los símbolos de los activos, y veía en todo ello una artística reducción del mundo exterior a una mera producción impresa, el modelo codificado de la exactitud según la máquina. Un segundo de estudio, una simple mirada era todo lo que necesitaba para recuperar una impresión de realidad desconectada de la resonancia de sus sentidos. Se retinaba la agresividad, el instinto de posesión. Veía las fracciones, los decimales, los signos de adición y sustracción. Una representación gráfica del mecanismo competitivo del mundo, de los bordes dentados y engrasados de un engranaje, que no estaba a su alcance de ningún otro modo. El papel contenía impulsos nerviosos: un dígito sináptico, un fonema, un punto sin dimensión en el plano. Era sabedor de que a la gente le gusta ver su propia saliva goteante en la trama vista del arte. En la hoja de papel que tenía en la mano no había indicio de las vidas definidas en razón de los objetos que las rodean, hileras mórbidas de inmortalidad. Sólo veía cifras entintadas. Era una propiedad privada por derecho propio, escondida, su particular participación (a un grado de distancia) en el cuerpo animal que resollaba en la noche.

Cuando Pammy llegó a casa, él no estaba allí. Una decepción. Últimamente había descubierto que el material nutritivo de su vida sexual era algo que aportaban los demás, al margen de quién estuviera presente en una fiesta o en cualquier otra reunión u ocasión social. Se preguntó si acaso se habría vuelto demasiado compleja para que en el fondo le importase que los otros fueran homo u heterosexuales. Qué bien estaría, qué bien, que él apareciera en ese momento. No tardó en ponerse a hacer lo que hacía siempre que se incomodaba con Lyle. Se puso a limpiar a fondo el apartamento. Primero fregó el suelo de la cocina y luego el baño. Barrió la sala de estar y, cuando el suelo de la cocina estuvo seco, lavó rápidamente los platos. Era un ciclo intrincado de expiación y de virtud, un retorno a la autodisciplina. Siempre que las cosas se torcían entre ambos, se lo tomaba como una visión previa de lo que podría ser, imaginándose sola, en un apartamento como los chorros del oro, acogedor, donde todo estuviera en su sitio, donde todo estuviera immaculado, una sensación de férrea independencia claramente manifiesta en toda esa organización. En mitad de la noche, cuando ya era tarde para pasar el aspirador, se dio una ducha, se puso el pijama y se metió en la cama a leer, sintiéndose a gusto consigo misma.

Llegó Lyle.

—Tienes manchas en la cara —le dijo.

—Te vas a llevar una.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo es que aún estás despierta? Es increíblemente tarde. Ahí fuera al menos es tardísimo. Tendrías que verlo. Anda, ve a la ventana y compruébalo. No, mejor que no. Así no te enterarás de nada. Quédate donde estás.

—Y ahora va y resulta que viene con ganas de hablar.

—Estuve en el centro. Estuve dando vueltas hasta ahora. Y qué tal te ha ido, preguntará ella. Bien, pues para empezar te diré que por fin ha refrescado, soplaban una brisa del río, no había nadie por ninguna parte, algún que otro borracho al principio, pero luego nadie, un coche, otro, otro coche en busca del túnel. El distrito, por fuera, es como el final del tiempo organizado, pero sólo por fuera, ojo. De noche es más bien como si a alguien se le hubiera olvidado qué sé yo. Se han ido todos. El misterio, eso es, del por qué todo el mundo abandonó esos magníficos *pueblos*.

—¿Y por dentro?

—Pasan cosas. Hombrecillos con gafas de sol.

—Fascinante, qué perspicacia tiene el tío.

—¿Qué te pasa, carita manchada? ¿Es que te fastidia mi falta de consideración? Te llamé y no estabas.

—Tendríamos que salir más a menudo.

—Ahí fuera no hay nada. A eso es a lo que iba. Se han ido todos. Se oyen batir las puertas por efecto del viento. Los científicos están perplejos.

Lyle cultivaba una particular suerte de autodominio. Como corolario de su extrema presencia de ánimo, construía un espacio que lo separase de la mayoría de las personas con las que probablemente tendría que lidiar a lo largo de un día normal y corriente. Era consciente de su andar estudiado por los pasillos de la sede de la empresa. Encantado de la vida parodiaba su propio talante volviéndose de pronto hacia una cara o dejando caer de pasada una mirada de anemia. Se le antojaba gratificante pararse en medio del parque, por ejemplo durante un momento de descanso en plena sesión, o después del trabajo en un bar del distrito financiero, y notar cómo a algunas personas les gustaba exhibir sutilmente la relativa proximidad que tenían con él, mientras otras, al percatarse de su distanciamiento, o dándolo por hecho, optaban con gran diligencia por mantener las distancias rituales.

El camarero, de casi metro noventa, inclinó ligeramente la cabeza al tomar nota.

—Yo quiero algo así como del espacio exterior —dijo Lyle—. ¿Qué es un zombi? Da igual, tráigame uno.

Rosemary Moore pidió whisky con agua. Su jefe, Larry Zeltner, pidió un gintónico para él y otros dos para las dos chicas, de las que Lyle sólo sabía que se llamaban Jackie y Gail. Se había encontrado con ellos en el ascensor cuando se marchaba de las oficinas con Rosemary. Zeltner propuso que fueran todos a tomar algo. Lyle se mostró de acuerdo enseguida, tratando de dejar claro que Rosemary y él habían entrado juntos en el ascensor por pura casualidad, igual que ellos tres.

—Es lo que ya dije por la mañana —dijo Zeltner—. Es lo que siempre digo yo: ¿quién lo hará? Que alguien se ocupe de hacerlo y me tienes de tu parte. Si no, adiós muy buenas. Además está la situación reinante: qué total alcanzamos, quién se reconcilia con quién, dónde hay que apretar los indicadores.

Lyle se empeñó en conversar con Jackie, que no era atractiva. No supo por qué tomó esta precaución, ni supo qué significaba exactamente. Le pareció que era una opción segura. Se terminó la copa antes de que los demás mediaran las suyas. Jackie parecía estudiarlo mientras hablaba, medir su grado de atención, preguntarse por qué sus respuestas se habían reducido a meros gestos de asentimiento, a razón de tres cada diez segundos. Rosemary dijo que se tenía que marchar. Él no dio el menor indicio gestual. Zeltner le dijo que no se molestase por el dinero, que la invitación corría de su cuenta, etcétera. Lyle la vio salir por la puerta. Ella no había dado a entender a ninguno de los demás, de ninguna manera, que hubiera cruzado nunca una sola palabra con él. No estuvo seguro de que fuese por deseo expreso o de que formase parte del código social prevaleciente en sus relaciones con los demás.

—Caramba —dijo—. He de tomar el tren. Tengo que ir al quinto pino a ver a un

amigo mío y a su mujer. Tienen toda clase de problemas. Dios del cielo, odio los hospitales. Tienen al hijo hecho un cromó. La mujer tal vez tenga algo grave. Le dije que iría sin falta esta noche. Larry, almorzamos cuanto antes, sin falta.

Dedicó una sonrisa a las mujeres, dejó dinero sobre la mesa, salió con prisa, procurando desgajarse del pequeño desastre de su parlamento. En las calles, hora punta. Llegó casi corriendo hasta la esquina por donde pasaba el Volkswagen a recogerla. Tenía el cuerpo erizado de actividad química, chorros de un regocijo desesperado. Ella aún estaba allí, a la espera. De nuevo vio moverse sus propios labios al hablar con ella, como si hablara a través de un agujero abierto en el aire. Rosemary se puso las gafas de sol.

Tomaron un taxi con rumbo a la parte alta de la ciudad. Estratégicamente, él había elegido un bar cercano a la embocadura del puente de Queensboro. Parecía idóneo para tratarse con ella. Era una de esas mujeres cuya propia ausencia de reacciones concitaba en él la apremiante necesidad de recurrir a tácticas desacreditadas. El taxista se llamaba Wolodymyr Koltowski. Lyle procuró hacer caso omiso del número de licencia. Sudaba copiosamente. Por East River Drive, el tráfico era insólitamente maníaco-depresivo, un ramalazo embalado de excitación y de humor suicida. Lyle se sintió a la baja, como le ocurría en los taxis, con una mujer, siempre que el tráfico era demasiado lento, o bien cuando se circulaba a esa velocidad brutal. Se percató de que había olvidado poner unos cuantos sellos a los sobres la noche anterior.

El local estaba atestado. No había mesas libres, no pudieron acercarse a la barra. Él no conocía demasiado bien la zona. No sabía qué podía encontrar por los alrededores. Ese espacio inacabado había estado presente durante todo el día, una conciencia negativa. Alcanzó como pudo las copas y volvió a duras penas con ella. Estaba cerca de la puerta, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Se había propuesto no olvidar poner los sellos en los sobres. Contenían facturas. Había rellenado los cheques, quería haberlos puesto en el correo. Pagar una factura equivalía a sellar el mundo para que no tuviera acceso a él. El placer era de interiorización, una afirmación del yo. El momento decisivo era el de poner los sellos en los sobres. Los sellos eran los emblemas de la autenticación. Ella tenía las manos recogidas al frente, el bolso le colgaba de una de las muñecas. Wolodymyr Koltowski. «Cállate», se dijo. La muchedumbre del bar iba en aumento, la presión era cada vez mayor. No parecía que a Rosemary le importase.

Era un desafío lanzado a algo más profundo que la mera virilidad. Que lo reconociera esa mujer, que lo aceptase en su diferencia, que acogiera su presencia en lo más opaco de su fuero interno; ése era el fin hacia el que estaban encaminadas ahora sus pasiones.

Tomaron un taxi para pasar el puente y enfilarse por Queens Boulevard. Se bajaron del taxi y caminaron media manzana hacia el norte. Aún había luz diurna. Ella vivía en la planta baja de una casa adosada, idéntica a las del resto de la hilera, con una marquesina de aluminio ondulado sobre la entrada, y sillas de playa apiladas en el

vestíbulo.

Había tres habitaciones pequeñas y una cocina grande. Hasta que llegaron, a la cocina, no vio nada que pudiera identificar a Rosemary como habitante del lugar: Rosemary Moore por contraste con alguien a quien nunca había visto, con quien nunca había hablado, a quien nunca quiso tocar, otra mujer completamente distinta, o un hombre disfrazado de mujer, que lo arrastrase de un vestíbulo oscuro a ese abolsamiento de espacio cuadrado, esos matices del gris y del beis. No existía la menor sensación de historia individual, no había narración en las cosas, hábitos intactos en las pertenencias propias.

En la cocina se plantó ante un gran tablero de corcho en el que se veían clavadas entradas de espectáculos, cartas, cajas de cerillas, fotos de Rosemary con distintas personas. Los ecos de su ensimismamiento convergían justo ahí, en apariencia al menos. En una foto aparecía sentada en un sofá entre dos hombres. No había nadie más en la foto, aunque Lyle sospechó que había otras personas presentes en la habitación, además del fotógrafo. Un hombre miraba de reojo, y el semblante medio abotargado del otro indicaba la posibilidad de que hubiera testigos presenciales. El hombre de aire abotargado era George Sedbauer, fornido y con una calvicie incipiente. Lyle había visto fotos recientes después del asesinato. También lo había visto muerto, claro está, aunque no habría sido capaz de identificar a Sedbauer a partir de aquellos instantes en que lo entrevió tan sólo tendido en el parque. Rosemary le pasó una copa. Sólo llevaba dos cubitos de hielo. No estaría fría del todo. Le hubiese apetecido algo muy frío. Se dio cuenta, de un modo increíble, que había olvidado lo que le iba a preguntar. Tendría que ingeniárselas para retomar el hilo.

—Ése es George, ¿no?

—Sí.

—¿Y el que está con él?

—La del medio soy yo. El otro es un tal Vilas, o Vilar. Creo que fue un fin de semana, estuvimos en Lake Placid, me parece. En teoría, íbamos a esquiar. Estamos en el vestíbulo del hotel donde nos alojamos. O puede que sea la habitación. Creo que era la habitación de alguien.

—¿Quién es el tal Vilas?

—El tipo que asesinó a George.

—Interesante —comentó él.

—A veces se dejaba ver muy a menudo. Otras veces pasaba largas temporadas sin dar señales de vida.

—Pues me parece muy interesante, dijo el joven con los ojos como platos.

—George no esquiaba. Sí, eso fue. Después de hacer todo el viaje, resultó que George odiaba la nieve.

Insegura por algo, había entornado los ojos y miraba a lo lejos. Gesticulaba despacio. Su cara delataba un mínimo abandono cuando se volvió hacia él y se lo

encontró mirándola. Era preciso, y él lo sabía, hablar con ella de ella misma. Era alta, más pálida que clara de tez, caminaba envuelta en un gélido caparazón.

Estar a solas con ella era ocupar el centro inmediato de las cosas. No existían gradaciones en esa clase de deseo. Todo viraba en torno a su perfil trazado con tiza. Sería esencial charlar un poco. Se las ingeniaría para alcanzarla de nuevo mediante ese proceso de rellenado.

—A esta copa le harían falta unos once cubitos de hielo.

—No creo que te puedas quedar mucho rato.

—Vayamos al cuarto de estar. Me encantan los cuartos de estar. En realidad, soy un entusiasta. No sé qué les encuentro a los cuartos de estar. Sin un cuarto de estar soy hombre muerto, o poco más o menos.

El placer sensual de la banalidad era un tema merecedor de las más hondas indagaciones. Se demoró en la cocina para verla caminar hasta la habitación contigua. Se sentó frente a ella, a tres metros, a sabiendas de que cruzaría las piernas. Había cigarrillos y licor, necesidades inapelables cuando estaba con ella. Trató de limitar sus comentarios a las consabidas ampliaciones de lo previsible. Se esforzaba por llegar a un estado puro, a una ciencia embrionaria del deseo, quizás llamada a ser conocida como hipnosis recíproca. Cuando ella hablaba, él concentraba todos sus esfuerzos en impostar una cara que le devolviese a ella no sólo cierta idea clara de lo que había dicho, sino también de la persona que lo había dicho, Rosemary Moore, en vestido de tirantes. Se cambió de sitio al sofá para acomodarse al lado de ella. Juntos idearían la construcción del hierro de marcar a fuego el carácter.

—Cuando era azafata y volaba —dijo ella—, o dormía o muy poco o dormía demasiado. A veces me pasaba días enteros durmiendo. Esto es algo más regular. Pero no sé si terminará siendo muy interesante. No hay gran cosa que hacer. Tengo que decidir si me quedaré o no. La gente es muy amable, desde luego. Nada que ver con aquel trabajo que tuve, hablando con los compradores sin parar. Aquello era la locura. Todo el mundo gritaba por teléfono. Y eso es algo que no me gusta nada.

Él le retiró la copa de la mano y la depositó sobre la mesa, junto a la suya. Ella hizo un breve movimiento de cabeza, apartándose el pelo de los ojos o poniendo fin a una secuencia del encuentro para dar comienzo a otra. En el instante en que él la tocó, el tacto se volvió asidero.

Pammy puso los zapatos de claqué y la malla correspondiente en su bolso de bandolera. Tenía la clase en la Calle 14 Oeste, dos noches por semana, de ocho y media a diez. Estaba al frente de la clase Nan Fryer, una mujer de cabello erizado y una cicatriz en la mejilla, casi en el mentón. Algunas noches se juntaban hasta cuarenta personas. El estudio se lo alquilaba a un grupo de teatro que respondía al nombre de Tranquilidad Dinámica. Nan era integrante del grupo; atribuía sus progresos en el baile de claqué a los sistemas de disciplina ética.

—Saltad, que no os veo. Y arrastrad los pies.

Pammy bailaba frente a un espejo, en la parte posterior de la sala. Su cuerpo se adaptaba a las mallas de baile, uno de los contados cuerpos que así se dejaban ver sin tapujos. Practicaba un ejercicio en el que intervenía un cambio de equilibrio en precario. A Pammy le encantaba el claqué. Tenía perfectos pies de bailarina al parecer. Una bailarina de nacimiento. Alzaba los brazos, hacía crujir los dedos de los pies, con los talones marcaba una serie de compases magnéticos, buscaba con ahínco una determinada cadencia, el único ejemplo de lucidez capaz de enaltecerla, de auparla a una embriagadora esfera de éxtasis y de sudor. El claqué era pura nitidez cuando se ejecutaba correctamente, era algo reconfortante, placentero para la propia sensación corporal, el cuerpo como organismo coordinado, capaz de descifrar su propia aritmética.

Nan Fryer dio palmas para indicar un alto en el ejercicio. Los aprendices de bailarín se dejaron caer un poco, los cuerpos palpitantes. Los hombres de la clase vestían de modo muy variado, desde los del chándal hasta los de la ropa deportiva bastante rutinaria. Casi todas las mujeres llevaban mallas, o pantalones pirata abiertos por los laterales. Nan deambulaba entre todos ellos sin dejar de hablar. Llevaba unos zapatos plateados, vaqueros cortados a media pierna y una camiseta de Tranquilidad Dinámica. Era un atuendo que daba mayor realce trágico a la cicatriz de su cara.

—Me gusta cómo respiráis. Todos estáis respirando muy bien. Esto tiene importancia por lo que respecta al movimiento y a las fuerzas que afectan a la ejecución y control del movimiento. Hay zonas, hay conciencias en vosotros a las que el claqué os da acceso. Sois accesibles para vosotros mismos. Fijaos qué grado de tranquilidad estáis alcanzando. Poco a poco, cada vez más profunda. Desbloquead vuestros sistemas nerviosos. Creeros vuestra propia respiración. Esto es esencial para sacar el máximo rendimiento del claqué. Cuando yo empecé a bailar claqué, creía que no era más que un baile sencillito, clic-clac y a correr. Puede ser muchísimo más. Movimiento y fuerza, fuerza y energía, energía y paz. Sois personas ubres por vez primera, notadlo: todo vuestro cuerpo tiene conciencia plena del universo físico y del

universo moral.

Pammy miró por una ventana abierta en la pared del fondo de la sala. El tráfico circulaba con fluidez. Había arreboles del crepúsculo en una puerta cristalera, al otro lado de la calle, una tienda de baratillo. Se había tapado las orejas con las manos.

—Muy bien, chicos y chicas. Hora del cruce.

Durante el resto de la sesión, Pammy bailó invirtiendo en ello la totalidad de sus sentidos, concentrándose en las plañías de los pies, el contacto definido. Ensayó durante un rato el ejercicio intermedio, el paso número dos, desplazándose de lado frente al espejo, hasta verse frente a un radiador y unas tuberías. Nan puso una vieja melodía en el fonógrafo y ejecutó un conjunto de combinaciones avanzadas de baile. Los alumnos formaron un corrillo a su alrededor. No tardaron en ponerse todos a bailar, tratando de emular el complejo dibujo de sus pies en el suelo, combinaciones de punta tacón, meneos de lado, haciéndose cada cual un hueco hasta entrar en un espacio privado en el que bailar un rato, sin hacer ruido, sobre el suelo de tarima.

—No os tenséis. Soltura total. Relajad los tobillos. Arnold Maslow, no te tenses tanto, chico.

Lyle se encontraba en una cabina de teléfonos en Grand Central, a la espera de que McKechnie cogiese el teléfono, viendo a los transeúntes camino de sus trenes, arrastrando los pies, cabizbajos; toda una jornada laboral, rematada con una o dos copas al final, era la causante de una sutil destrucción, de un desmadejamiento más allá de lo meramente físico; todos se desplazaban en medio de un ruido constante y de origen impreciso, las bocas entreabiertas, los peces de las ciudades.

—Seguro que no es muy tarde.

—Lyle, tú di lo que quieras decir.

—El otro día hablamos de George Sedbauer. Quién lo mató y todas esas zarandajas. Bien, ¿te acuerdas de que hablaste de la secretaria de Zeltner una vez? Ella está enterada de algo. Tengo que llegar a conocerla un poco mejor, eso sí. En primer lugar, conocía a Sedbauer. Conocía o conoce mejor dicho al tipo que le pegó el tiro. Eso es el punto clave. Hay una fotografía, yo la he visto. Y ella sabe lo de la pistola, qué clase de pistola era, pero lo de la pistola podría haberlo sabido por los periódicos, claro. Lo clave es el tipo que le pegó el tiro. Ella lo conoce. ¿Convendría decírselo a alguien? ¿O tú qué opinas, Frank?

—Tú has visto esa foto.

—Estaban los tres en ella. George, ella, el otro menda. A menos que sean invenciones tuyas, pero ¿por qué se lo iba a inventar?

—Quiero que hables con un amigo mío —dijo McKechnie—. Le diré que se ponga en contacto contigo. Sí, eso será lo más sensato.

Ethan y Jack se acercaron a la noche siguiente con unos restos de pastel de carne. Subieron todos a la azotea, donde los operarios de mantenimiento habían colocado una cubierta de tela alquitranada y cuatro mesas de picnic (encadenadas a las paredes), así como varios arbustos plantados en tiestos de gran tamaño. Por fin llegó

Lyle con las copas en una bandeja.

—No tenía ni idea de que esto de arriba estuviera así —dijo Jack.

—Es para que Pammy disfrute de una buena panorámica del World Trade Center cada vez que se deprime. Así remonta de nuevo.

—Yo quiero algo clásico de beber —dijo Ethan—. Nada de tequilas y rollos de esos. ¿Qué es eso? ¿Tequila? He decidido seguir vivo, se acabaron los remolinos venenosos.

—Qué poético —dijo Pammy—. Que sirva alguien. Yo quiero un trozo pequeño. ¿Comemos o bebemos? Empiezo a estar confusa, y eso que apenas acabamos de empezar.

—¿Qué es aquello? —dijo Jack—. ¿El Edificio Municipal? ¿Y ese otro? ¿El Woolworth? No, imposible que se vea desde aquí, ¿verdad que no?

—Sí hubieras traído vino te podría servir algo clásico. Pero te puedo servir vino.

—Hemos traído pastel de carne. ¿Quién más trae pastel de carne?

—Entiendo que os habéis dejado el vino en el taxi, supongo que debido a vuestra experiencia anterior.

—Nos ha traído un taxista que no veas —dijo Jack—. No hablaba ni papa de inglés. Se empeñó en venir aquí pasando por Chinatown.

—Ah, ya veo.

—Amenaza de daños físicos —dijo Ethan.

—¿Y aquí quién es qué? Me gustaría un poco de pan con esto. No, mejor que no. Olvídalo. Cancele el pedido, camarero, que ahora soy bailarina. Mi vida es la austeridad. ¿Cómo se dice? Un régimen austero, eso es. Aceptaré una copa de todos modos siempre y cuando alguno de ustedes, pedazos de zurullo, me alcance un vaso y ponga en todo momento un cuidado exquisito, que son nuevos y sumamente caros.

—Esta ensalada está de fábula.

—Gracias, Jack.

—Una ensalada única entre las ensaladas del mundo —dijo Ethan.

—La ha preparado Lyle.

—Arrecian los aplausos, ovación prolongada.

—La preparé yo.

—Quería preguntarte una cosa, Lyle: ¿qué pasa en la calle?

—Es la calle de las calles.

—¿Es que te han declarado oficialmente chapado a la antigua, o qué? ¿Eres viable, Lyle? Todos queremos que nos lo digas clarinete. ¿Seguirá existiendo un parque donde negociar compras y ventas de activos en un futuro próximo? ¿O acaso ha de ingresar todo eso en la bruma de la historia, damas y caballeros?

—Yo voto por la bruma de la historia. La verdad es que nadie sabe nada. Se ventila una fortísima discusión desde el punto de vista de los miembros. Pero la corriente va por otros derroteros.

—De veras, ¿todo eso te vas a tragar?

—No es cuestión de tragárselo. Es cuestión de abrirse. Claro está que uno nunca sabe qué es exactamente lo que abre, eso es lo malo de las corrientes, y más si van soterradas.

—Podrían arrastrarte hasta la misma catarata.

—Y propulsarte por encima y hacerte caer en picado.

—¿Hay motivo de preocupación? —preguntó Ethan.

—Escoge una apertura y entra con todas. Ése es, qué quieres que te diga, el único método de... de lo que sea, de mantener cierta resolución, cierta presencia de ánimo, de ser específico en las propias intenciones. Ahí fuera, en la calle, los amanuenses de la historia, los que envuelven los paquetes. Libertad, libertad.

—Bien aprendida llevas la lección, Espartaco.

Casi había anochecido. Lyle bajó a por más alcohol y más hielo. Marcó el número de Rosemary. No le contestó nadie. En la cocina, pasó por delante de un armario con puerta acristalada y reparó en que tenía un defecto en su reflejo. Algo desconocido en plena cara. Al mismo tiempo, notó la humedad. Entró en el cuarto de baño. Era su nariz, le estaba sangrando. Se taponó el orificio con papel higiénico hasta que menguó el flujo de la sangre. Acto seguido puso una caja de Kleenex en la bandeja, con el tequila, el vodka, limones verdes, hielo, y volvió a la azotea. Había alguien en otra de las mesas. Era un chiquillo que llevaba un panamá de paja. Estaba de pie contra la silla, apartando la mirada. Lyle tuvo la sensación de que los demás lo miraban con intención de medir las dimensiones cómicas de su reacción ante el muchacho. Caminó hacia donde estaban y miró bajo la sombrilla que los cubría. Adrede, despacio, dejó la bandeja sobre la mesa y apartó el resto de los objetos con un desdén calculado. Los demás esperaron a que dijera algo. Se sentó tan despacio como pudo. De nuevo comenzó a sangrar por la nariz. Ése fue el chiste, cómo no. Mucho más divertido que cualquier cosa que dijera. Se insertó un Kleenex en el orificio y se lo dejó colgando, adoptando una expresión de paciencia hastiada.

—Lo ha dejado su madre —dijo Jack—. Dijo que vendría enseguida. ¿A quién se le ocurre dejar a un chiquillo en la azotea?

—Es un chiquillo de los años cuarenta —dijo Pammy.

—Lleva un sombrero panamá de no creérselo.

—Es un chiquillo de los años cuarenta. Mira qué traje lleva, un traje de dos tonos a juego. Me apuesto lo que quieras a que nunca crecerá. Se quedará en el metro cincuenta y poco. Fumará una pipa pequeña y nunca irá a ninguna parte si no es con su sombrero y su traje de dos tonos a juego. Se llamará Bill Follett. Me gustaría casarme con él. También me gustaría un poco de vino blanco con soda, por favor.

—¿Y de dónde se supone que lo saco?

—De donde sea. Existe, eso es todo. Existencial-mente tendrías que ser capaz de conseguirlo.

—Es una nínfula gruñona donde las haya —dijo Ethan—. ¿A que lo es en ocasiones? En la oficina da miedo nada más verla.

—Es una chica de gángster de las que ya no quedan, te lo aseguro.

—Anda, quítate el Kleenex de la nariz.

—Nariz, qué nariz, ni qué... y calló.

Se zamparon los restos del pastel de carne. Pammy se acercó a hablar con el chiquillo. Tuvieron una grata conversación sobre los perros del barrio. Las atenciones que ella le prestó le dieron renovados ánimos. Ella creyó que él era consciente de toda la escena, no sólo de su conversación. Disfrutaba al formar parte de todo ello. El niño entre los adultos. Bonito traje. El ambiente. Llegó su madre para llevárselo. Pammy volvió con los demás.

—Lo que yo digo es que basta —dijo entonces Lyle—, y que no sabemos qué significa. Se nos ha caído encima a trozos. Es algo que se adelanta a cualquier planificación. Nos ha salido el tiro por la culata. Aquí y ahora.

—Valles inmensos de espacio y tiempo.

—Si yo tuviera una madre como ésa —dijo Jack—, también saldría a hacer el gamba por los terrados. De todos modos, es lo que hago, anda que no.

—¿Qué es esto? ¿Tequila? —preguntó Ethan—. Yo no quiero esto. Que alguien se lo lleve. Sí esto es tequila y yo estoy bebiendo tequila, es que algo está gravemente trastocado en el orden de las cosas.

—Mira, da la impresión de que ese avión va a estrellarse.

—Chicos, creo que me estoy poniendo fatal.

—Tenía muchísimas ganas de que esta noche estuviésemos juntos y fuésemos la bomba.

—Me parece que voy a echar la pastilla dentro de nada.

—Estaba seguro de que se iba a estrellar —dijo Jack.

—No quisiera echarle la culpa al pastel de carne, pero es que me está pasando algo en el estómago, algo que no tendría por qué.

—Va a echar la papa, Lyle. Anda, llévatela de aquí.

—Si hubiésemos bebido algo brillante, la bomba, aún lo entendería. Hace ya mucho que me conformo con lo que no es precisamente lo mejor.

—Lyle, ¿tú fumas? No sabía que fumases. ¿Cuándo has empezado a fumar?

En el espejo del cuarto de baño se miró y vio gotear la sangre. En cierto modo era hermoso. Manaba muy despacio, un fluir idealizado, sin la menor sensación de que hubiese una fuerza que la impelía a fluir. Vio cómo llenaba la sangre la hendidura que se le formaba sobre el labio. Le intrigó el color de su sangre, esa floración carnosa, casi una película de la savia más alegre que se pudiera imaginar. Echó la cabeza por fin para atrás y así quedó un rato, hasta que cesó la hemorragia, y entonces fue a la cocina, donde se hallaba Pammy ante la fregadera humeante. Abrió la nevera comprimiéndola a ella contra la fregadera, un descarado gesto para molestar, ni siquiera una tenue irritación, y sacó un tarro de aceitunas.

—¿Cómo es que no lo pones en el lavaplatos?

—Quiero que estas copas sepan qué se siente cuando las lavan unas manos

humanas —dijo—. No me apetece que crezcan creyendo que todo se hace a lo fácil, a máquina, con un detergente impersonal.

—Ah, ¿se ha vuelto a estropear?

—Llama tú.

—No, llama tú, aunque sólo sea para variar.

—Yo llamé la otra vez.

—Yo no pienso llamar. Me da igual. Por mí, que siga estropeado.

—No llames, no llamaremos, a mí me da lo mismo.

—Te lo digo en serio —dijo él—. Me da igual.

—Pues a mí no me esperes aquí.

—Descuida, que yo tampoco estaré, salvo para entrar y salir.

Ella puso cara de repipi e hizo una versión distorsionada del tono de voz que había empleado él.

—*Descuida, que yo tampoco estaré, salvo para entrar y salir.*

Luego del cierre, Lyle se presentó en el despacho. Ella no estaba ante su mesa. Remoloneó por los alrededores procurando no llamar demasiado la atención. Por fin decidió que una de dos: o se había marchado pronto o quizás no había ido a trabajar, de modo que entró en uno de los despachos vacíos y la llamó a su casa. No le contestó. Tres veces, en intervalos de diez minutos, volvió al despacho vacío para marcar su número. En el ascensor pensó: un pretendiente rechazado. ¿Acaso estaba próximo a entender los conceptos y motivaciones que conducían a la obsesión, la desesperación, los crímenes pasionales? Ja, ja, ja. Negativa y afirmación de uno mismo. Las trampas del deseo. La bendita dicha de la injusticia. Qué dulces panorámicas las que abre, inmensos paisajes neuróticos; qué exenciones. Maldita sea, señoritinga. En el taxi le invadió una extraña calma. Indicó al taxista que lo llevase dos manzanas más allá del punto al que en realidad iba. (Ya se trataba de una implicación de esas características). Marcó su número de teléfono desde una cabina cerca de una gasolinera. Como no le contestó, fue caminando a la casa y llamó a su timbre desde el portal. Allí esperó una hora y volvió a la cabina. No obtuvo respuesta. Le pareció ver el Volkswagen doblar la esquina. Atravesó corriendo Queens Boulevard y llegó hasta la esquina: el coche estaba aparcado delante de su edificio. Aún era temprano, quedaban al menos dos horas de luz diurna. Fumó, esperó. Un hombre y una mujer (que no era Rosemary) salieron del edificio. El coche arrancó y salió con rumbo al norte. Volvió a la casa, tocó de nuevo el timbre. No le abrió nadie. Pasó otra media hora en el portal, llamando al timbre, a la espera. Volvió a la cabina cercana a la gasolinera y marcó de nuevo. No obtuvo respuesta. Aguardó cinco minutos y volvió a marcar. Decidió contar hasta cincuenta. Cuando llegase a cincuenta intentaría una última llamada. Como no le respondió, volvió a contar, pero sólo hasta veinticinco.

En el asiento de atrás de una limusina Pammy bebía del contenido de un termo lleno de ginebra y vermut seco. Cuando la limusina pasó por delante de una

delicatessen cercana al Midtown Tunnel indicó al chófer que hiciera un alto. Entró corriendo y compró un limón. Salió corriendo con sus botas altas y su gorra voluminosa, su indumentaria para darse a la fuga. Dentro del coche arrancó un trozo de corteza de limón ayudándose con los dientes y una uña. Lo frotó por el interior del tapón del termo que le servía de vaso y lo introdujo. Si tenía que darse a la fuga, prefería hacerlo en un estado que no fuera de conciencia plena. Bebió mucho más deprisa que de costumbre. El brebaje era más o menos ocho parte de ginebra por cada una de vermut. No es que le gustase en especial el *dry martini*, pero se le antojó que representaba una suerte de desenfreno exuberante al menos en teoría, un punto de «a quién le importa» que iba como anillo al dedo a su trayecto hasta el aeropuerto. Si tenía que ir al aeropuerto, nada mejor que ir en limusina, con botas altas, tejanos desgastados y una gorra abultada de pillo callejero. Era consciente de estar estupenda. También sabía que Ethan y Jack iban a gozarla cuando les contase cómo había ido al aeropuerto, con un melocotón de padre y señor mío, en una limusina de las más largas, aunque tuvo que reconocer que le desagradaba tener que escuchar los relatos ajenos sobre la ingestión de alcohol o el consumo de drogas, las cantidades, los episodios cómicos subsiguientes, etcétera. Fuera como fuese, los dos se alegrarían de vería y de ver su atuendo. Se sentía de maravilla ante el mero hecho de marcharse. Maine estaba por allá arriba, en alguna parte, con sus inmensidades de granito y de pino. Se imaginó la cara de Jack cuando apareciese en la zona de llegadas del aeropuerto, se imaginó el efusivo saludo de Ethan. Supondría una tajante separación del mundo de las legalidades y las exigencias, una edificante pérdida de definición. Se sirvió otro vaso en el tapón. Cuando el terreno se fue allanando, cada vez más desierto, supo que se encontraba en las inmediaciones del aeropuerto. Era un paisaje que daba acceso inmediato a una sensación de derecho preferente de compra. Bajó las persianas de las ventanillas y siguió el resto del trayecto en la penumbra, dando sorbos con plena conciencia al vaso del termo.

Lyle se quedó ligeramente sorprendido por lo mucho que disfrutó del hecho de estar solo. Todo quedó al margen, la caótica expansión de los hábitos conyugales. Recorrió el apartamento, se fijó en los límites vencidos como plazos fijos, en una modificación de la vista de las líneas y los planos. Por descontado, carecía de la misma calidez de antaño, pero había otra cosa, una espaciosa amplitud en el lugar, un redistanciamiento de los objetos en torno a un punto común. Las cosas eran menos bruscas, menos diversas. Había una homogeneidad sensorial, una simetría radial que entrañaba no tanto su cuerpo y las habitaciones por las que pasaba, cuanto una suerte de presencia interior y sus líneas de resonancia, las posibilidades secretas del yo. La había visto, tras bajar del autobús, salir del edificio y subir a la limusina. Estaba en ese momento a media manzana de distancia. Ella se detuvo un fugaz instante en la acera, verificando que llevaba en el bolso los billetes, las llaves, todo lo demás. Las botas altas fueron una sorpresa, igual que la gorra, pues incluso desde lejos le daban un aire más cautivador físicamente, un aspecto llamativo, asombroso, y un algo

vulnerable, como puede suceder en las personas atractivas, despreocupadas, cuando no saben que alguien las observa. Notó que su alma se mecía al compás de una ternura devastadora. Ella era inocente allí y en ese instante; había abandonado toda malicia, había preferido desconfiar de la experiencia. Lejos de fingirse ciego, él por fuerza hubo de sucumbir al amor. El broncíneo sobresalto del amor fue la verdad en estado puro, de las que revelan las condiciones internas, los favores, la gracia preterida que surge de nuevo a la luz.

Vio la limusina deslizarse en el fluir del tráfico. Compartió con ella su partida, la compartió por completo. No serían más que unas semanas, aunque durante ese período supo que hasta el más sencillo útil de la cocina iba a percibirlo como un objeto más nítido, más diferenciado, un objeto de la experiencia inmediata. Sus separaciones eran intensas.

Se cruzó varias veces con McKechnie por el parque, pero no se dijeron nada, como de costumbre, y evitaron el contacto ocular. Lo buscó en los momentos de menos ajetreo, lo buscó de nuevo en la zona de fumadores. Esa noche lo llamó a su casa.

—Frank, se suponía que un amigo tuyo iba a ponerse en contacto conmigo.

—Ya se lo dije.

—¿Quién es, dónde está, cuándo hablamos?

—No sé a qué se dedica, pero sé que lo hace en Langley, Virginia.

—¿Y eso qué supone?

—Joder, Lyle.

—¿«Joder, Lyle»? ¿Y eso qué es? ¿Joder, Lyle, sin más?

—A ver si utilizas la cabeza —dijo McKechnie.

—Mira, haz el favor de decírmelo, ¿te importa?

—Langley, joder, estado de Virginia.

—¿«Langley, joder, estado de Virginia»? ¿Y qué es eso?

—No seas idiota. Estás siendo idiota a propósito.

—¿Y es que hay una maldición que cae sobre uno si dice con todas las letras de qué se trata? Venga ya. ¿Qué se supone que pasa? ¿Se te salen los ojos de las cuencas?

—Mierda, tío, a veces no veas lo bobo que eres.

—Langley, Virginia.

—Eso es.

—¿Y cuándo me toca enterarme?

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Se supone que se trata de alguna figura siniestra, todo el mundo anda en busca de relaciones que vinculen lo que sea con los terroristas, hay una secretaria que va por ahí según le viene en gana, que resulta que ha conocido al tipo, que al parecer tiene todavía trato con él, que tiene una fotografía en la cocina de su casa. Podría ser importante, Frank.

—No, para mí no podría serlo.

—Ni siquiera sabes a qué se dedica ese... amigo tuyo.

—No lo sé, en efecto.

—Y no lo quieres saber.

—Cuánta razón tienes, Lyle.

—Pero haga lo que haga, lo hace en Langley, Virginia.

—Joder, qué zopenco eres.

—Dilo, Frank.

- Mira, o lo sabes, o no lo sabes. Si no lo sabes, a ver si lo adivinas.
- Quiero oírtelo decir.
- Prueba a adivinarlo.
- Venga, dilo de una vez.
- Te voy a colgar —dijo McKechnie.
- Dímelo en voz baja, al oído.
- Voy a colgar el teléfono, pedazo de alcorneque.

La carne de Rosemary, sus amplísimos muslos, el tacto helador de su cuerpo, eran las preocupaciones de su desapego de todo vínculo común. Una vez se quedaba desnuda, raramente decía ni palabra. La agarraba, la mordía, le dejaba rastros de saliva por todas partes. La respiración de ella era lechosa. Lo único que le interesaba era el sexo más vulgar y corriente. Adecuado, pensó él. Perfectamente aceptable. ¿Por qué no? Ella lo agarraba por el cuello. Sus carnes lo obsesionaban, igual que su color, su tacto, los sutiles olores que despedía. Casi podría haber sido una niña drogada. Quiso arañarle la piel, dejarle las marcas de los dientes, moratones, cardenales, azotándola y arañándola sucesivamente. No era la actitud habitual en las tardes derrochadas. Quería meter la boca dentro de la de ella, rugir.

—Es que paso ya de todo eso. Ni se me ocurre. Lo único que me apetece es dejarlo que caiga por su propio peso. ¿No te parece que todo el mundo, o casi todo el mundo, tiene ese mismo sentimiento sobre su trabajo, sobre el trabajo al que han dedicado todos esos años?

Además, es demencial. Todo es demencial. En el fondo, ¿hay algo que no lo sea?

Ella nunca le dejaba que fuese él quien la desnudase. Se metía en el cuarto de baño y salía a los diez minutos, aún a disgusto, aunque no con su desnudez, le parecía a él, sino con la manera en que caminaba descalza, como si de algún modo caminara cuesta abajo, con pesadez y cautela. Apenas daba muestra del grado de deseo que su propio cuerpo debiera, o no, haber suscitado en ella.

—Quizás haya algunas personas a las que te pueda presentar.

—Claro, lo sé.

—Me estaba preguntando... —dijo ella—. ¿El coche?

—Claro, lo recuerdo perfectamente.

—El que algunas veces me recoge al terminar el trabajo.

—Por supuestísimo, ¿quiénes, sino ellos?

—Siempre y cuando a ti te apetezca.

—Pues claro, cómo no, ¿para qué he venido?

Sus muslos distorsionaban el perfil de su cuerpo. No eran muslos de alguien que pusiera ningún empeño, por más que le extrañase. Difíciles de ver en alguien que llevaba un vestido, aunque reconfortantes por el hecho de haber confundido todas sus expectativas. Él se apretaba contra ella de continuo, con todo el cuerpo, con una voraz hambre de su carne, las manos masajéandola con fuerza en un amasijo de tenue decoloración. Ella jamás se acercaba ni de lejos al orgasmo. Él lo aceptaba no como una deficiencia que debiera remediar (como suele interpretarse a menudo la cuestión) empleando su paciencia y su destreza, la experiencia del mecánico de la cama, ni

tampoco como un agotamiento más profundo, un defecto del espíritu. Era lisa y llanamente parte de la dinámica conjunta de los dos, la condición de su estar juntos, y él no tenía la menor intención de alterar los elementos del embrujo. Ni siquiera deseaba que fuesen de otra forma. Lo de menos era qué clase de sexo fuera el sexo. Lo consabido que impregnaba sus encuentros suplía con creces lo que él deseaba del erotismo y hacía del «uno» o del «otro» una cuestión de semántica recóndita. Él la agarraba con fiereza. Nunca hubo ningún momento en el que él se condujera hasta más allá de una determinada etapa, en que preparase los prolegómenos de la culminación. Era todo demasiado desordenado, los momentos de intensidad vagamente previstos. Él se corría de un modo inesperado, sin cobrar conciencia apenas, sintiéndose a la vez delincuente e ingenuo.

Se va ahora al cuarto de baño, pensó. Se sostiene los pechos con ambas manos y se admira en el espejo de cuerpo entero. Está sonrosada, realizada, plena. Entran dos doncellas para prepararle un baño perfumado. En la cama, de nogal labrado, pensó, su amante se reclina sobre una montaña de sedosos almohadones, rememorando cómo gemía ella de placer.

Dos

Ella introdujo el coche en un callejón sin salida. Era domingo, todo estaba en calma a media tarde. Lyle miró por la ventanilla con aire soñador, el brazo colgando por fuera, un surfista que regresa tras pasar el día entero en la playa. La mujer aparcó el coche, apagó la llave de contacto, siguió sentada. Lyle aguardó. Sólo estaba pavimentada una de las dos aceras. La casa era de madera gris, de dos plantas, con matorrales a la entrada, un único árbol. Ella emitió un ruidito de irritación rutinaria al encorvarse para salir del coche. Miró a Lyle, que no había hecho ademán de localizar la manilla de la puerta.

—Se me han olvidado los Cheerios —dijo ella—. Eso precipitará una pequeña crisis por la mañana. ¿Está bien dicho, «precipitará»?

—Eso creo —dijo él—. Puede que no del todo.

Ella alcanzó las bolsas de comestibles.

—¿Entro ahora? —dijo él—. ¿O espero aquí?

—No, mejor que vengas dentro. Sí, ahora mismo. Creo que de eso se trata.

Oyeron música de piano procedente de la parte posterior de la casa, un tocadiscos al parecer, desde la última planta. La mujer, al reaccionar al sonido, encendió la radio. Hizo a Lyle un gesto y éste se acomodó en un sillón de inmensos brazos laminados. La mujer, Marina Vilar, estaba tras la mesa sobre la que se encontraba la radio, buscando en la parte superior del aparato el dial. Por la ventana, a sus espaldas, Lyle alcanzó a ver parte de un puente, fuera el de Whitestone, fuera el de Throgs Neck. Sabía que no estaban lejos de la frontera del condado de Nassau, pero no llegaba a recordar en ese momento cuál de los dos puentes estaba situado más al este. La mujer encontró lo que buscaba, una emisora en la que un locutor largaba a toda velocidad entre canción y canción, y subió el volumen con satisfacción adusta, mirando directamente a lo alto de la escalera. Marina era rechoncha, poco menos que carente de formas, vestía lo que podrían pasar por ropas de segunda mano. Su rostro era en cambio de rasgos precisos, de huesos poderosos, un residuo de la campesina de los pintores del realismo socialista, cejas amplias, sombras. Llevaba el pelo con raya al medio, recogido sobre las orejas. Sus ojos se concentraban intensamente en lo que mirase, no renunciaban con facilidad a su reafirmación personal. Creía en una cosa, le pareció a él, que excluía todo lo demás. Aunque por el momento no había llegado a saber qué fuera esa cosa, estaba seguro de que ella la había dotado de una especialísima pureza, de una luz salvaje y noble.

—No conoció usted a mi hermano, y es una desgracia. Sólo a Rosemary, ¿no es así? Mi hermano fabricó los cohetes en Tempelhof. Lo planificó todo hasta el último detalle.

—No sé si me acuerdo.

—Alcanzaron a un avión que no correspondía. Alcanzaron al DC-9. Fueron completamente estúpidos. Uno lo planea todo hasta el mayor de los detalles, con un grado absoluto de precisión, ¿y qué sucede?

—Que van y estallan al dar contra el avión que no correspondía —dijo él.

El sitio estaba lleno de muebles de madera clara, de segunda mano, de los que se encuentran en las salas de recreo o en los pisos de realojamiento. Todo tenía una veta química. Marina guardó los comestibles e hizo algunas llamadas telefónicas, sin tomarse la molestia de bajar el volumen de la radio. En el transcurso de la tercera llamada bajó por las escaleras J. Kinnear. Se desplazaba deprisa, con los pies bien separados, y bajó los últimos peldaños con una carrerilla rítmica. Metro sesenta, metro sesenta y tantos, calculó Lyle, identificando de ese modo a otro sospechoso más para el detective de turno. Camisa de cuadros, pantalones marrones, mocasines marrones, más avejentado de lo que a primera vista parecía.

—Hola. Soy J. Encantado. Lo que te apetece es un cambio, ¿se trata de eso?

Sonrió y estrechó la mano de Lyle con un medio guiño, y se sentó sobre una pila de listines telefónicos, algo inclinado hacia delante, abrazado a las rodillas con ambas manos. Su postura daba a entender que eran ambos compañeros en la misma fe cuyos caminos hubieran divergido sólo por causa de fuerza mayor, debido a espantosas circunstancias. Por si fuera poco, estaba ansioso por conocer la historia entera. No carecía de humor el modo en que Kinnear organizaba esa actitud de intimidad aduladora. Se hallaba a cierta distancia, aunque no de un modo destinado a engañar a nadie. Había bajado las manos hasta los tobillos, que se rascaba con aire ausente. Marina apagó la radio e hizo aún otra llamada telefónica. La estancia vibraba mientras los dos hombres aguardaban a que ella hablase, antes de reanudar su propia conversación. Kinnear tenía una mirada que no llegaba a penetrar en su objetivo. Sí existiera algo así como el hecho de sentirse mirado, pero de un modo evasivo, Lyle entendió que era eso lo que estaba experimentando. Cabello castaño herrumbroso. Restos de abundantes pecas. Arrugas en torno a los ojos y en las comisuras de la boca.

—Un hombre del mismísimo parqué.

—Del parqué de los parqués.

—Encantado, estoy encantado.

—¿Y ahora qué pasa?

Kinnear se echó a reír. Dijo que había hecho recientemente abundantes viajes a la costa. Dijo que las cosas empezaban a ponerse interesantes. Lyle dedujo que no le correspondía formular preguntas. Hacía calor en la estancia. Le entraron ganas de echarse a dormir. No atinaba a entender por qué no estaba más alerta, más interesado. Desde el comienzo, cuando Marina Vilar lo recogió delante de una librería de la Cuarta Avenida y tomó una ruta que distaba mucho de ser la más corta al Midtown Tunnel, Lyle no logró sentirse del todo implicado en nada. De algún modo, las cosas

sucedían a su alrededor; él se deslizaba a través de las cosas. Una obra teatral. Ésa era en cierto modo la sensación. A menudo reconocía aburrirse en el teatro (aunque eso nunca le pasaba en el cine), incluso cuando sabía, veía con sus propios ojos, oía y entendía que la obra y el montaje eran excepcionales, que merecían toda su atención. Esa clase de sopor lo generaban los cuerpos tridimensionales, el espacio real, por oposición a la profundidad manipulada del cine. Así pues, quizás le llevase un rato captar del todo las cosas en esa situación, soltar un par de sacudidas, aguantar un par de verdugones. Entretanto, ella lo había llevado a hacer la compra. Él la siguió por los pasillos de un pequeño supermercado en Bayside.

—Lo curioso —dijo a Kinnear— es la pequeña reversión que aquí se produce. Yo no soy un obrero. Soy un intruso. Ése era el sueño secreto del trabajador por cuenta ajena que no se mancha las manos ni se gana el pan con el sudor de su frente, sino de otro modo. Hacer una llamada desde un teléfono público en plena noche. Llamar a alguna instancia del gobierno, a algún departamento oficial, eso es, del Estado. «Tengo información sobre tal y cual». Mejor aún, recibir una visita, que vengan ellos a verte. «Tal vez tenga usted la posibilidad de entregar un documento microfilmado, señor, cuando haga una visita a tal o cual parte», si es que es así como hacen las cosas. «Tal vez pueda usted convertirse en gancho para nuevos afiliados, con nómina a nuestro cargo, señor». Imagínate qué molón podría ser un asunto así para el hombre de negocios o el profesor, fieles los dos hasta la médula. Qué increíble emoción nocturna. El atractivo de los laberintos, de los entresijos de la tecnología avanzada. La sugestión de la doble vida. «Fantástico, apúnteme ahora mismo, estoy más que dispuesto». «Pero claro está, señor, que no podrá decir nada a nadie al respecto, ni siquiera a sus seres más queridos, más cercanos». «Me encanta, me encanta, firmaré ahora mismo». En cambio, ¿qué es lo que está pasando aquí, J.? Ahí está el busilis. Tienes a un tipo como George Sedbauer, por poner un solo ejemplo de lo que trato de explicar, y, digo yo, ¿en qué andaba metido el viejo George, un trabajador por cuenta ajena, limpio de polvo y paja, como el viejo George? Andaba por ahí trabando relación con los radicales más salvajes, con los arroja-bombas. Andaba haciendo negocietes con los del otro bando. Un trabajador que no se ganaba el pan con el sudor de su frente, ojo. ¿Qué fue, me digo, del buró, del servicio, de la agencia?

La sonrisa de Kinnear se vació del todo a medida que hablaba Lyle. Cesó la música de piano. No es que cambiara de expresión: meramente vació su sonrisa y dejó tan sólo una ondulación de la piel en su lugar. La mujer pasó entre ambos y subió por las escaleras. Hubo una pausa. Aguardaron a que menguasen los efectos de su presencia, la simple distracción de su cuerpo en tránsito.

—Nuestra factura de teléfono es irreal. Y no tenemos ni dos chavos que frotar uno con otro.

—Pero que alguien como Sedbauer estuviera involucrado con unos terroristas, con chalados de tomo y lomo desde el punto de vista del mundo normal, ¿qué fe hace pensar, J.?

—Quiero enseñarte una cosa. Será como tu iniciación en el laberinto del que hablabas antes. Tengo la estúpida idea de que una vez hayas visto lo que te voy a enseñar, estarás dentro de lleno. Es una idea casi mística, lo sé.

Kinnear se encaminó al sótano. Había una puerta pasada la caldera. Abrió el pestillo y entró en esa habitación recóndita. Lyle lo vio levantar un lienzo manchado de pintura de una mesa de gran tamaño. Sobre la mesa, y también debajo, había un alijo de armas. Kinnear se sacudió el polvo de las manos, manteniéndolas bien separadas del cuerpo.

—No sé cuánta munición de ametralladora hay ahí en total.

Se cepilló la pernera de los pantalones, concentrándose en quitar hasta el último rastro de polvo, y entonces tomó la palabra un poco antes de volverse hacia Lyle desde el otro lado de la mesa.

—Es irónico, pero por el momento no disponemos de ametralladoras. Sí tenemos las recortadas de costumbre, rifles de caza, pistolas. Algunos chalecos antibalas. Hay porras y cascos antidisturbios. Explosivos y componentes para la fabricación de explosivos de distintas clases, por ejemplo, Pento-Mex, nitrato de amonio, otros derivados de la pólvora, compuestos. Ah, y también un despertador, adivina para qué. Hay dianas silueteadas para entrenamientos, hay cartuchos y cargadores, hay balas trazadoras, abundantes pilas de nueve voltios. No sé cuántas latas de spray antiagresiones y de gases lacrimógenos.

A partir de ese punto, bajo la luz escueta, pareció dispuesto a acoger de buen grado una o dos preguntas a lo sumo, ladeada la cabeza, con un punto de seriedad y de expectativa en su apostura, como si en general aún marcarse las distancias. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, los pulgares a la vista.

—¿No habría que tener mejor escondido todo este arsenal?

—No existe razón alguna para que nadie sospeche que esta casa se sale de lo corriente.

—Y si alguien viene a arreglar la caldera...

—Yo bajo con él.

—Por otra parte, enseñas todo esto con demasiadas libertades, ¿no te parece? ¿Qué es lo que sabes de mí, J.?

—Eso es lo mismo que diría ella. O su hermano. Yo en cambio opero a niveles básicos, realmente viscerales. El terror es purificador. Cuando uno emprende la liberación de una sociedad para purgarla de todos sus elementos represivos, inmediatamente se convierte en un blanco contra el que cualquiera puede disparar, cualquiera, sea quien sea. No hay nadie que en su sano juicio no pudiera dártela con queso. La posibilidad de que te maten, o te traicionen, a veces parece ser la razón última de todo esto. En cuanto a lo que yo sepa acerca de ti, Lyle, yo diría lisa y llanamente que eres el sucesor de George Sedbauer. Eso lo tengo claro. Una diferencia: George nunca supo para quién trabajaba. George creía que estábamos involucrados en... comillas, espionaje industrial, y cierro comillas, del más alto nivel.

Le hicimos creer que representábamos los intereses de la banca internacional y de las navieras. Copió toda suerte de documentos secretos de los archivos de su empresa, de las cajas de seguridad, y nos contó punto por punto todo lo que sabía acerca de la Bolsa. Él creía que Vilar era el enlace de un cártel secreto de banqueros. Nunca se le ocurrió, hasta el final, literalmente hasta el último instante, diría yo, que Vilar lo que quería era hacer volar la Bolsa por los aires.

—Bum.

—Vilar, para mi gusto, era demasiado aficionadillo a las bombas. Pero es lo que hay. George, entretanto, estaba desgastando la Xerox a marchas forzadas.

—Sin saberlo.

—Me caía bien George. Nos llevábamos bien. Era un tipo interesante. Pasábamos bastante tiempo juntos.

—¿Qué hiciste con todo el material que te copió?

—No servía para nada.

—Un montón de papel mojado.

—Tú mira bien todo esto —dijo Kinnear—. Escudos antidisturbios, gases lacrimógenos, todo el material para reprimir manifestaciones propio de los años sesenta. Son artefactos. Recuerdos del pasado. Aparte de los explosivos, no creo que todo esto aún funcione como debiera. Y por los explosivos tampoco podría poner la mano en el fuego. A lo mejor, todos esos productos químicos tienen una vida eficaz que caducó hace unos diez minutos. Pero míralo, míralo bien. Es evidente que es producto de un robo de un arsenal de la Guardia Nacional, en plena noche, una primavera. Pura nostalgia, Lyle. No obstante, quería que lo vieses. Se me había ocurrido que una colección de armas tal vez tuviera un contenido emocional complejo para una persona de tu posición. A fin de cuentas, sigue siendo un arsenal. Es de justicia que sepas cuál es la naturaleza del juego que nos traemos entre manos.

Apoyó una de las dianas silueteadas contra la pared. Sacó un pañuelo y limpió el polvo de una caja de leche vuelta del revés, para sentarse en ella frente a la diana. Apoyó el dedo varias veces sobre la capa de polvo que cubría la cara de la diana. Puro entretenimiento, pensó Lyle. Un poco de espectáculo.

—Se trata de la incertidumbre de las fuentes y los objetivos —dijo Kinnear—. Está donde los busques, ¿no? Laberintos, dices, y tienes toda la razón. Tecnología intrincada. En el pasado, el gran problema que hemos tenido como nación es que nunca concedimos a nuestro gobierno la debida credibilidad, nunca reconocimos que fuera una fuerza tan total y absolutamente liante, como en efecto es. Era muchísimo mayor el mal de lo que jamás imaginamos. Mucho mayor, más perverso, mucho más interesante. Asesinatos, chantajes, torturas, intrigas de una inverosimilitud inmensa. Infinidad de circunvoluciones y relaciones ocultas. Un surtido de episodios sexuales. Terrible, terriblemente interesante todo ello, sin desperdicio. Cámaras, micrófonos, etcétera. Creíamos que ellos bombardeaban poblados, mataban a niños en aras de la tecnología, para que saliera a relucir, y también en nombre de ciertas abstracciones.

No les dimos ninguna credibilidad por todo lo demás. Tras cada hecho visible y desnudo nos encontramos sucesivas capas de ambigüedad. Es algo completamente ajeno al espíritu del liberalismo. Es una maravilla que lo toleren todo. Esta bruma de conspiraciones y de interpretaciones múltiples. Hasta ahí la gran visión del gobierno federal, tan instructiva.

Se apartó de la diana para darle la cara a Lyle, que se encontraba al otro lado de la mesa.

—¿Qué sucedió en realidad? —dijo Kinnear—. ¿Quién encargó pinchar los teléfonos? ¿Por qué estaban hechos trizas los periódicos, qué se decía en ellos? ¿Por qué difiere un informe de la autopsia de otro de la misma autopsia? ¿Fue una bala, fueron más? ¿Quién borró las cintas? ¿Fue la muerte de fulano mero accidente, o fue un asesinato? ¿Cómo se implicó el crimen organizado? Mejor dicho, ¿quién les dio vela en el entierro? ¿Hasta qué punto están las grandes corporaciones implicadas en tal o cual misterio, en tal o cual crimen, en estos asesinatos, en los programas de tortura sistemática? ¿Quién dio la orden de iniciar un programa de vigilancia en masa? ¿Por qué desaparecen los testigos de la faz de la tierra? ¿Dónde están los archivos? ¿Dónde están los fragmentos del proyectil que faltan? ¿Trabajaba ese sospechoso para los servicios de inteligencia, si o no? ¿Por qué no casan ni de lejos las versiones de cuatro testigos oculares? ¿Qué sucedió, Lyle, aquel día en el parque?

—Creía que tarde o temprano iba a poder hacerte esa misma pregunta.

—Yo no estuve presente —dijo J.—. Tú sí. Yo ni siquiera sabía que estaba previsto que sucediera lo que sucedió. Lo hicieron por su cuenta y riesgo. Una intervención de los dos hermanitos.

—Así que quieres saber qué sucedió.

—¿Qué sucedió, Lyle? ¿Cuántos disparos se hicieron? ¿Fue una sola persona o fueron varias? ¿Llegaste a ver el arma? ¿Qué pinta tenía el sospechoso, o los sospechosos?

Kinnear marcó en ese punto una pausa, haciendo acopio de energía forense para el chiste que se avecinaba.

—Cuando el gobierno se torna demasiado interesante, es que el final está a la vista. Su caída no está contenida en sus transgresiones, como es obvio, sino en los despojos que fluyen desde esas playas, que en un momento determinado son siniestros, son pérfidos, y al momento siguiente son irrisorios, o poco menos. Los gobiernos no deben llegar a ser tan interesantes. Es algo que desequilibra al cuerpo político del Estado. Casi me dan ganas de decir que dieron muestras de una imaginación excesiva. Pero no es el caso, ¿verdad que no?

—Puras fantasías.

—Tenían demasiadas fantasías. De acuerdo. Pero es que eran nuestras fantasías, ¿no te parece? En definitiva lo eran. En toda su variedad. Nuestros líderes sencillamente las agotaron. Nuestros representantes electos. Es justo, pues, y nada más que justo, adecuado, y fuimos un hatajo de cegatos, tanto que no nos dimos

cuenta, ni siquiera nos lo oímos. Nos habría bastado con conocer a fondo nuestros propios sueños.

—Tendrías que hacer una gira por todo el país para dar esta conferencia —dijo Lyle—. Eso lo pagan bien.

—Me percató de que lo estás disfrutando. Esto es algo que te hace falta, ¿no es cierto? Una sensación de estructura precisa. Una base lógica para toda exposición ulterior.

Lyle oyó pasos exactamente encima de él. Se cerró una puerta, que provocó ligeras vibraciones. Empuñó lo que a primera vista le pareció un M-16. Pesaba más de lo que supuso. Lo sostuvo a la altura de la barriga, sopesándolo con ambas manos. A través de un ventanuco en lo alto de la pared atinó a ver el enrejado que remataba el porche de atrás. El arma le hacía sentirse incómodo. El mero tacto de la misma entrañaba la severidad de sus fines. «Ar-r-r-rma», pensó. No puso en duda su autoridad. Hasta la más diminuta de sus hendiduras espirales era con toda claridad un artilugio ideado y fabricado para funcionar con una precisión heladora. El recuerdo de un sabor a cobre, de juguete, en la lengua. Aquel objeto era casi perfecto. Podría matar a un hombre antes de que registrase mentalmente el color del cañón. Lo dejó sobre la mesa, convencido de que Kinnear era homosexual.

Después pasó un rato sentado en la parte de atrás con Marina. No sabía quién era quién en realidad, pero tampoco le parecía extraño estar en donde estaba. Podría haberse adormilado en la silla con facilidad, la mano extendida sobre la hierba. Marina leía un periódico. Lo zarandeaba de continuo para que el viento no se lo desmadejase.

—Me gustaría preguntar, si es que puedo.

—¿El qué?

—¿Exactamente por qué escogiste la Bolsa para dar el golpe? ¿O es demasiado evidente?

—Fue por George.

—Él te facilitó el acceso.

—Reciben amenazas. Están al tanto. Hay vigilantes a cada paso. Pero matar a alguien en el parque... Nos vino dado. Sabíamos que algo íbamos a hacer. Rafael quería trastocar ese sistema, la idea del dinero mundial. Ése es el sistema que, según creemos, encierra su poder secreto. Es algo que flota sobre el parque. Corrientes de vida invisible. Ése es el centro de su existencia. El sistema electrónico. Las olas, las cargas de uno u otro signo. Los números verdes en la pantalla. Eso es lo que mi hermano llama su manera de continuar, de seguir a pesar de la carne podrida, su prueba más íntima de la inmortalidad. No es por el grueso de ese dinero, tantísimo dinero, una montonera de dinero. Es el sistema en sí, la corriente. Así es Rafael. El bombardeo visto por un doctor en filosofía. «Los financieros son individuos espiritualmente más avanzados que los monjes de una isla». Rafael. Ése era su secreto, el que deseábamos destruir: ese poder invisible. Está todo en el sistema, bip-

bip-bip-bip, el fluir de la corriente eléctrica que aúna los dineros, lo digo en plural, del mundo entero. Ésa es la mayor de sus fuerzas, ni lo dudes.

—¿Y qué piensa Kinnear de todo esto?

—Ellos tienen el dinero, nosotros el poder de destrucción. ¿Qué?

—J. ¿Qué piensa J. de todo esto?

Ella volvió a concentrarse en el periódico. Lyle sospechó que era importante hacer preguntas que no la decepcionasen. Quizás ahí hubiese errado el tiro. Kinnear estaba en la ventana, encima de ellos, con un teléfono en la mano.

—Si lo hubiera sabido con antelación, le habría parecido atractivo. No la bomba en sí. El pensamiento subyacente. Se habría sentado a discutirlo hasta la saciedad. J. es pura teoría. Está a la espera de que los instrumentos de represión mundial salten hechos pedazos por sí solos. Es algo que sucederá místicamente, envuelto en una luz rosácea. La gente dará un paso al frente y asunto concluido. Una de las maneras de traicionar la revolución es adelantar teorías al respecto. Nosotros no sólo fabricamos doctrinas, mi hermano y yo. Estamos aquí para destruir. Cuando dinamitamos aquello de Bruselas, en la embajada, fue una maravilla, porque actuamos como técnicos que terminan una operación. Visto y no visto. El trabajo más limpio que se pueda imaginar. La teoría es una diversión afeminada. Su propósito es incrementar el amor propio de los propios teóricos. La única doctrina que vale la pena es la demencia calculada al milímetro.

—Imposible que nadie se anticipe a ella.

—¿Está permitido decir «los dineros», en plural?

—Por supuestísimo —dijo él.

A primera hora de la noche ella lo llevó en el coche a una estación de metro. Tuvo una larga conversación interior consigo mismo. Una de las voces era la de Lyle en calidad de antiguo astronauta que había llegado a pisar la luna. La otra era la de Lyle en calidad de mujer, que entrevistaba al astronauta en un estudio de televisión. La máscara del astronauta hablaba de un modo conmovedor acerca de la levedad, que calificaba de forma poética de la ansiedad y el aislamiento. En algún rincón de la cabeza original de Lyle, la entrevistadora sonrió antes de carraspear. Pasaron por delante de casas y más casas. Y llegaron a Main Street, en Flushing.

—Rosemary no sabe que yo soy Vilar. Piensa que me llamo Marina Ramírez.

—Vale, entendido.

—Pero tú sabes que soy Vilar.

—Así es.

La máscara de la mujer hizo preguntas acerca de las formas y los colores, la soledad entre las estrellas. «Pisaremos alguna vez el planeta rojo», dijo. Hubo que esperar a que cambiasen los semáforos. La conversación se fue apagando. Se sintió idiota por haberla mantenido. Marina lo miraba a la vez que detenía el coche tras algunos otros.

—Aún nos queda por delante el intento de atacar en Wall, 11.

Él no reaccionó.

—Hay que hacerlo añicos en la medida en que podamos, antes de que decidan cerrar el edificio por sus propias razones. Ya se ve que se avecina una gran descentralización. ¿Es una reacción al terror imperante? Me divierte pensar que tienen un plan maestro para eliminar los blancos más destacados. Se pondrán a cubierto. O se electrizarán por completo. Nada más que olas y corrientes que se hablan unas con otras. Espíritus. Así, lo suyo sería atacar y destrozar en la mayor medida posible.

—De ahí vuestro interés en un segundo George.

—Con un George todo es más fácil.

—Ya me lo parecía.

—¿No lo crees?

—Desde luego que sí.

—Claro está que un George no lo resuelve todo —dijo ella—. También nos hace falta un Vilar. Alguien capaz de manejar explosivos incluso dormido.

Lyle bajó del coche y automáticamente se revisó los bolsillos para comprobar que llevaba las llaves, monedas sueltas, la cartera, el tabaco. La vio avanzar palmo a palmo en medio del tráfico, que no era demasiado denso. Habían puesto matrículas de Ohio en el coche.

Se pasó lo que restaba de la tarde y la primera hora de la noche en el distrito. Estaba brumoso, el aire espeso, incluso a la orilla del río. Dos hombres hicieron caso omiso de un tercero, amigo de ambos, que orinaba; los dos peleaban a cámara lenta cerca de la cúpula de la cancha de tenis, a la entrada de Wall Street; uno de los dos intentaba alcanzar una botella que el otro llevaba en el bolsillo de atrás. Lyle dobló una esquina y caminó despacio hacia el oeste. Sabía que la falta de actividad era engañosa, a juzgar por la hora del día y el día de la semana; un alivio meramente ilusorio, un descanso del trajín de la ingeniería depredadora. Dentro de algunos de los cubos de granito, o de una torre de cromo, aquí y allá, la gente clasificaba dinero de diversos tipos, millones capaces de aturdir a cualquiera, propulsados por las máquinas, escaneado, codificado, archivado, limpio, envuelto y embalado en camiones, todo ello en medio de un estrépito de alta velocidad, ese desgarrido sonoro e intrínseco a cualquier actividad próxima a la fecha límite. Había visto las salas donde se procedía a la codificación, el microfilmado de cheques, el desplazamiento del dinero, que se encogía al moverse y comenzaba a eludir todo intento de visualización, el paso de la existencia en papel a las secuencias electrónicas, su significado más complejo a cada nuevo paso, más difícil de nombrar. La totalidad del proceso era una condensación, un despojamiento de las propiedades accidentales del dinero, del tacto mismo del dinero. Había vuelto a South Street sin saber bien cómo. Ahora los tres hombres se habían enzarzado en la pelea, caminaban hacia atrás trazando círculos como gallos de pelea, como si la botella estuviera en el centro. Sus agarrones y embestidas eran más lentas que antes, una película de puñetazos y fintas y gestos

esquivos mal sincronizados, y murmuraban y maldecían a la vez, sujetos a duras penas unos a otros. Lo que quedaba, pensó, a duras penas podría identificarse como dinero (en sí mismo, en sus formas normales, una compresión de la valía propia). El proceso sí restaba intacto, las olas y las cargas de Marina, una presencia ajena a la muerte. Lyle pensó en su propio dinero no como un medio de intercambio, sino como algo que debiera consignarse a un almacenamiento de datos, algo registrable sólo mediante destellos magnéticos. El dinero era la inmunidad espiritual frente a una pérdida futura y no susceptible de especificar. Existía en su propia mente en su forma más pura: mi dinero, una fuente reforzada de meditación. Vio a una mujer pasar de un teléfono a otro en una serie de cabinas abiertas, ante un edificio de oficinas, cerca del Mercado del Algodón. Esa visión del dinero, le pareció, distaba de ser la más sana. El secreteo, el afán de posesión, la racionalidad preñada de cáncer. La mujer, que no depositaba monedas en las ranuras, levantaba el teléfono del gancho de sujeción, vociferaba y lo dejaba descolgado. Tras hacerlo en todos y cada uno de los teléfonos, hasta el sexto y último de la hilera, que lanzó con gesto feroz, vio acercarse a Lyle y le sonrió, resquebrajándose su piel tersa. Cuando él le devolvió la sonrisa, pestañeó a su pesar.

—Chúpeme el ojete, señor —le dijo ella.

Él se detuvo y la vio alejarse cojeando por la calle. Tomó uno de los teléfonos descolgados y llamó a Rosemary Moore. Lo dejó que sonara sin cesar.

Pammy, con los pechos desnudos en la terraza, de madera de secuoya, vio a Ethan remar hacia la orilla, la luz variable entre ambos, ópalos de fuego y bronce de coníferas, una sombra ajedrezada desde la casa hasta la orilla, el mediodía azul allá detrás. Se sentó en un banco mientras Jack Law le cortaba el cabello. La casa era toda de cristal y de láminas de cedro, construida en vertical, sus superficies reflectantes adensadas por los árboles. Jack murmuraba instrucciones para sus adentros, aligerándole una zona tras la oreja izquierda. Ella miraba al oeste, hacia las colinas silueteadas del continente.

—¿En qué andas ahí detrás?

—Tú querías dramatismo, ¿no? Un cambio drástico. Pues no me interrumpas.

—¿Qué haremos para almorzar?

—Eso es todo lo que hacemos aquí. Planeamos los almuerzos con tiempo de sobra, los planeamos largo y tendido, sin dejar de tener presente el asunto de las verduras frescas, la langosta fresca, los huevos frescos de corral, toda la rutina de los cojones. Lo hablamos despacio, ¿no? Luego hacemos los planes con todos los detalles. Luego preparamos el almuerzo. Luego nos sentamos a almorzar, y hablamos del almuerzo.

—Oye, no me apetece que me hagas nada en el pelo si estás con ese humor de perros.

—Y luego, pues recogemos, tiramos los restos, fregamos, secamos los platos. Y entonces llega la hora de hablar de la cena, del desayuno, del almuerzo, de la siguiente comida. Rápido, hay que ir a los puestos de la carretera. Unas moras, naranjada, maíz, vamos, de prisa.

—No es que tengas un humor como muy vitalista. Percibo muy poco calor humano, Jack.

—Cuando oscurezca —dijo él—. Cuando todo esté en calma.

—No me gusta que tengas las tijeras en la mano.

—¿Te puedes creer cuánto oscurece?

—Se llama noche, Jack. A eso lo llamamos noche.

—No me imaginaba que las cosas pudieran ser así. Creí que al menos íbamos a nadar. ¿A ti te parece que eso es agua?

—Está fría, lo sé.

—Yo había pensado en nadar por las mañanas. Había pensado en que por fin nos veríamos Ubres de las playas atestadas de bañistas. Pero con esta agua... ¿cómo íbamos a suponerlo?

—Tampoco está totalmente fuera de toda cuestión.

—Esto es un asco.

—Prueba suerte otra vez —dijo ella—. A lo mejor, no es más que el día.

—Tienes unos pechos preciosos.

—Ahora mismo, un poco peludos.

—Unos pechos preciosos para ser chica.

—Yo sigo estando deseosa de saber qué haremos para almorzar.

—En el supuesto de que él llegue a supervisarlo.

—A mí me parece que sabe remar muy bien.

—El supervisor —dijo Tack—. En el supuesto de que llegue el supervisor.

—Siempre que Ethan esté dispuesto a alquilar una casa así de bonita, en un paisaje tan maravilloso, etcétera, etcétera, por mí no habrá ninguna pega en que sea él quien supervise lo que se le ponga en gana supervisar. —¿Qué es lo que lleva en ese bote? Por su forma de remar, cuatro toneladas de hierro en lingotes.

—A mí me gusta mirarlo. Me gusta ver remar a la gente. Y montar en bicicleta. Es agradable de ver. Una vez estuvimos en Inglaterra, y en algún lugar cercano al Castillo de Windsor vimos a unos chicos remando en unas traineras, por equipos, y por la orilla los seguía el instructor pedaleando en su bicicleta, por un camino de sirga, dándoles instrucciones a gritos.

—Yo esto lo hago por antonomasia.

—Remar y pedalear al mismo tiempo —dijo ella—. Chico, no veas qué maravilla para mi desgastado cráneo.

—Esto es un drama *extraordinaire*.

—Yo sólo quiero un nuevo corte de pelo. —Ya lo tienes, prenda.

Ella siempre había vivido en pisos. Aquélla era una casa en el bosque, a la orilla de la bahía, una casa que se impregnaba de la climatología reinante, de los cambios frecuentes de temperatura. Oía ruidos a lo largo de toda la noche. En el tejado y en la bodega vivían animalillos. Había murciélagos en la chimenea, que no se usaba. En la cama, acurrucada bajo las mantas y el edredón, no distinguía entre el sonido del viento y la lluvia, entre murciélagos y ardillas, entre la lluvia y los murciélagos. Se oían crujidos de madera de barco por todas partes, y el siseo de la leña carbonizada en el hogar, a veces algún chasquido, nunca el silencio. Cuando entraba la niebla desde la bahía parecía dar a entender un cambio elemental en el estado de la información. La humedad, con el mal tiempo, calaba hasta los huesos. Las aves se estampaban contra las inmensas cristaleras de los ventanales, pues veían el bosque en ellas, y quedaban sin sentido, o muertas.

Vieron a Ethan bajar del bote y arrastrarlo a la playa de guijarros, a salvo de la marea alta. Subió por los peldaños improvisados y por el sendero serpenteante, desapareciendo una o dos veces entre los árboles, para emerger cabizbajo. Pammy entró a buscar una camisa.

Lyle veía la televisión sentado muy cerca, con el mando en la mano. Rondaba la medianoche cuando recibió una llamada de J. Kinnear. Se imaginó a Kinnear mirando por la ventana mientras le hablaba, mirando el patio oscurecido.

—¿Dónde estarás el martes a las once y media de la noche?

—Esto empieza a ir deprisa.

—Si yo fuera un oficial del servicio de inteligencia que tuviera que someterte a un período de prueba previo al reclutamiento, sentiría la inclinación de hacer las cosas muy despacio. Me sentiría inclinado, creo, a dejar que descubrieses tú mismo los límites de tu implicación, pero a un ritmo mucho más razonable.

—Hasta dónde estoy dispuesto a ir.

—Exacto.

—MÍ potencial clandestino.

—Preséntate en el juzgado de guardia, en Centre Síreet. Quizás quiera que conozcas a alguien.

—¿Alguna idea de cómo puedo localizar a Rosemary?

—Ni la más remota —dijo J.

Dos días más tarde, después de la hora del cierre, vio el Volkswagen verde doblar la esquina y entrar por Wall Street desde Broadway. Marina se detuvo y él subió al coche. Condujo hasta llegar a la casa de madera gris. Kinnear estaba sentado en el porche de atrás, con las piernas cruzadas, escribiendo en un cuaderno. Desde el porche Lyle volvió la vista en busca de Marina, viéndola a través de una serie de umbrales, mientras ella pasaba la entrada del sótano, cerca de la entrada principal de la casa, al parecer conversando con alguien. Kinnear se acercó a Lyle y lo sujetó por el brazo a la vez que se estrechaban la mano y le lanzaba su rápido guiño, un gesto que decía «confianza, solidaridad, decisión».

—Lyle con su ropa de trabajo.

—Y su mejor corbata.

—Ropa de trabajo a lo grande.

—Se le olvidaron los Cheerios.

El recuerdo titiló en los ojos de J.

—Mmm... sí, sí, así es, qué desastre, los Cheerios. Me echó a perder dos desayunos seguidos.

J. regresó a su silla, arrastrando en la mano derecha la sensación del reciente apretón de manos, y Lyle se sentó en las escaleras del porche.

—¿Qué tal estás?

—Creemos que se han infiltrado entre nosotros. En consecuencia, se está

distribuyendo cierta desinformación. A veces las cosas se complican.

—¿Desinformación? ¿Y eso qué es?

—Un término que emplean los servicios de inteligencia. El sentido está suficientemente claro, ¿no?

—Información verosímil, pero errónea.

—Y bien —dijo Kinnear—, hay un ligero sabor a meados de gato en el aire. Ambigüedad, confusión, desinformación. ¿Y ahora, qué?

—¿Tú encabezas este grupo, o lo que sea?

—Ni lo confirmo ni lo niego. Sí y no. Pero no me atribuyas esas palabras. Soy un poco jesuita, Lyle. Los jesuitas saben cómo hacerse a codazos con el mejor sitio. Nunca se despiden pegándote un tiro.

—No se te informó del primer intento.

—Sí, bueno, claro, la intervención de los hermanitos nos ha caído encima con una medida considerable del celo y las pretensiones de superioridad moral que se suelen dar en estos casos. Pero no pasa nada, eso en el fondo está perfectamente bien. No tenemos un folleto, no publicamos un informe anual de nuestras actividades. En cualquier caso, se supone que no tenías que saber lo de la infiltración. Pero quiero contar con toda tu confianza, Lyle. Con toda franqueza, hasta es muy posible que la necesite. Llevo ya bastantes años viviendo no ya bajo el puente, sino en las rendijas mismas de la acera, y así uno termina por confiarse por entero incluso a un desconocido, o se desvive por ganarse su confianza, ésa es una de las cosas que pasan. Uno alberga sentimientos complejos hacia su propia gente. Cuando alguien entra en la célula, joder, es que ni siquiera te imaginas con qué rapidez tiende uno a olvidar toda esa solidaridad de clan que lleva años construyendo con todo mimo. Se da por sentado que ese alguien, hombre o mujer o pájaro, aportará nombres y sitios. Las cosas cambian, puede que sea por los avances en las comunicaciones, no lo sé, pero a día de hoy no hay más que una sola red terrorista y un solo aparato policial. Lo malo es que a veces se solapan.

Kinnear se acercó hasta los peldaños y adelantó las manos hacia la cara de Lyle, enmarcándola. Recitó un número de teléfono, diciéndolo con exagerada claridad. Pidió a Lyle que lo memorizase y le instruyó que sólo lo marcase cuando el, J., se lo indicara específicamente. Volvió entonces a la silla y dio rienda suelta a sus aprensiones con una sonrisa pastueña. Era vulnerable, y lo era de esa manera especial, propia de los hombres que aún habitan la estructura física y hacen gran despliegue de todas las peculiaridades propias de cuando tenían veintitantos años, una edad de relativa inocencia. J. no tenía mayores dificultades en mantenerse esbelto, o ligero de pies, y éstos seguían siendo aún signos, sin embargo, de una calidez ansiosa y cándida que asomaba a sus ojos. Su sinceridad era no obstante cruel, indicio de alguna deficiencia esencial en el hombre en sí, de su incapacidad de entender el engaño, quizás, o cualquier cosa que no fuese el engaño.

—Alguien como Vilar —dijo Lyle— sería un ejemplo, entiendo yo, de una de las

redes.

Ésa era la tarde en que supuestamente debía presentarse en el juzgado de guardia para conocer a un amigo o socio o contacto de Kinnear. Le pareció que no sería muy «profesional» comentarlo, a menos que J. lo hiciera.

—Vilar... Buen ejemplo. Un hombre, según se cuenta, que está en busca y captura en X países. Vinculado, según afirman, con grupos separatistas de uno, con exilados en otro, con nacionalistas, guerrilleros, extremistas, izquierdistas, escuadrones de la muerte, dondequiera que estén. Espero que por su propio bien no tenga doble célula. Eso sí, es un pelín picajoso y muy excitable.

—¿Y qué me dices de alguien como George? Te lo pregunto como si fuera yo un George. ¿Cómo se implicó George exactamente?

—A ver. George se implicó como sigue. Utilizábamos a Rosemary como correo. Entonces era azafata, volaba de Nueva York a San Francisco y de Nueva York a Múnich, me parece. Es más seguro y es obviamente más barato emplear a la tripulación, en vez de contar con pasajeros regulares. Fuera como fuese, ella y George Sedbauer se conocieron en alguna parte, y él poco a poco fue formando parte más o menos de las cosas. Yo no diría que ella llegara a reclutarlo. No fue algo que obedeciera a un cuidadoso diagrama. Él le dijo que estaba endeudado. Ella lo trajo a nosotros. Le prometimos dinero, que nunca le llegamos a facilitar y que él sólo reclamó con la boca chica, sin demasiada convicción. Supongo que disfrutó con todas aquellas fotocopias que hizo.

—Pero puso la frontera en lo de las bombas.

—A George lo llaman por megafonía —dijo Kinnear—. Se acerca al mostrador y ve a Vilar. Es un día bastante tranquilo, sin ajetreo, de modo que George toma una chapa de identificación de visitante, que Vilar se cuelga del bolsillo de la chaqueta, y pasan por delante de los guardias de seguridad para llegar al parque, a la Bolsa en sí. Traban conversación. George se pone suspicaz. ¿Qué me está contando este tipo? Siguen hablando. George ve la luz. Ese tipo quiere dejar explosivos, una batería y un temporizador programado en algún punto capital de la Bolsa. No es que Vilar se lo haya dicho con todas las letras, pero George se acaba de percatar, por fin lo capta. No cabe la menor duda de que abortará el intento. Acto seguido, se aleja de Vilar, quien va tras sus pasos. Se pelean. Vilar saca un arma y dispara. Alcanza a George una sola vez en los pulmones. ¿O fueron dos disparos?

—Buena pregunta.

—Si no —dijo Kinnear—, George recibió aquel día dos visitas en el parque. Había un segundo francotirador. Fue una bala, o dos, disparada o disparadas por ese otro hombre, la que mató a George. No sólo eso, sino que también llegó a la calle. Si mal no recuerdo, los primeros informes hablaron de una persecución por las calles.

—Cierto.

—Y durante un tiempo la policía tuvo problemas con la identificación del asesino.

—Igual de cierto.

—El segundo francotirador era Luis Ramírez. No sólo llegó a la calle, sino que escapó indemne. ¿Quién es Ramírez exactamente? Digamos que es una figura harto oscura, que pasó algún tiempo en Oriente Medio y en Argentina, presumiblemente colaborando con los movimientos locales, es posible que aprovechando para aprender cosas que luego le serán de gran utilidad. Digamos que fue un programa de intercambio. En lo sucesivo será conocido como un experto en falsificar pasaportes. También es el cuñado de Vilar. Cualquier investigación pondrá de relieve la ineficacia policial de costumbre. Mostrará en concreto que la bala que acabó con la vida de George salió de una Máuser automática de siete punto seis cinco milímetros, no de una pistola de juez de atletismo, que es lo que encontraron en el lugar del crimen.

Kinnear tachó uno o dos renglones del cuaderno que tenía delante. A Lyle le apetecía beber algo frío. Se moría de ganas de tomar algo frío ya desde que salió de la Bolsa. Kinnear aún tachó alguna otra cosa, esta vez con un garabato.

—Si no —dijo—, George deambula por el parqué. En uno de los bolsillos lleva un explosivo en miniatura que incluye un detonador y un receptor. Lo ha adquirido con la ayuda y con el ánimo de su amante, Marina Ramírez, y en realidad no es mayor que una pletina de las que contienen seis cuchillas de afeitar. El plan es sencillísimo. Se trata de dejar el artilugio en uno de los casilleros de mensajes que hay en las cabinas. Salir como si tal cosa por la puerta principal de Wall, 11. Subir al Volkswagen, que está esperando. Conduce Marina hasta un punto situado a menos de un kilómetro. Desde allí, se activa el artilugio con una señal de radio que emite un transmisor. Explosión, muerte, caos. Lo que en realidad sucede es que a George lo ha seguido hasta el parqué Rafael Vilar, un hombre al que George ha visto en varios lugares, quizás media docena de veces. Es una especie de figura marginal, a la que vio por última vez en Lake Placid, donde pasó todo un fin de semana jadeando en pos de Rosemary Moore. Resulta que Vilar es un agente de la policía. Mejor aún, es un extremista arrepentido. Como es natural, aborta el intento de atentado. El resto más o menos lo conoces. Una lucha. Un disparo, o dos. George muere. Vilar es retenido temporalmente, custodiado en un esfuerzo por salvaguardar la integridad del papel que ha representado, antes de jubilarse al norte de la frontera. Hay que reconocer que éste es el planteamiento más frágil. De entrada, los motivos de George nos resultan desconocidos. Hemos de asumir que Marina es la fuerza que lo motiva. Su pasión por Marina, etcétera, es la que lo lleva a someterse. Rosemary se lo ha pasado a Marina, ya ves qué cosas. Una especie de promoción, con todas las responsabilidades y riesgos concurrentes.

—¿Pinta algo Luis Ramírez en todo este planteamiento?

—No entra, no. Pero no por eso diría yo que no exista.

—¿Marina está casada con él?

—Podría ser que sí, no lo sé.

—¿Tiene ella relación con Vilar?

—De ninguna manera.

—En este planteamiento, claro.

—Si no —dijo Kinnear—, Vilar se arrebató por su fervor revolucionario y decide que ha llegado la hora de hacer un gesto definitivo. Dará la vida por la causa. Es perfectamente acorde con su modo de ser. Vilar siempre ha tenido ciertas tendencias. Los derechistas matan a su propio líder, los izquierdistas se quitan la vida. Se lleva por delante a toda la gente que quepa en una zona determinada. En este caso, un golpe soberbio de sadomasoquismo. Se lleva por delante a la mitad de la Bolsa. En sus aspectos superficiales, es el mismo planteamiento que el número uno, aunque sin temporizados George aborta la intentona, etcétera.

—Creo que tiene que haber una razón aparte del fervor revolucionario. Una razón por la que se haya suicidado.

—Eso pregúntaselo a Marina.

—¿La bomba que le encontraron encima a Vilar tenía un temporizador?

—Ni idea —dijo Kinnear.

—Los periódicos lo habrían dicho. Pero yo no lo recuerdo.

—A mí no me lo preguntes, Lyle. Tú estabas allí.

—Allí estaba yo, correcto.

—Con tu traje bien planchado.

Marina lo llevó esta vez a un tren distinto. Llevaba ropa abolsada, sucia de pintura y barniz. Él la observó sacar un cigarrillo medio doblado de un paquete que llevaba en el bolsillo del pantalón, inclinándose mucho de costado a la vez que conducía con un tráfico intenso. La venganza, pensó. Ella sería del tipo de las que se dedican a extraer satisfacciones a cambio de alguna maldad. Trabajaría a niveles puramente personales, a pesar de las abrumadoras referencias a los movimientos y los sistemas. Era algo que probablemente estaba en el centro de su vida misma, la voluntad de zanjar cuentas pendientes y deshacer entuertos, sin más. Las pasiones coercitivas a veces contaban con un elemento estabilizador en el medio. Vengarse, en cierto modo, era sencillamente igualar, buscar un equilibrio requerido de antemano. Entrañaba algo de previsión, precisión en la escala. Lyle la vio acercar una cerilla encendida al cigarrillo medio doblado. Nunca se había sentido tan inteligente con anterioridad. Su implicación empezaba a suscitar una respuesta agudizada. No tenían una organización, un liderazgo visible. No obedecían a un plan visible. Llegaban de ninguna parte, podrían largarse mañana mismo. Lyle creía que eran esas corrientes libres de toda forma y constricción lo que le resultaba mentalmente tan estimulante. No daban indicio de pertenencia, de ser miembros de nada. En realidad, tampoco tenían una nacionalidad.

Aparcó cerca de la estación.

—¿Qué te ha dicho J.?

—Que ha habido una infiltración.

—Eso creemos.

—Sí, dijo que era una sensación.

—¿Tú sabes de qué color tiene el pelo?

—Me encanta.

—Es uno de esos pelos que cambian gradualmente de color, un poco cada día. Hasta que te enteras.

—Se lo tiñe según se peina.

—Antes era orientador —dijo ella—. ¿Sabes algo de eso?

—Nada.

—Era orientador en un grupo en las montañas, no sé muy bien dónde, por el oeste. Sesiones de grupo.

—Encuentro.

—Encuentro —dijo ella—. Eso era, exacto. Él dirigía las sesiones. Allí todos encontraban a Dios, etcétera.

—Es allí donde vive Él, ¿sabes?, en las montañas.

—¿Qué más puedes aportar?

—Nada —dijo él.

—¿Nada, siquiera sobre un secuestro? ¿Sobre su implicación con un grupo de Nueva Orleans?

—No.

—Pero él te comentó lo que habíamos hablado.

—La desinformación.

—Si recibes una llamada telefónica y oyes mi voz, y notas que farfullo y tartamudeo, y te digo que creo que me he equivocado de número, y si entonces te digo el número que quería marcar, anótalo y memoriza la primera, tercera, cuarta, quinta y séptima cifra. Las volverás a oír a su debido tiempo.

—Primera, tercera, cuarta, quinta y séptima.

—El resto es pan comido —dijo ella.

Más tarde fue a Centre Street. En el juzgado de guardia había policías de uniforme y de paisano, que ocupaban las primeras filas de la sala, y unos sesenta familiares, amigos o conocidos del acusado y de las víctimas, repartidos por todas partes. No había un juez en esos momentos. Lyle contempló a una asesora legal, una joven con una sudadera en cuyo frente aparecía el nombre de J. Edgar Hoover. Hablaba con las personas sentadas por toda la sala, con otras apiñadas en los pasillos, abogados kafkianos, carroñeros. Entró un juez y cada cual adoptó la actitud que más le conviniera. A medida que se daba audiencia a cada caso, mediaba una sensación general de hombres y mujeres esforzándose por entender lo que se ventilaba, qué tuerzas eran exactamente las causantes de esa crueldad, de esa ruina. Un policía se volvió en su asiento bostezando. Pasaba con mucho de la hora fijada por Kinneer. Lyle miró a la mujer, que departía con tres negros en una de las esquinas más alejadas de la sala. Tendrían veintipocos años, uno de ellos ocupaba una silla de ruedas. Lyle aguardó aún media hora, las voces a su alrededor resonaban como si las generase una

máquina, **jui** regulador de destinos truncados.

Ya en casa se bebió dos vasos de agua con hielo. Se puso a llamar a McKechnie a pesar de la hora que era, y sólo entonces recordó que la mujer de Frank estaba enferma, que su hijo mayor se comportaba de una manera extraña, que tenía problemas, problemas. Cerró todas las ventanas y encendió el aparato de aire acondicionado y el televisor del dormitorio. Todas las luces estaban apagadas. Fumó, vio un documental sobre el soplado de vidrio, con música desenfadada. Intentó imaginar qué estaría haciendo Kinnear en esos precisos momentos, qué haría al día siguiente, a quién llamaría, adonde iría, cómo llegaría allí. Costaba trabajo hacer encajar a Kinnear en un contexto imaginario. Lyle no lograba recolocararlo, inventar el tipo de individuos que pudieran acompañarlo, ni siquiera precisar su verdadero color de pelo.

Ocupaba un espacio que se plegaba sobre sí mismo, un especial nivel de conclusión. Más allá de lo que Lyle había visto y oído, Kinnear se evadía a todo patrón de existencia.

Lyle cambió de canal, una película sobre un hombre sospechoso de malversación de fondos. La esposa del hombre, un personaje secundario, llevaba blusas con escote generoso. Tenía los labios pintados de un tono intenso, sacaba los cigarrillos de una pitillera de plata y los golpeaba contra la tapa, totalmente aburrida por el delito de su esposo. Ese punto sexy y pasado de moda a Lyle le parecía atractivo. Siguió viendo la película, a la espera de los momentos en que apareciera la mujer con sus blusas escotadas. Cuando terminó la película comenzó a cambiar de canal a cada diez o quince segundos, bebiéndose un whisky a la vez. A las tres de la mañana llamó a Pammy a la Isla del Ciervo.

—Ethan, soy Lyle.

—Dios del cielo, tío.

—No me digas que te he despertado. No te he podido despertar.

—No, qué va, estaba leyendo.

—Te llamo desde Nueva York.

—Junto a la chimenea —dijo—. Fingía leer junto a la chimenea.

—Reina en la ciudad una situación de pánico incipiente. Invasión de extraños seres. Mientras te hablo hay objetos voladores en el aire.

—No sabes qué poca gracia tiene todo eso.

—La verdad es que creo que sí.

—Jack dice que esta noche vio un ovni. Como es natural, nos mostramos un tanto escépticos. Jack está molesto. Nadie se lo ha creído.

—Será que no se terminó las verduras.

—Se ha acostado sin su pingüino de Calder.

—¿Ella está despierta?

—Voy a buscarla —dijo Ethan.

Lyle se volvió a mirar el televisor.

—Así que eras tú —dijo ella—. Te encanta despertar a la gente. ¿Cómo estás?

—¿Te lo pasas bien?

—Este sitio es magnífico. Claro está que, debo decírtelo... es que él está a metro y medio. Pero es magnífico, así de simple. De noche refresca un poco bastante, diría yo. Sí, un tanto fresquito. Casi como que me estoy muriendo de frío. Pero nos las apañamos. ¿Tú qué tal?

—La ciudad vive una situación de pánico incipiente.

—No me lo cuentes.

—Bueno, ¿y cómo es eso? ¿Árboles?

—Hoy hemos ido a un sitio que era una pasada. Hacían telas, con telares quiero decir, y edredones, y cerámica. Todo lo que te puedas imaginar, ¿sabes? Yo hago como que me gusta, es que él sigue a menos de metro y medio. No, en serio, ¿has visto alguna vez cómo soplan el vidrio?

—No, cuéntame.

—Vale. Es un poco aburrido. No, no lo es. Le tomo el pelo a Ethan. Oye, voy a despertar a Jack. Si es que aún está ahí. Y así hablas con él. A lo mejor ya se lo han llevado en una pequeña cápsula verde.

—Te escucho.

—Haremos todo un acontecimiento. Voy a por Jack.

Aún charlaron un rato más. Ella no fue a buscar a Jack. Cuando colgó, él se quedó viendo la televisión. Pasó el tiempo y cada vez le resultaba más difícil apagar el televisor. Sabía que una depresión inmensa se apoderaría de él entre el instante en que lo apagase y el momento en que por fin se quedara dormido. Tendría que volver a asumir demasiadas cosas. Por eso se le hacía tan difícil apagar el aparato. No podría dormirse de inmediato. Quedaría un hueco por rellenar. Apagar la televisión le causaba un desgarramiento tremendo. Estaba allí mismo, era parte de la implosión de la luz. La habitación que ocupaba le resultó por un momento desconocida. Tuvo que aprenderlo todo de nuevo. Pero no fue tan terrible como suponía. Sólo una depresión rutinaria, que se apaciguó en él hasta que, al cabo de una hora, se quedó dormido.

Rosemary estaba sentada ante su mesa clasificando el correo. Ese entorno había dejado de tener sentido. Él la había visto en camisón, en bragas, desnuda. Se plantaba en la puerta del cuarto de baño y la veía vestirse, una enumeración de verdades eróticas, hasta que ella lo notaba y se daba media vuelta, a punto de perder el equilibrio, para cerrar la puerta con el codo. Ante su mesa, pasando el rato, se maravillaba con la facilidad con que ambos encajaban en sus respectivos resquicios de decoro. La gente debe de ser espía por su propia naturaleza. La mesa, la moqueta eran el colmo del absurdo. Su abrecartas, rasgando sobres con nitidez. Su propio tono de voz.

La esperó al terminar el trabajo delante de su casa. Entraron, tomaron copas durante varias horas. Él la sujetó de la mano, a veces se llevaba las yemas de sus dedos a los labios. Se dio cuenta de que era una ternura.

En la cocina, echó otro vistazo a la fotografía en la que ella aparecía con Sedbauer y Vilar. Estudió el rostro de Vilar. Reluciente, magro, la frente alta, el mentón afilado. La oyó en el dormitorio, oyó desprenderse de su piel la ropa de Rosemary.

Le aguardó ovillada, un vacío animal, el cuerpo blanco, profunda quietud, aquello que él procuraba aferrar con ambas manos, comer. No iba a apremiarla hacia un polvo inmenso y estremecedor, ni a recordar el tacto de sus manos al final de una tarde pasiva, dentro de unos meses, el papel navegando a la vez que su alma vagase por el parque. Ella estiró las extremidades. Él vio entonces sus pechos, su cuello y su cara, sus brazos, sus manos pequeñas, semicerradas, y la sábana arrugada entre sus muslos. Nunca había visto con tanta claridad qué distinto era del suyo el cuerpo de una mujer. De algún modo, ese hecho se le había hurtado. «Será que estoy borracho», se dijo. En posición supina, ella parecía enorme, a punto de salirse de la pequeña cama individual. Buena cosa, perfecto, profunda quietud, vacío orgánico. Su respiración producía una cadencia perceptible, el rítmico sube y baja del cuerpo, un metrónomo de la calculada lujuria que él sentía. Los pies ligeramente contrahechos. Pequeños bultos, grumos de carne, en los bordes de los pezones. Se desvistió despacio, sabedor de que ninguno de los dos alcanzaría un intervalo de esfuerzo plenamente satisfactorio, ni silbaría un poco, respirando por la nariz, ni diría un nombre, toda perspectiva quemada y arrasada de sus rostros. Ella se tocó las costillas, donde se había posado una mosca. Ese movimiento automático la puso al descubierto fugazmente. En medio de la niebla, él por fin entendió, pero ¿el qué? ¿Había entendido, por fin, el qué? La mosca se posó en el alféizar de la ventana. Él la miró tratando de rehacer su conexión con el cuerpo enorme sobre la cama, la estructura

ósea y muscular de un sueño. Había pálidas venas en sus piernas, líneas dejadas por el sol, hendiduras naturales. Con las rodillas en alto, la cabeza más allá de la curva de la almohada, podría estar a medias entregándose a un amante torpe y a medias defendiéndose de él. Él reptó, reptó literalmente entre sus piernas. Luego apoyó los antebrazos sobre sus rodillas en alto y miró el modo en que se le revelaba el pulso en el cuello.

—Dime algo más de George —le dijo—. ¿Qué más hacía, aparte de hacerte reír?

Cruzó la calle hasta la tienda de caramelos escondida en el 77 de Water, una marquesina roja y amarilla, una hogareña nota al pie de la masa de acero y aluminio anodizado. Había grisura por doquiera, la humedad en suspenso, un día del color del propio distrito. Compró tabaco y chicles y se quedó a la entrada de la tienda, bajo la mole del rascacielos, a la escucha de las bocinas de niebla, un sonido que relacionaba con las ciudades extranjeras y con el sexo con las esposas de otros hombres. No le llevó mucho tiempo caer en la cuenta de que alguien lo miraba fijamente. Un hombre cerca de la entrada al vestíbulo. Chaqueta de sport, de cuadros, una corbata gruesa. Lyle tuvo la impresión de que el hombre deseaba que él echase a caminar hacia allá. Era robusto, juvenil, el mentón tallado a cuchillo, hebras de cabello rizadas sobre la frente. Lyle decidió andar en sentido contrario. A unas dos manzanas, el hombre se puso a su paso. Lyle hizo un alto, a la espera de que se pusiera verde el semáforo. El hombre lo volvió a mirar, claramente decidido a transmitir alguna información tácita, una conexión, un mensaje que contaba con que Lyle percibiera. Recorrieron otra media manzana. Ante ellos, dos mujeres levantaron los paraguas simultáneamente.

—Tú eres el amigo de McKechnie, ¿no?

—¿Será que la vida es así de simple? —repuso el hombre.

—No hago más que esperar a que la gente me contacte. Hablé con Frank McKechnie de la situación. De lo que saben ciertas personas. Frank habló con alguien para que diera aviso. Esperaba que el contacto se produjese mucho antes. Entretanto, he decidido averiguar todo lo posible.

—Sobresaliente, Lyle.

—¿Tú cómo te llamas?

—Burks.

—Burks, tu tono de voz no me parece muy halagüeño.

—Uno hace lo que buenamente puede.

—Tienen contactos en la Costa Oeste. Lo sé. Usan matrículas de Ohio, al menos por el momento. Sé el número, si es que lo quieres. Un Volkswagen verde, ¿o ya te lo sabes?

—¿Qué nos puedes decir de A. J. Kinnear?

—En la actualidad es sólo J. Kinnear.

—Para nosotros, A. J.

—Ahora, sólo J.

—Sólo J. —dijo Burks.

—No sé cuántas personas están implicadas. No sé si tienen unidades o equipos o lo que sea, no te podría decir cómo se organizan. Kinnear es un individuo complejo, creo yo. Están en Queens. Sé el nombre de la calle y el número de la casa.

—Kinnear, digo, ¿es alto, bajo, o qué?

Recorrieron las calles cercanas al río. Lyle describió a Kinnear hablando despacio y escuchando con atención, procurando memorizar sus propios comentarios y las apostillas de Burks. Fue como una conversación con un médico que diera cuenta de los resultados de unas pruebas importantes. Las preguntas y sus respuestas flotaban entre uno y otro. Toda una vida parecía girar sobre los goznes de la sintaxis, la inflexión, los detalles gramaticales. Creyó que Buks dijo algo sobre un registro de su voz, pero no estuvo muy seguro del contexto, ni si era o no aplicable a Kinnear. Fue también en parte parecido a sus primeras conversaciones con Rosemary Moore, fotografías de su propia boca, cuando el sentido de los comentarios que ella hizo le eludía no sólo a medida que los hacía, sino también después, en sus intentos por narrarse para sí mismo los particulares de cada uno de sus encuentros. Vio una barcaza en medio de la niebla, quizás en el centro del río, deslizándose hacia puerto. A Burke le relucían los zapatos. Era joven, seguramente más que Lyle.

—Es posible que hagan otra intentona en la Bolsa.

—Eso nos interesaría, y mucho.

—¿Qué más?

—¿Qué más de qué?

—¿Hay alguna cosa que desees saber? —dijo Lyle—. Tienen un sótano lleno de armas recauchutadas. Te las puedo describir si quieres. Tengo esa molesta facilidad.

—¿Y qué es eso?

—Hago acopio de información compulsivamente.

—Debe de ser una lata.

—Ese tono de voz... —dijo Lyle.

—Anda y que te folle un pez, listillo.

—Veamos: ¿tú eres amigo de McKechnie, sí o no?

—Tú hablaste con Frank McKechnie. Dijo que hablaría con un amigo suyo. Si prefieres creer que mi presencia aquí y ahora es resultado directo de la comunicación de McKechnie, gozas de entera libertad, Lyle. Pero hay una cuestión que me gustaría plantear.

—¿De qué se trata?

—¿Será que la vida es así de simple?

—Qué bonito.

—Uno hace lo que buenamente puede.

—No, de veras, muy bonito. Me gusta.

—Muy bien, Lyle.

—¿Qué me puedes decir de Vilar?

—Puedo decirte que por mí como si te pones a comer mierda pinchada en un palo

—dijo Burks.

En el fondo, otro chico de Fordham o de Marquette. Estudios de lenguas y de historia. Deportes de interior. Reverencia a los jesuitas por su sofisticación, por su habilidad analítica. Votaría por los moderados de cualquier partido. Sabe cómo estrangular a un pastor alemán con las cuentas de un rosario.

Lyle caminó a través del centro, hacia zonas más bulliciosas. Empezaba a anochecer. Se hizo a un lado para no chocar con algunas personas que bajaban de un autobús. Una de ellas tuvo un contacto momentáneo con él, y extendió el brazo para evitar la colisión, un hombre de bigote y cabello crespo, que murmuró algo indescifrable. Tenía la cabeza grande, cuadrada. Quita de en medio, tío. Lyle buscó un teléfono público sin dejar de caminar. Empezó a llover con fuerza y las calles fueron quedando desiertas poco a poco. No vayas a ponerle la mano encima a un tipo decente. Encontró un bar, pidió una copa, fue a la cabina telefónica del fondo. Contestó una de las hijas de McKechnie, le dijo que iba a buscar a su padre.

—¿Y ese amigo tuyo?

—¿Qué pasa con él?

—Burks —dijo Lyle—. ¿Es así como se llama?

—No.

—Vuelve a llamarle, Frank, y entérate de si sabe quién es el tal Burks.

—Ya lo llamé.

—Vamos, puedes hacerlo por mí.

—Yo ya lo llamé. Asunto zanjado.

—Llámale. Luego te vuelvo a llamar yo.

—Claro, tú vuelve a llamar.

—Te llamo en un cuarto de hora.

—Fijo, Lyle. Cuando quieras.

Volvió a la barra y se bebió la copa a sorbos. Cerca había un hombre con muletas, poco menos que un despojo, al parecer. El sitio era una porquería. Dos mujeres de edad estaban sentadas en el rincón más alejado de la barra. Compartían un cigarrillo. Lyle se terminó la copa. Era demasiado pronto para llamar de nuevo a McKechnie. Pidió otro whisky y volvió al teléfono para llamar a J. Kinnear, y comprendió, con gran sorpresa, que no disponía de ninguna forma de ponerse en contacto con Kinnear. El teléfono estaría obviamente a nombre de otro, y Lyle nunca había pensado en verificar el número del teléfono de la casa de madera, en Queens. Rematadamente idiota. Cuando volvió a la barra vio que alguien pasaba por delante de la puerta, alguien presuroso, bajo la lluvia, un hombre que se cubría la cabeza con un periódico. Sólo fue un atisbo. Mínimo atisbo del bigote del hombre. Poco después entró una mujer y saludó al hombre de las muletas, preguntándole qué había ocurrido.

—Me atropello un conductor experto.

—¿Le has puesto pleito?

—¿Qué pleito? —dijo—. Yo estaba junto al bordillo.

—Podrías sacarle un dinero, Mikey. Es lo que hace todo el mundo. Podrías sacar una tajadita bien guapa.

—Fue como si viese a los querubines.

O a un licenciado en Económicas, pensó. Titulado por una de las diez grandes. Cabeza cuadrada, cabello crespo. Autor de un estudio sobre las regulaciones comerciales en la Europa del Este. Hace flexiones apoyándose en los nudillos de las manos.

Lyle recorrió Nassau Street. El distrito era un sector cerrado. Bajo las sucesivas láminas de la lluvia lo vio de ese modo por vez primera. Era una zona sellada, estanca, ajena al resto de la ciudad, como si la propia ciudad obedeciera a un plan para disimular lo que se extendía a su alrededor, la tosca aceptación de la campaña de una podredumbre nada ceremoniosa. El distrito crecía reiteradamente hacia dentro, cada vez más secreto, una teología oculta del dinero, extendiéndose hacia lo más profundo, por sus propios mármoles veteados. Los directores de las unidades acumulaban e incrementaban sus reservas. Los ingenieros daban champú a las cámaras acorazadas. En la cripta más recóndita podría oírse la amplitud del pulso de la historia, un sistema y un rito que sobrepasara las evidencias halladas por medios sensoriales. Salió de un portal y detuvo el primer taxi libre que le salió al paso, sintiéndose de nuevo inteligente.

Ya en casa tuvo noticias de Kinneer casi de inmediato. Cogió el teléfono de pie, concentrándose a fondo, decidido a entender lo que se ventilaba, las implicaciones, los matices, las sombras, cualquier leve sutileza que pudiera contenerse en la modulación de la voz de J.

—No estoy donde suelo.

—Ya.

—Estaré flotante... yo diría que indefinidamente.

—Antes de eso, una cosa que ha pasado. Hablé con Burks, por si te suena el nombre. Me preguntó por ti.

—No es de extrañar.

—¿Tú sabes quién es?

—Quizás haya hablado con él por teléfono. Hablé con varios de ellos, no me dieron nombres. Sólo disponía de un número al que llamar. Hablamos exclusivamente por teléfono.

—Le dije todo lo que sé.

—Pues la verdad, Lyle, es que eso ha sido muy inteligente por tu parte.

—Creí que deberías estar avisado.

—Soy una de esas personas acerca de las que habrás leído más de una vez, una de esas personas a las que de continuo se describe diciendo que «desaparecen» o «reaparecen». Por ejemplo, «reapareció en Bogotá cuatro años después». Ahora mismo se impone la primera situación.

Lyle trató de imaginar a Kinneer en algún local concreto, un aeropuerto (pero no

había voces de fondo, voces amplificadas) o una casa en un lugar remoto (dónde, en qué habitación), en un paisaje bien definido. Pero en todo momento era una voz, nada más, un zumbido y una vibración que llegaban desde ningún sitio en particular.

—Le pregunté por Vilar —dijo Lyle—. Se negó de plano a decirme nada.

—Es lógico.

—No les caigo bien.

—Bueno, yo he hablado con ellos. Hablamos de esto y de lo otro.

—Y salió a relucir mi nombre.

—Estuve muy selectivo. Eso forma parte del atractivo de todo el experimento, al menos desde mi punto de vista. Fue interesante, mucho. Sólo les dije determinadas cosas. Son todo un grupo, son muy... adaptables, supongo que ésa es la palabra.

—Conocen mi historia reciente.

—Conocen tu historia reciente.

—Y no me contactaron con anterioridad porque ya tenían a alguien dentro.

—Ahora que he cortado todas las conexiones, Lyle, empiezan a tener un gran interés por ti. Eres el único medio que les queda de entrar en ese pequeño seminario del terror.

—¿No podrían entrar sin más, apoderarse de las armas, detener a quien sea sólo por eso, aunque no haya más motivo?

—Allí no encontrarán nada más que las armas. Yo era el único que pasaba algún tiempo digno de mención en esa casa. No habrá nadie más, ni ahora ni más adelante.

—Pensé que Marina...

—Marina estuvo allí puede que media docena de veces. Nunca estuvo más de dos horas.

—¿Por qué se te ocurre viajar ahora, J.?

—Se me empezaban a caer encima las paredes, tío. El elemento en el que piensas al pensar en Marina estaba claramente al tanto de que la información había empezado a gotear. El elemento en el que piensas al pensar en Burks empezaba a ponerse demasiado posesivo. Era hora de dar un giro de ciento ochenta grados y poner pies en polvorosa.

Lyle sospechó que J. iba a colgar.

—¿Cuánto tiempo llevas dando información?

—Es cuestión de meses.

—¿Te pagan?

—Eso tenía que suceder tarde o temprano. Es sumamente dudoso que llegue a ver el dinero.

—Una cantidad respetable, supongo.

—Para ir tirando.

—Entonces, ¿por qué asumir tantos riesgos?

—La gente hace experimentos, Lyle. Son muy propensos a determinadas cosas, conscientes de las sombras, nuestra policía secreta. Yo quise entrar en ese aparato en

concreto, al menos un paso o dos.

—Tienen tu nombre ligeramente trastocado.

—No sabía siquiera que lo tuvieran. Eso sí es interesante. ¿Entiendes lo que quiero decir? Meras técnicas. Me pregunto cómo se las habrán ingeniado. Tienen que haber dedicado muchísimo tiempo a rastrearne. Antes me llamaba la atención. ¿De veras les interesa lo que saquen en claro? ¿Saben acaso quién soy? Sus secretos son peores que los nuestros, de largo, y eso ya es mucho explicar sobre el porqué de que sus técnicas estén desarrolladas con tanta finura.

—¿Y ahora qué?

—Sigo pidiéndote toda tu confianza.

—No cuelgues aún, J.

—Dios te bendiga.

Lyle dejó el teléfono y marcó el de McKechnie. La niña le dijo que su papá no quería hablar con él.

Hablaron durante un rato de la puesta de sol, sentados en la terraza, con comida basura y bebidas. Se estaba mejor que el día anterior a la misma hora, aunque al crepúsculo le faltaban los tenues tonos malva, según Ethan, que tuvo dos tardes antes. Entraron y cenaron despacio, un esfuerzo descoordinado. Jack se quejó de que hablaban de la comida mientras cenaban, de que hablaban de las puestas de sol mientras las miraban, y así sucesivamente. Empezaba a ponerse de los nervios, dijo. Y lo dijo con su voz rayana en la histeria, el exagerado quejido del descontento urbano. Tras la cena se sentaron junto a la chimenea a hojear las revistas. Jack encontró un ejemplar del *New York Times* que tenía seis meses de antigüedad. Leyó en voz alta una lista de restaurantes reseñados por diversas violaciones del código sanitario, salmodiando nombres y direcciones.

—Nos hace falta leña —dijo Ethan.

—Leña.

—Más madera.

—Toca madera —dijo Jack.

—Es la guerra —dijo Pammy—. Leña al mono.

—Leña, leña.

—Haga el fuego —dijo ella— un fuego grande para calentar el cuerpo.

Por la mañana fueron en coche por el puente que unía la isla al continente, el cabello aplanado por efecto del viento, y llegaron a la otra orilla. Había cielo por todas partes. Pammy iba sentada tras los hombres, sonriéndoles a los cogotes. La acción de los elementos en el paisaje había dado a las casas una segunda vida, una vida más profunda, más privada, una belleza que era más diestra en su austeridad, conquistada. Cantos rodados en medio de los campos ocres. Aquí y allá los niños, en bicicleta, descalzos. Ella buscó con detenimiento los rastros de agua, ansiosa por dejarse sorprender, por recibirla de repente, una avenida de azul endurecido entre masas de pinos, la luz del sol que rebotase en la superficie. Los niños en bicicletas eran delgados, rubios, no del todo bien alimentados, cierto distanciamiento, le pareció, en el modo en que le devolvían su sonrisa, con una mirada endurecida al contemplar el coche y los viajeros, los ojos entornados al sol.

En Blue Hill visitaron a un matrimonio al que conocía Ethan, tres niños, un perro. Al marcharse, ella y Jack esperaron junto al coche a que Ethan intercambiase prolongadas despedidas con sus amigos. Jack la miraba.

—Yo en realidad no soy gay —dijo.

—Si tú lo dices, Jack...

—No lo soy, de veras.

—Es tu mente, es tu cuerpo.

—Pues entonces nadie como yo para saberlo a ciencia cierta.

Más avanzada la tarde salió de la ducha y notó un dolor, una presión momentánea en un lateral de la cabeza. Iba a morir en cuestión de semanas. La obligarían a someterse a largas series de pruebas horribles, pero los resultados siempre serían los mismos. Se quedó deprimida, de pie con la toalla enrollada, dejando que el cuerpo se le secara despacio, se le muriese. Qué desperdicio. Se sintió fatal por Lyle. Sería para ella mucho más fácil de aceptar si no dejara atrás a alguien. Gracias a Dios no tenían hijos. Se vistió y salió del cuarto de baño.

Tras la cena se ventilaron el resto del vino y algo de brandy en la terraza. Hacía la noche más bonancible de todas las que habían tenido. Jack estaba inquieto, decidió llevar la basura al contenedor en vez de esperar a la mañana siguiente. Empuñó una linterna y se alejó por el camino arrastrando dos bolsas de plástico.

—Tiene razón —dijo Ethan—. Parece imposible que hagamos nada sin hablar de ello al mismo tiempo.

—Son las vacaciones —dijo ella—. Es lo que hace todo el mundo.

—No me había percatado de que lo estábamos haciendo hasta tal extremo.

—Tu boca de alemán es demasiado seria.

—Tal vez sea ése el significado secreto de los sitios nuevos.

—¿Cuál?

—Calla, que lo estoy pensando.

—Pues no me lo digas.

—Tiene que ver con la conciencia de uno mismo —dijo—. Luego te cuento más.

—Dios, qué estrellas.

—Cuánto más claro está todo. También tiene que ver con eso.

—Míralas, hay millones.

—Ya las miro.

—Háblame de ellas —dijo ella—. Rápido, antes de que regrese Jack.

Mucho más tarde hubo largos silencios entre los retazos de la conversación. Jack sacó más jerseys para todos, y luego tres mantas. Cuando el viento traspasaba las copas de los árboles, a Pammy le costaba trabajo entender el sonido en sus fases más tempranas, la creciente insistencia de las olas.

Más tarde aún, en alguna interpenetración perfecta del vino y el aire de la noche, se dejó llevar a una región más cordial, a un no espacio en realidad, en el que prevalecía una quietud inmaculada. Entre un momento y otro de adormecimiento percibía su mente viva en el vivido frescor. La claridad resonaba en cada comentario suelto. Cuando Ethan rió en un momento dado, un resoplido idiota, sintió que sabía qué nimio acontecimiento neural había causado ese sonido. Había un orden completo en la noche.

Entonces se volvió más lenta, torpe, sosa. Quería acostarse, pero no tenía ánimos para levantarse y entrar en la casa. Seguía frizando una fase inestable del sueño. Se le

resbaló el codo del brazo del sillón y se despertó con un sobresalto. Después todo fue diferente, una pugna.

—Dios, qué estrellas —dijo Jack.

A Pam se le pasó por la cabeza que Ethan rara vez hablaba con Jack. Se dirigía a Jack hablando del mobiliario, las películas, el tiempo. Eso, más la tercera persona. A Pammy le decía a veces cosas que estaban destinadas a Jack. A veces leía en voz alta un artículo de un periódico, o repetía una frase dicha por un locutor de televisión, la repetía de una manera determinada, como una parábola fragmentaria, sólo para Jack. No le parecía que eso fuera tan revelador acerca de los dos hombres implicados, como lo era en realidad acerca de las personas que vivían juntas, de sus trastornos del habla y la conducta. Pammy y Lyle tenían sus propias características, cómo no. Pammy y Lyle, pensó ella. Suena como si fuésemos una animadora y un licenciado en física. O una pareja de chimpancés, se dijo. Bebió más vino mirando a Ethan hacer una serie de gestos preliminares.

—Los sitios nuevos, cuando son nuevos, desconocidos, te hacen ser más consciente de ti mismo. Eso puede ser peligroso.

—Yo quiero mi saco de dormir —dijo Jack.

—Todo lo que hay lanza destellos hacia ti. Es como un espejo. Terminas por estar contigo mismo, sólo que despojado de las formas externas más familiares, los aderezos, el entorno. Si es demasiado nuevo, puede dar verdadero miedo. Recibes demasiada retroalimentación que no viene predeterminada por nada.

—Me apetece dormir fuera —dijo Jack—. Al fresco.

—El miedo es una intensa conciencia de uno mismo.

—Como hoy, como antes —dijo Pammy—, cuando creí que me pasaba algo, cuando pensé yo, yo, mis tejidos, mi cuerpo. Pero es más fácil morir a solas. Más vale olvidarse de tener niños.

—El terreno —dijo Jack—. Dormir, la tierra, los seres vivos.

Ethan se pasó el lateral del dedo índice a lo largo del cuello, con ademán pensativo, y hasta el extremo de la barbilla, repetidas veces, mera indicación de los comentarios irónicos que tenía en puertas, o quizás su pseudosabiduría al uso, o incluso un tramo de autobiografía, que en ese marco de planos sesgados era por sí misma acusadamente irónica. Los dos quedaron a la espera.

—A ver, vosotros dos.

Jack entró en la casa y volvió con el saco de dormir, que echó sobre la tarima de la terraza. Ahora todo sucedía despacio. Jack encendió velas. Caminaba imitando a un tigre enjaulado. Pammy se percató de que por fin había vuelto a tomar asiento. Bebieron un rato en silencio.

—Tengo la cara un poco demasiado larga —dijo ella.

Parecieron a punto de reír.

—No, de veras, tengo la cara un poco demasiado larga. No pasa nada, es así, no hay problema, al menos si lo acepto como es.

—Eh, Pammy.

—¿Lo sabías, o qué? Cuando piensas en otras personas, en lo que cada cual tiene que aceptar de sí mismo... Y sólo es un poco demasiado larga, apenas sí se nota, lo sabes de sobra. Así que lo aceptas. Y a vivir. Te limitas a vivir tu vida, y punto.

—No estará a punto de echar la pastilla, espero.

—Si lo hago, tu saco de dormir lleva todas las de perder.

—Apiádate de mí.

—Tarugo —dijo ella.

Pammy y Jack empezaron una secuencia de atolondramiento vertiginoso. Todo resultaba divertido. Ella se sentía incisiva, nunca había estado más despierta. ¿Y Ethan? Se volvió para verlo de perfil, en parte envuelto por la manta, teatral, serio. Pronto amanecería, tal vez en una o dos horas, por desgracia a sus espaldas, por otra parte. A Jack se le puso la voz astuta, cortante. Fue el único sonido durante un rato. Hacía pausas estudiadas entre los comentarios. Ella se reía de todo lo que dijera. Resultaba cómico ese Jack tan realista. Ella se empezó a reír al terminar sus pausas, anticipándose a lo que dijera. Reinaba el embrujo de la quietud. El más tenue de los colores impregnaba la conciencia de Pammy, algo recortado de la noche, un resplandor de bajísima resolución, como si la propia noche se estuviera descomponiendo en sus partes ópticamente activas.

—A ver, vosotros dos —dijo Ethan.

Los otros rieron.

—Lo que desconocéis es toda una época y sus cosas. La habéis pasado de largo. Debe de ser una vacuidad total vivir sin referencias, aunque es problemático incluso que lleguéis a saberlo, en ese espacio en blanco. Me refiero a una especialidad de Pete Smith. ¿Os imagináis siquiera qué conjura, qué representa eso? No, ni idea, ¿verdad que no? Me refiero a lo que significa que dos personas se puedan encontrar, sin conocerse de antemano, y entonces caigan en la cuenta de que han tenido relación en el pasado, algo muy pequeño, ampliado, la absoluta ridiculez de una especialidad de Pete Smith, la voz del narrador, las cintas de Griffin, el asesino convicto, grabadas en una prisión de Tejas. El mero hecho de oírlo ya da pie a una relación, un sólido fundamento. Eso es lo que os habéis perdido, ¿lo veis? Y es que en aquella época no existía ese asunto del *Zeitgeist* del mes en curso. *Pull My Daisy*, joder, tampoco fue hace tanto tiempo, aún están en danza algunos de los *beatniks* que la rodaron, pero eso es algo que no conocéis, ceguera total. *Pulí My Daisy* en el Y de la calle Noventa y Dos. O Lord Buckley, otra cosa que os perdisteis enterita, Lord Buckley en The Naz. Ni puta idea de lo que estoy diciendo, ¿a que no? Os faltan las referencias. No conocisteis los clubes del Village, todo aquel mamoneo. El pie de la relación, el sólido fundamento. No sabéis, ¿me explico?, lo que no sabéis es que toda vuestra actitud proviene de algunas cosas como éstas que digo, que eran la base, el sólido fundamento de todo. ¿Qué más, a quién más puedo señalar? The Naz, ya lo he dicho. ¿Sabéis cómo encontró a *Silver* el Llanero Solitario?

Pam estaba más atolondrada aún. Jack dispuso su saco de dormir a lo largo de una tumbona plegable y se metió dentro. Los perfiles de las islas pequeñas eran visibles. Ethan cruzó la terraza y abrió la puerta corredera.

Más tarde, Jack se quitó torpemente el jersey. Un pesquero de langostas apareció por el cabo sur de una de las islas. Pammy oyó la primera gaviota. Había una presencia animal en el aire, una maraña de apetitos.

Hacía algo más de calor. Vio la camisa de Jack en la terraza. Las cosas le llamaban la atención de continuo, una foca cerca de la orilla, su cabeza reluciente a punto de desaparecer, de reaparecer. Los prismáticos estaban dentro.

—Vale, muy bien. ¿Cuántos amigos gays tengo yo?

—¿Qué? —repuso ella.

—Amigos gays.

—¿Cuántos hace falta tener?

—Te habrás dado cuenta de que casi ninguno de mis amigos es gay de verdad. Puede que algunos, con los que he dejado de tener trato, aunque Ethan crea que andan de ronda a todas horas por el portal y el tejado de nuestro edificio. A estas alturas, casi ninguno.

—Yo pensé que con uno bastaba.

—Es mi mente y es mi cuerpo —dijo él.

—Ah, en eso estamos de acuerdo.

Se obligó, nada más decirlo, a retirar la manta y ponerse en pie, aunque estaba entumecida. Entró, encontró los prismáticos, salió de nuevo a la terraza, a mirar a la foca.

—Me veo haciendo muchísimos viajes en el futuro inmediato —dijo Jack—. De un sitio a otro. Una existencia sin supervisión de ninguna clase. Es lo que debiera haber hecho hace ya mucho tiempo. No quiero estar sujeto a un lugar, ya no me apetece. Ni a un lugar ni a una forma de vida.

—Si él ha venido hasta aquí es porque pensaba que eso es lo que querías tú.

—Se equivoca.

—Creo que está incluso preparado para que sea algo más o menos permanente, aunque se me escapa, te lo aseguro, cómo se propone resolverlo en términos financieros.

—¿Qué es lo que miras mientras te hablo? No me lo puedo creer, Pam. Te estoy contando mi vida y tú te enfracasas en los prismáticos, estás en otra parte, no me haces ni caso.

—Era una foca, pero me parece que se ha ido.

—¿Ha vuelto la foca?

—Ha vuelto la foca, sí, pero está otra vez, me parece, a la vuelta de aquel saliente.

—Sólo que no es una foca —dijo él—. Es un hombre rana que nos espía.

Pammy se tendió en la cama, temblando, ovillada, alejándose de la fuente de la luz. Procuró convencerse de que se iba a dormir en cuestión de segundos. Desfilaban

por su cabeza los momentos, los episodios.

Más tarde despertó y oyó a Ethan en la cocina. Tosía ruidosamente, con flemas que esputaba después. La cama estaba inundada de luz solar. Apartó las mantas, desparramó el cuerpo para despertarlo sobre una sola sábana, relajándose ante el calor absorbente.

Había pasado años oyendo decir a gente de todo tipo y condición, aquí y allá, una misma cosa: «Tú haz lo que te dé la gana mientras no hagas daño a nadie». Decían: «Sí las dos partes dan su consentimiento, hazlo, da igual qué sea». Decían: «Todo lo que te pueda gustar, mientras los dos queráis hacerlo y nadie se haga daño de ninguna clase, se puede hacer sin problema. Da igual qué, da igual con quién». «Todo lo que te pueda gustar», decían. Decían: «Sigue el dictado de tus instintos, sé tú misma, haz realidad tus fantasías».

Lyle no había estado allí desde hacía bastantes años, en el Lower East Side, ese *pantecnicón* de etnias, calles, personas, la historia de un sufrimiento impecable. El coche estaba aparcado en una bocacalle, cerca del puente de Manhattan. Marina puso los brazos sobre el volante y se inclinó, apoyando la cabeza, los ojos vueltos a la derecha, mirando a Lyle. Casi había anochecido. Cinco botellas, arrojadas desde un tejado cercano, se estrellaron contra la acera en intervalos de diez segundos. Los ojos de Marina revelaban un leve divertimento.

—Con un poco de gasolina, habría sido un acto político.

—Tal como ha sido, ¿qué es?

—Mero desorden público —dijo ella.

—Me pregunto contra qué blanco tiran.

—La botella es el blanco. Se trata de romper la botella.

—Eso es puro zen —dijo él.

—Si funciona, lo probamos.

—La botella es el blanco, maestro.

—Pues sí, zen, ¿por qué no?

Marina tendría unos siete años más que él, calculó Lyle, y ese día, por primera vez, daba muestras de cierta propensión a sentirse a sus anchas, no tan rigurosa en sus convicciones, o menos dispuesta, en todo caso, a localizar cualquier transformación dentro de una estructura absoluta.

—¿Adónde irá J.?

—No demasiado lejos —dijo ella—. No es fácil eso de desaparecer cuando tus lugares y rutas seguras se te han cerrado en las narices. J. no tiene dinero. No puede tener amigos, o no muchos, y, en cualquier caso, ¿quién tendría ganas de echarle una mano?

—¿Qué sucede entonces? ¿Disciplina terrorista?

Ella continuó mirándole sin decir nada. Lo cual decepcionó a Lyle. Había tratado de hacerle hablar sobre ciertos aspectos de la situación de Kinnear, del pasado y del presente. El experimento, como J. lo denominaba, no era obviamente un caso de infiltración en el sentido convencional del término. Con todo, Lyle creía que existía un elemento de premeditación. El propio J. lo había introducido; se había infiltrado, a un nivel consciente, mucho antes de que decidiera contactar con Burks o con la agencia a la que Burks representase. Su revelación «selectiva» de información meramente venía a confirmar la existencia material del espacio que había querido ocupar, la geografía compleja, puntos de confluencia y de peligro. Todas esas especulaciones a Lyle le parecían absorbentes, por eso tenía la esperanza de que

Marina aportase datos concretos que dieran más consistencia a sus conceptos. Se trataba de encajar las piezas humanas en los huecos del tablero. Era una actividad apasionante. Era posible que Kinnear hubiera sido un agente, de espíritu, durante una veintena de años. Funcionaba simultáneamente a dos niveles. Contrapeso. Su vida se basaba en líneas de fuerza tendentes a generar el equilibrio. Todo tenía un efecto retardado. No podía actuar, siquiera dar un paso, sin sopesar conjuntos enteros de implicaciones. Todo eso había terminado. Desmoronamiento interior. Era posible que hubiera presionado en exceso, que lo hubiera hecho con toda la intención.

—¿J. es homosexual?

Ella no lo sabía.

—¿Cabe la posibilidad de que se entregue, de que estampe su firma en la línea de puntos?

Gesto de indiferencia.

—¿Lo pueden matar? En caso afirmativo, ¿cuándo?

—Olvida todas tus dudas.

—Sí, lo van a matar.

—No es una cuestión de urgencia —dijo ella—. Tenemos otras cosas de qué ocuparnos.

Se apartó del volante y se acercó a Lyle con torpeza, dejando la pierna derecha en medio e impidiendo así el efecto que buscaba, una intimidad forzada, el intercambio de compromisos intensos. Por último le tocó la cara con ambas manos. Fue tal el contacto que sembró un cruce de canales, un camino de reciprocidad inmediata. Tenía la mirada fija, un punto enloquecida, de nuevo un efecto indeseado. Era interesante, siempre lo era, que le tocara una mujer, la primera vez, cuya mente uno sabe que circula por líneas distintas de las propias, que vive de acuerdo con otro mapa radicalmente distinto.

—¿Estamos cerca de algo?

—A punto de llegar —dijo ella.

—¿Tenemos a un Vilar en esto?

—Tendremos a alguien más que dispuesto.

—¿Es posible que reciba instrucciones de tu hermano?

—Querrás decir que se haya preparado.

—Es que me sentaría fatal que algo detonase antes de lo previsto.

—Vilar está confinado por completo, privado de toda comunicación con el exterior. Ha intentado suicidarse varias veces. Lo tienen sujeto a vigilancia las veinticuatro horas del día. Antes que seguir en la cárcel, Vilar se quitará la vida. Es cuestión de tiempo, nada más. Es el acto que lleva toda la vida ensayando. Antes morir que la justicia del cerdo. Ése es el destino de nuestra clase.

Volvió a ocupar su sitio en el asiento y miró por la ventanilla los desechos en la calle. Otras tres botellas se estrellaron contra la acera a media manzana de allí, de nuevo en intervalos de diez segundos.

—Pero tienes a alguien.

—Por descontado.

—¿Fabrica bombas?

—Falsifica pasaportes —dijo ella.

Era de noche. Un grupo de hombres y de jóvenes apareció en la esquina opuesta, riendo. Tres se separaron del grupo y se dirigieron al coche, meros adolescentes, uno con una botella entre las piernas, caminando como un pato.

—Así que espero.

—Será pronto, Lyle.

—Lo hacemos de la misma manera, ¿no? Yo le abro el paso a tu hombre, le franqueo la entrada en el parque, será mi invitado. Deja lo que tenga que dejar. En plena noche, estalla.

—Hablaréis.

—¿Quién es?

—Todavía no —dijo ella.

—¿Soñaste alguna vez que encontrarías a otro George con tanta facilidad?

—Es propio de los americanos.

—¿El qué?

—Es igual que los ingleses, que nunca dejarán de ser unos chiquillos. Los americanos están condenados a realizar actos heroicos.

—Qué comentario tan irónico, señaló él —dijo Lyle.

—Decide tú mismo cuál de las dos enfermedades es peor.

Le sonreía. Los tres chicos pasaron por delante del coche, mirando al interior, y se fueron por el solar vacío. Ella parecía esperar a que Lyle bajara del coche. Un hombre con unos pantalones demasiado grandes y una camiseta llena de agujeros se acercó al coche por el lado del conductor. Marina dijo algo en español. Luego miró a Lyle. El hombre había vomitado poco antes. Sin apartar los ojos de Lyle, dijo algo más y el hombre se largó.

—La botella es la diana —dijo Lyle—. Me lo repito como recordatorio. Además, me sosiega.

—Pronto hablaremos.

—Voy a bajar, ¿es eso?

—Sí.

—Y a caminar.

—Primero un paso, luego otro.

—A lo mejor podrías dejarme en Canal Street, si vas en aquella dirección, o en cualquier punto cercano a la parte baja de Broadway.

—Es mejor aquí mismo.

—O en Chinatown —dijo él—. A lo mejor hace tiempo que no vas por allí. Es una parte interesante de la ciudad.

Cuando llegó a casa, vació el contenido de sus bolsillos sobre la cómoda. La

cartera, las llaves, el bolígrafo, el cuaderno de notas. Las fichas de transporte a la derecha de la cómoda, los centavos a la izquierda. Se comió un bocadillo y salió con una copa al terrado. En una de las mesas estaban sentadas cuatro personas de avanzada edad. Lyle se acercó al pretil. El ruido de las calles llegaba incierto, asordado, una densidad subacuática. Los aparatos de aire acondicionado, los autobuses, los taxis. Más allá de eso, algo indiscernible: el tono sin connotaciones que parecía emanar de las calles mismas, que estaba presente incluso aunque no hubiese tráfico, en los amaneceres más callados. Era una perturbación innata, de baja frecuencia, en la materia misma de la ciudad física, un rugido espectral. Sostuvo la copa más allá del murete. Los demás habían guardado silencio desde que llegó. Dejó caer la copa con la mano derecha para cazarla con la izquierda. Hubo una fracción de segundo en la que ninguna de las dos manos rozó siquiera el cristal. Resolvió hacerlo cinco veces más, extendiendo la distancia entre las manos un poco más a cada vez, antes de bajar a su piso.

Estaba en la cama cuando llamó Kinnear.

—Tendrá que ser breve, Lyle.

—Estoy despierto, pero por los pelos.

—¿En qué situación estás?

—Marina está más o menos decidida a localizarte. No creo que por ahora tenga ni idea de dónde puedes estar, al menos que yo sepa. Sigue con ganas de hacer lo de la Bolsa.

—¿En qué situación estás, en dólares y centavos?

—¿Andas necesitado?

—Me anticipo.

—¿Cuánto necesitas?

—No lo sé con certeza. Hay diversas variables. Sólo quería precisar si estarías dispuesto a ayudarme y secundarme.

—¿Te parece oportuno que retire una cantidad y que espere a saber de ti?

—Retira mil quinientos ahora, buena idea, en caso de que todo esto se materialice durante el fin de semana, lo cual podría entrañar problemas para conseguir fondos.

—¿En dólares americanos?

—Buena pregunta.

—Hay una oficina de cambio cerca de mi banco.

—No, que sea en dólares americanos.

—¿Podrás cambiarlos con facilidad?

—En dólares americanos está bien, Lyle.

—¿Y dices que tienes mucha prisa?

—Fíjate cuánta. Adiós.

Al día siguiente, a Lyle lo llamaron por megafonía cuando estaba en el parque y le hicieron entrega de un telegrama enviado desde la localidad, con tres palabras —nueve uno cinco— y el nombre del remitente, DESINFO.

Al día siguiente al día en que recibió el telegrama experimentó lo que en principio se le antojó una especie de variante del *deja vu*. Se terminó el almuerzo y se plantó en la puerta de un restaurante que hacía esquina, desde donde atinaba a ver, en ángulo agudo, al hombre ya viejo y flaco que a menudo aparecía delante del Federal Hall con un cartel escrito a mano, de contenido político, sujeto encima de la cabeza, para regocijo de quienes se hubieran congregado en las escaleras. Lyle se estaba limpiando las uñas subrepticamente, con un palillo que había tomado de un vaso situado junto a la caja registradora del restaurante. La paradoja de la materia que reflúa hacia sí misma. En este caso no había ninguna ilusión implicada. Había estado en ese mismo punto no hacía todavía mucho, a la misma hora del día, haciendo exactamente lo mismo que ahora, la mirada fija en el viejo, cuyo cuerpo se alineaba a la perfección con el filo de una sombra en la fachada del edificio fronterero, el cartelón sostenido en el mismo ángulo, el suceso convertido en una réplica sin vida por medio de la impregnación estructural, el mineral que suple la materia anterior. Lyle decidió esparcir el contenido dirigiéndose hacia el hombre en vez de volver a la Bolsa, tal como sin duda hizo la vez anterior. Primero leyó la parte posterior del cartel, la que daba a la calle, y recordó su tenor. Luego se sentó en las escaleras con otra media docena de personas, y buscó el tabaco en los bolsillos. Burks estaba en la otra acera, cerca de la entrada de la Banca Morgan. La gente volvía a sus trabajos poco a poco. Lyle fumó durante unos momentos, se levantó y se acercó al de la pancarta. Las láminas de madera que afianzaban los bordes del cartel se extendían casi veinte centímetros, con lo que el hombre tenía sendos asideros. Burks parecía entristecido, con los brazos cruzados.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto —preguntó Lyle—, sujetando el cartel?

El hombre se volvió para ver quién lo interpelaba.

—Dieciocho años.

Le corría el sudor por las sienes, por el pálido perfil de su piel sonrojada. Gastaba traje, pero sin corbata. La vida que hubiera en su mirada se había disuelto. Se había adueñado de su propio espacio, un mundo en el que las personas eran bajorrelieves labrados en la roca. Le tembló un poco la mano derecha. Le hacía falta un buen corte de pelo.

—¿Dónde, aquí mismo?

—No, antes no estaba aquí.

—¿Dónde estaba antes?

—En la Casa Blanca.

—¿En Washington?

—Me obligaron a largarme.

—¿Quiénes le obligaron?

—Haldeman y Ehrlichman.

—No le permitían plantarse ante la verja.

—Los bancos dieron aviso.

Lyle no estuvo seguro de por qué hizo esa pausa, por qué se paró a hablar con el hombre. A lo lejos percibía una estrategia. Tal vez quisiera fastidiar a Burks, quien obviamente esperaba para conversar con él. Desdeñar a Burks para conversar con un teórico enemigo del Estado fue algo que le agradó. Entró en su campo visual otro hombre, un tipo de mediana edad, fornido, con el traje algo grande, unas gafas incongruentes, modernas, como de diseño. Lyle se volvió y se fijó en que Burks ya no estaba.

—¿Por qué sostiene el cartel sobre la cabeza?

—La gente de hoy en día.

—Quieren quedarse perplejos.

—Justamente.

Lyle no sabía qué hacer a continuación. Mejor esperar a que uno de los otros diera el primer paso. Retrocedió para estudiar la parte delantera del cartel, que nunca se había parado a leer hasta ese instante.

HISTORIA RECIENTE DE LOS OBREROS DEL MUNDO

1850-1920, aprox.: Amputación de las manos a los obreros de las plantaciones de caucho del Congo por no cumplir con las asignaciones de trabajo. Fotos en la caja fuerte del Banco de Inglaterra. Surge el capitalismo.

La edad industrial: Trabajo infantil, accidentes, muertes. Crueldad = beneficios. Barrios obreros en Glasgow, Nueva York, Londres. Pobreza, enfermedades, desmembración de las familias. Huelgas, boicoteos, etc. tropas, policía, órdenes judiciales. Amarga cosecha de la Rev. Ind.

Mayo de 1886: Revuelta de Haymarket, en Chicago. Los antidisturbios asesinan obreros, 10 muertos, 50 heridos, explosiones de bombas, fuego a discreción.

Septiembre de 1920: Estallido en Wall Street, autor o autores desconocidos, 40 muertos, 300 heridos, quedan huellas en el muro del edificio de J. P. Morgan. Triste recordatorio.

Febrero de 1934: Fuego de artillería en las calles de Viena, bombardeo de las casas de los obreros, un millar de muertos, entre ellos 9 líderes socialistas ahorcados. Alzamiento de los nazis. Víspera de la Segunda guerra mundial, etc.

Aún había más, en letra pequeña, al pie del cartelón. El hombre fornido, mustio, pañuelo en mano, estaba a menos de metro y medio. Lyle bajó de la acera, tocó al viejo del cartel al pasar por detrás de él; puso una mano sobre el tejido desgastado

que le cubría el hombro, muy fugazmente, en un gesto que no entendió. Luego acompañó al otro hombre por Bowling Green, donde tomaron asiento en un banco, junto a una mujer que daba de comer a las palomas.

—¿Y qué tal si te pones nombre?

—Burks.

—¿Qué Burks? ¿Qué se supone que significa Burks?

El hombre miró de reojo a un coche aparcado en la otra acera. Burks estaba sentado al volante, con el cinturón puesto, la mirada al frente.

—De repente es un nombre genérico.

—Hazlo a nuestra manera, Lyle.

—Ya. Viviré más tiempo.

—Yo no iría tan lejos, por pesimista que sea.

—Se tiñe el pelo. Kinnear. Olvidé comentarlo la última vez. Es posible que tenga un contacto en el juzgado de guardia, por lo que pueda valer.

—Por pura curiosidad, Lyle, una cosa: ¿dónde se encuentra?

—¿No tienes mi línea de teléfono pinchada al ordenador que rige los destinos del mundo?

—Para nada, al menos que yo sepa. Además, no creo que tenga mayor importancia, porque A. J. no te va a contar nada, lo que se dice nada, que sea importante.

—Pues si tú no lo sabes, yo tampoco.

—Lo que te rote.

—Podría especular, claro está. Hacer deducciones lógicas. ¿Por qué no me dices antes algo acerca de él? Lo que sepas, lo que sea. Has encontrado su nombre en un registro de voz, por lo visto, o poniéndoles cintas grabadas a unos cuantos, diría yo. ¿Qué más sabes, eh?

Burks-2 estaba arrellanado y ocupaba medio banco. Se limpiaba las gafas modernas con el pañuelo que había tenido en la mano durante el cuarto de hora anterior. Su fatiga, su propio peso desparramado, dio a Lyle confianza. Parecía un hombre que patrocinase un equipo femenino de *softball*. Se mete el meñique en la nariz y tiene comercio sexual en los automóviles.

—A. J. enseñó vocalización y dicción en un instituto. Trabajaba a tiempo parcial para una agencia de cobro a morosos. Era cobrador. Como actividad suplementaria se dedicó a promover la reforma de las prisiones, a hablar con grupos, a recaudar fondos, en el estado de Nevada. Se fue radicalizando cada vez más, como suele pasar, aunque lo que en realidad sucediera en el fondo de su corazoncito, Lyle, está abierto a discusión. Hubo un poco de bulla en Nueva Orleans, a finales de la primavera del 63. Es difícil precisar los detalles. Parece que se iba a proceder a un secuestro, por lo visto de un abogado que figuraba en un comité gubernamental. Disponía de información que alguien quería a toda costa. Hubo conexiones, curiosas corrientes soterradas. Por ejemplo, Oswald. Por ejemplo, Cuba. Documentos echados en falta.

Pero parece ser que todo el montaje nunca se llegó a precisar. Alguien contactó con el departamento de Justicia con la muy conveniente antelación de cuarenta y ocho horas sobre la programación de la intentona. El bueno de Kinnear desapareció en ese punto, o poco más o menos. Reapareció en Bogotá tres años después, donde resulta que estuvo compinchado como un gilipollas con chusma implicada en el tráfico de cocaína. Acto seguido desaparece y justo después se procede a arrestar a docenas de personas. Luego nos lo encontramos en la Costa Oeste, con un grupo de antiguos rockeros de los tiempos de la universidad, que se dedican al negocio de los viajes, a trasladar a gente de manera clandestina, a sacarlos del país. A. J. hizo un poquito de todo. No es que tuviera mucho peso en el movimiento. Ha sido más bien un correo. Un pagador. Según nuestra reconstrucción, ha tratado de venderse como jefe operativo de tal o cual unidad terrorista. ¿No se te antoja peligroso?

—Puede que esté en Canadá.

—Mira, Lyle. Si quieres que te diga la verdad, me importa un pijo. Te lo juro. Por lo que a mí respecta, es como si A. J. estuviera en Limbo, estado de Arkansas. Si te lo he preguntado es por pura curiosidad, por pasar el rato.

—Puede que esté en Canadá o camino de Canadá, no estoy seguro, no creo que esté muy lejos, pero creo que Canadá, fijo.

Las migas de pan salieron volando de la mano de la mujer. Una docena de palomas se acercaron a picotear. Burks-1 bajó la ventanilla con un bostezo. También bostezó Lyle a la vez que aguzaba la vista para leer la matrícula.

—Nos gustaría saber algo sobre Marina Vilar.

—Todavía quiere hacer algo en la Bolsa.

—¿Dónde se le encuentra?

—Ni idea, de veras que no lo sé. Yo diría que vive en su maldito coche.

—¿Quién está con ella, cuántos son?

—¿No sabes nada de eso por medio de Vilar?

—Yo personalmente, Lyle, no sabría decirte si Vilar es mexicano o si es sueco, pero todo lo que alcanzo a saber me lleva a pensar que está en condiciones de apuntarse a clases de macramé. Como una jaula de grillos. No se adapta nada bien a su actual entorno.

—Sólo sé de una posibilidad, de otra persona, y es probablemente el que fabrique el explosivo.

—Tendrá un nombre, digo yo.

—Luis Ramírez, seguramente. He dicho seguramente. No lo sé con certeza. J, más o menos indicó que falsificaba pasaportes. Ha pasado algún tiempo con grupos de otros países, caso de que exista, caso de que se llame así. Es posible que los tres tengan alguna relación de familia. Es algo confuso.

—¿Quién es J.?

—Kinnear.

—Ah, A. J.

—Tienes una información algo anticuada.

—Cuando dices tres, ¿a quiénes te refieres? ¿Los latinos?

—Correcto. Sólo que son suecos.

—No me parece que tenga ni pizca de gracia.

Burks le dio un número para que llamara en cuanto Marina se pusiera en contacto con él. Cuando alguien cogiera su llamada, debía darle su propio número de teléfono y luego facilitarle la información que poseyera. Todo el mundo le daba números o le proponía que diese números. Se le dan bien los números. No necesitaba anotar nada. Había desarrollado maneras de recordar, métodos que se remontaban a su más tierna adolescencia. Eran secretos trucos mnemotécnicos. No había nadie más que utilizara exactamente los mismos. De eso estaba seguro. Las fórmulas eran demasiado personales, estaban demasiado asentadas en su propia idiosincrasia, eran imposibles de duplicar.

—¿Hay alguna fecha de la que te acuerdes en especial? —dijo Burks.

—Ella no dijo cuánto. Ni la más mínima alusión. Tampoco sé qué clase de explosivo.

—¿Qué experiencia tienen?

—Algo hicieron una vez en Bruselas, e hicieron lo del aeropuerto de Alemania Occidental. Berlín Occidental, quiero decir. ¿Cómo se llama?

—Joder, pues no sé.

—Sea como fuere, le dieron al avión que no tocaba.

—Tuvo que ser el infierno.

—Se llevaron por delante el DC-9.

—¿Con qué?

—Con misiles.

—Tuvo que ser la leche justificar todo eso ante el mando.

Lyle se puso en pie. El Burks original respondió arrancando en motor.

—¿No se te exige por ley decirme exactamente a qué organización perteneces?

—Si tuviera la energía necesaria para levantar el pie, Lyle, se te exigiría recibir una patada en los huevos. Ahora mismo, ése es el único requerimiento efectivo.

En el parque, Lyle se plegó a la racionalidad estricta del volumen y el precio en todas sus ramificaciones. Una atención consumada era una característica positiva, una mirada mansa por todas partes, la cordura que residía en cuantas caras le salían al paso. Era un trabajo sólido, nítido y a veces incluso animado, muy del Viejo Mundo en cierto modo, los hombres reunidos en una plaza para tomar parte del intercambio verbal, abierto, a la vez que tomaban nota de las cifras con lápices, los operarios desconcertados ante la caligrafía del personal. El papel se acumulaba bajo sus pies. Corrientes secretas, pensó, recordando el concepto de dinero electrónico según Marina. Olas, sistemas, invisibilidad, poder. Pensó: *bip-bip-bip-bip-bip*. Uno de los *brokers* le dio un golpé en la cabeza, de broma, cual si fuera un combate de boxeo fingido. Lyle fue a la zona de fumadores y llamó a la sede de la empresa desde una de las cabinas, preguntó por Rosemary Moore. Le cogió Zeltner, colgó el teléfono. Fumó cruzado de brazos, dando brincos sobre los talones. Tenía un aura de sufrimiento viril, como si las cosas hubieran llegado a tal punto por el despeñadero del error que ya no podían expresarse de una manera verbal coherente, necesitadas de comentarios imposibles, de lágrimas o gritos.

—Bueno, Frank.

—El mundo sigue dando vueltas.

—Veo que te has afeitado.

—El mundo exterior.

—Aún sigue dando vueltas.

—Eso es obvio incluso para mí.

—Es buena cosa que dé vueltas —dijo Lyle—. Si no, no reinaría esta quietud. Necesitamos ese movimiento, ves, el fluir exterior, para seguir estando sanos y a salvo.

—A eso cuesta acostumbrarse.

—Porque nunca te lo dicen. Tus papáitos, digo. El vejete. Ya sabes, dándose un tirón en los tirantes. Nunca te lo dijo.

—¿Y yo dónde quiero estar, Lyle?

—Dentro.

—Respuesta correcta —dijo McKechnie.

—Oye, sobre la llamada que te pedí que hicieras. Da lo mismo. No te lo tendría que haber pedido. Todo está en su sitio.

—No me digas nada.

—Todo en orden. Nada que decir. *Finito*.

—Es que no te podría conceder toda mi atención, Lyle. ¿Sabes?

—Es un asunto religioso, Frank. Pronunciar ciertas palabras, los nombres de ciertas personas. Es un asunto profundamente personal.

—No sé de qué me hablas, pero estoy de acuerdo.

—Toca el nervio en los rincones más secretos.

Kinnear ya parecía muy distante en el tiempo y en el espacio. Las dos visitas de Lyle a la casa de madera gris eran puntos de niebla, casi míticos, el cuarto de estar y el patio, el arsenal del sótano. Era como si hubiese oído una descripción de esas zonas sin que supiera quién la hacía, como si jamás hubiera estado en ellas, físicamente, en persona, rascándose las costillas, con la garganta seca. Rebuscó en su memoria los detalles del lugar, cierta sensación de la textura y la dimensión. No había mucho más que Kinnear, con sus pasos almohadillados, sus rasgos faciales perfectos, su cabello de extraño color. Sus arrugas amistosas cuando sonreía. Su voz, madura y profesional: dos créditos, no obligatorios. Iba reduciéndose la serie de acontecimientos, su propia participación, a ese único elemento, la voz de J., las olas que la transportaban, emitidas desde algún lugar remoto.

Volvió a llamar esa noche. Cuando sonó el teléfono, Lyle supo de inmediato quién era: J., y sintió un profundo alivio, como si temiera verse abandonado en manos de Marina y de Burks, expulsado a las categorías menos nítidas de la realidad. Hablando sin inflexión de ninguna clase, sin malgastar palabra, Kinnear recordó a Lyle que le había dado un número de teléfono para utilizarlo sólo cuando él, Kinnear, se lo indicase de manera específica. Antes de colgar, añadió que los tres dígitos del número del telegrama recibido por Lyle eran el prefijo, sólo que del revés.

Lyle se cambió de ropa sin saber por qué. Tomó un taxi, luego recorrió a pie varias manzanas, hasta Grand Central. Cambió cuatro dólares en monedas pequeñas y entró en una cabina.

—Creo que estamos operativos.

—Y eso significa...

—Dos o tres días libres, si te lo puedes permitir.

—¿A empezar cuándo?

—Pasado mañana.

—No hay problema.

—Calcula tres mil quinientos dólares.

—¿De qué forma?

—No hay límite a la cantidad en metálico que puedas llevarte al atravesar la frontera.

—He vuelto a hablar con Burks. Burks ya no tiene ningún interés. Lo cual tiene su lógica. Tenían a un informador y lo han perdido. No hay motivo para que nos echen los perros.

—Y una mierda —dijo Kinnear.

—Marina, no creo que sea capaz de encontrarte. Bastante tiene con hacer que alguien ensamble algo que haga ruido cuando le prendan fuego.

—Lyle, van a por mí.

—Cierto.

—Es muy capaz. Marina es muy capaz. La policía secreta sabe cómo me llamo. Saben cuál es mi historial. Les encantaría una charlita, ésa es mi impresión.

—En serio me lo pregunto.

—¿Estamos operativos, sí o no?

—Pero sí van a por ti...

—Exacto.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Imagina que con tres mil quinientos compro documentos, billetes para viajar, cubro mis necesidades durante una temporada.

—No me digas.

—Sólo el tiempo necesario para comprar papel. El nombre y los números requeridos. ¿Y si viajo en un carguero?

—¿Luego qué?

—¿Para un tirado como yo?

—Volverás, te lo garantizo.

—Podría ser, Lyle.

—Burks dijo algo de Nueva Orleans.

—Ves, te lo dije, lo saben.

—No es mucho, J.

—Han dedicado mucho tiempo a seguirme. Saben a quién y cómo azuzar, de veras lo saben. Maldita sea, hablaron de Nueva Orleans, ¿sí o no? Hace ni me acuerdo cuánto de aquello. Como tres o siete vidas.

—Burks dijo algo interesante.

—¿Qué dijo?

—Dijo Oswald.

—¿En serio?

—Dijo Cuba, papeles echados a faltar, no sé.

—Son buenos —dijo Kinnear—. Le dedican tiempo.

—¿Quiso decir Burks que tú conocías a Oswald antes de Dallas?

Los dos se echaron a reír. Lyle se volvió hacia la hilera de las cabinas. Una estaba ocupada por una mujer negra, de mediana edad, con un vestido de lunares.

—A lo mejor podemos hablar de eso en otro momento.

—En lo que se refiere a la pasta, Lyle, no sé si podré devolvértela.

—No es problema.

—¿Es problema? Porque si lo es, Lyle...

—Olvídalo.

—Lo dejé estrictamente en los huesos. Ése es el mínimo minimísimo que necesito para abrirme. No te pido ni diez centavos de más.

Hicieron lo preciso. Lyle salió de la cabina y echó a caminar por Lexington. Era

tarde. Un coche viró hacia él cuando subía a la acera. Frenó, un hombre de treinta y tantos, demasiado adelantado en el asiento, la cabeza girada hacia Lyle, inquisitivo, una mano entre los muslos, hinchando la tela y todo lo que hubiera bajo ella. Quedó claro que se trataba de una presentación. Lyle, directamente bajo la luz de una farola, evitó su mirada y concentró la suya por encima del coche, como si viera algo ineluctable en una ventana de la tercera planta, al otro lado de la calle, hasta que el coche por fin se fue.

Pammy salió a la terraza. Ethan aún trataba de aclararse la garganta, de pie ante la balaustrada, con una taza de café. La mañana estaba luminosa y cálida, ya pasaba de mediodía. Jack estaba en el otro extremo, apilando la leña. Cavidades nasales, membranas de los senos. Ella entró, se puso una taza de café y volvió a la terraza. Se sentó en la balaustrada, con la cabeza bien alta, la cara ya en un plano inclinado.

—Pero... ¿no te encanta? —dijo Jack—. Todas las mañanas lo mismo. Siempre exactamente igual. Como si no hubiera nadie alrededor. Tose, carraspea, escupe, señor Esputador. Cualquiera diría que hace algo.

—Alivio rápido. Respira hondo, no te atosigues.

—Joder, por Dios, es que no veas, esto es lo que oigo cada mañana, todas las mañanas, sin respiro.

—Me gusta toser —dijo Ethan—. Y carraspear me gusta más. Es una de las últimas huellas distintivas de la presencia humana y sensual en el planeta. Me gusta esputar.

—Es igual que el metro, a las dos de la mañana, te dan ganas de echar la pota.

—No, no.

—Te entran arcadas.

—Carraspear es a una arcada lo mismo que un haikú a una carrera de patinaje.

—¿Cómo es posible que hables por la mañana? —dijo Pammy—. Mira que ponerte a trazar similitudes, analogías, proporciones, nada más levantarte, sin que importe la idiotez que representa... Yo apenas consigo abrir la boca para dar un sorbo.

—A mí me gusta sentir cómo se desprende la mucosa.

Entró y se hizo unas tostadas. Después, Pammy fue caminando hasta el pueblo de la Isla del Ciervo, seguida durante medio kilómetro por dos perrazos, y compró unas postales y algunos comestibles. Por el camino de vuelta la acompañó un buen trecho una chica en bicicleta, que respondió a todas las preguntas de Pammy con una o dos palabras, antes de internarse por un camino con baches que llevaba a una bonita casa antigua. Pammy se percató de que sonreía ante la casa, tal como había sonreído antes a la chica, y antes aún a los perros. Resolvió abstenerse de emplear esa sonrisa idiota y animada.

—¿Y Ethan?

—En Stonington, de compras.

—Yo acabo de hacer la compra.

—Él quería pescado.

—No le vi pasar. Supongo que estaba en el mercado.

—¿Qué te apetece hacer?

—¿Vamos al prado? —dijo ella.

—No hay nada que hacer.

Caminaron por la playa. Jack iba descalzo, a paso ligero entre las rocas, aguantando unos leves dolores furtivos, la cabeza agachada, las manos bien separadas de los costados. Era un poco más bajo que Pam, la fuerza de su cintura escapular y de sus piernas fácil de discernir por la camiseta y los tejanos cortos que llevaba. Ella lo siguió para rodear una gran roca que sobresalía, tratando de juzgar hasta qué punto eran resbaladizas las piedras mientras avanzaba a saltos, con cuidado, de una a otra, rozando las olas. Caminaron otro centenar de metros hasta unas escaleras de madera que ascendían a un prado anchuroso, en algunos trechos la hierba alta hasta la cintura. Había un cartel: propiedad privada. Era un cuadrado de pasto, cercado de árboles por tres lados, la bahía al oeste. Pammy se tumbó y se desabrochó la camisa. A esa hora, el sol alcanzaba prácticamente todos los rincones del prado.

—Ya no estoy abatida.

—La hierba pincha. No es como la de las películas.

—Se nos ha olvidado el queso, la fruta, el pollo, el pan y los dos tipos de vino.

—Yo antes pensaba en la hierba e imaginaba un picnic —dijo él.

—He estado abatida en secreto. Ahora lo puedo contar. Quería ligar un bronceado agresivo. Vine aquí en busca de eso, ni más ni menos. Un intenso bronceado. Las señoras de mediana edad a veces lo consiguen. Es como si se te pusiera la piel tan apergaminada y tan bronceada que casi rozase el negro. Ese aspecto de cocción que se tiene a veces. Como si te sintieras inmensamente sana, fenomenal, pero te parecieras más bien a un ser, cómo explicarlo, quién es ese desenterrado con esas arrugas tan raras. Yo quería hacerlo una vez en la vida, pero como soy idiota no me di cuenta de que éste no sería el sitio adecuado. Por eso me voy a relajar y voy a superar mi abatimiento, y conseguir lo que se pueda, un tenue tinte rosado.

—Buena suerte.

—Túmbate en la hierba.

—Es que está llena de cosas.

—Vamos, Laws, tiéndete, sé uno, fúndete.

—Me dices que me una a la hierba.

—A la tierra, al terreno.

—A la tierra, al ser, al tacto.

—Fúndete —dijo ella.

—El aire, los árboles.

—Siente el viento.

—Las aves, volar, mira.

—A la, pico.

—El sonido que emiten, las llamadas.

—Allá en el cielo.

—Son sonidos, charlas.

—Gaviota blanca, mucho aire para batir las alas.

—Anda, vuela sobre el agua ancha y llega a la tierra de Mamu, el oso.

Se incorporó un instante para quitarse las playeras, se desabrochó los tejanos, se los quitó con la ropa interior dentro, se los deslizó hasta los pies, un rechazo ejecutado a pedir de boca, para sacar el cuerpo al final de la camisa, que dispuso bajo ella antes de tumbarse de nuevo con los brazos pegados a los costados. Jack se puso en pie para desvestirse. A ella le gustó verlo recortado contra el cielo, definido de ese modo, nítido, sin estorbos, los tonos de la carne una perfecta compensación, una gradación sardónica y rebajada, de ese azul tan extravagante. Un tópico, pensó ella. El cuerpo musculoso contra el cielo. Imágenes fascistas de porno blando, habría dicho Ethan. Pero qué caramba, tiene gracia mitificar las cosas.

—Desvestirse.

—¿No te encanta?

—¿Qué tendrá el desvestirse, aparte de salirse de la ropa que uno lleva?

—Lo sé —dijo ella.

Levantó una pierna, procurando rozar el testículo izquierdo de Jack con el dedo gordo del pie. Él se cubrió fingiendo con ironía estar espeluznado, y soltó un chillido. Brisa ligera.

Yacieron uno junto al otro, comenzaron a sudar un poco, de manera satisfactoria, a medida que el día alcanzaba su momento de máximo calor. Ella se incorporó apoyada en un codo, mirándolo. La hierba era todo un problema. Picaba, se clavaba en la piel.

Había de ser un acontecimiento sereno, sexo placentero, llevadero, facilísimo, entre amigos. La tensión que existiera quedaría blandamente rebajada en un mutuo apaciguamiento, un endulzamiento, clemente hasta sobrepasar el filo de la extrañeza, las incoherencias aparentes. El niño que Jack en el fondo era, eso iba a buscar ella, el inocente estrellado, desviado, desarraigado, dado a las visiones. Tenía que ser un acontecimiento preñado de simpatía.

Ella le rozó la barriga con el dorso de la mano. Jack la miró con cuidado, sondeando sus intenciones, como una pregunta que se formulase a las almas de ambos, la armadura, el meollo del respaldo, de su libre discreción respectiva. Le puso la mano en el hombro y la bajó a lo largo del brazo, hasta que se encontró con su mano. No es que la guiase, sino que más bien la acompañó.

Durante un rato fueron un conjunto de humores con ganas de jugar. Garabatearon cada uno en el cuerpo del otro. Se tocaron con respeto reverencial. Investigaron la meticulosidad con que las personas tratan de zafarse de años de privación emocional y sensorial. Por fin, los dos parecían decirlo al unísono: se nos permite resolver este misterio. Eso formaba parte del principio de infantilismo que ella quiso establecer como nivel de percepción reconocido por ambos. Con una curiosidad ligeramente piadosa, los dos manejaban, planeaban. Era la elaboración de una idea común, del

amante de las fantasías. Eran los dos lentos y concienzudos, tratando de ponerse a la par del *tempo* de sus invenciones respectivas, puramente mentales, las manos que buscaban una plástica consistencia.

Ese intervalo no tardaría en pasar, esas abstracciones a media tarde, el manso amor al tacto, la superficie misma de contacto.

Jack se sentó de costado, apoyado en el brazo izquierdo, la pierna izquierda extendida y la derecha flexionada. Pammy se arrodilló apoyada en su cadera, en el hueco hondo formado por la cadera misma y el muslo curvo, una mano en su regazo, agazapada, inmóvil, la otra acariciándole la cabeza, la nuca, el mechón, la blanca señal de algo, el secreto tribal de Jack, su sentido, lo que tan prístino lo hacía ser. Con una pose casi clásica sobre la hierba, mantuvo la cara alejada de ella. Extraña la blancura antinatural, el tono puro de tiza, parecía, molida y mezclada con agua, la suerte de defecto transformador que hace que algo (por decirlo con tosquedad, pensó ella) suba de precio. Repasó la zona con el pulgar, pocos centímetros cuadrados, sintiendo cómo el cabello volvía a su sitio a su paso. Lo tenía bien cortado y mejor peinado, de una textura inequívoca.

Él se puso en pie y se plantó sobre ella, Jack con su polla enhiesta, trozos de hierba y de tierra pegados a la parte inferior del cuerpo.

De espaldas, llevó los pulgares a sus pezones. Tenía la cara colorada y húmeda, y parecía hallarse en un estado intermedio, parecía preguntarse, maravillado, o parecía haber olvidado algo.

Tras él, de costado los dos, ella se adelantó y elevó la pierna de él por encima de las suyas. Hubo un mínimo colapso en el formato y ella se acomodó bajo él, apoderándose de todo, tratando de abrirse camino, de cancelar toda diferenciación entre las superficies.

Se puso de nuevo a horcajadas sobre el pecho de él, las rodillas hincadas en sus sobacos. Le obligó a pegar más los brazos a su cuerpo y se encajó, empujó con las rodillas, desequilibrada, llenándose, adentrándose, tensándose, entrelazándose.

El aspecto y carácter de las zonas corporales, los nombres, la líquida fricción. Tenuemente ella buscó frases que designaran tales configuraciones.

Boca abajo sobre su propia camisa, notó las manos de él presionarle las nalgas, redistribuir la masa, abríselas para deslizar la polla sobre ambos bordes de la mella. Ahí, a saber cómo, el objeto que desprendía energía era su camisa. Logró levantar la pelvis a duras penas, contrapesando la presión gravitatoria de su cuerpo, y metió la mano bajo la camisa, bajando entonces el cuerpo encima, despacio, el brazo izquierdo a modo de palanca, la mano derecha aferrada a la camisa, metiéndose un puñado entero en la entrepierna. Jack se fue cuando ella cerró las piernas sobre la camisa y rodó de costado, con las rodillas levantadas, la camisa colgada de la hendidura en la que se habían unido sus muslos.

Así, derecha e izquierda. La pierna, el dedo índice, el testículo, un pecho. Así, cruzándose por encima. El reacomodo de partes distribuidas al azar en algo hecho o

improvisado por ambos. Por un tiempo parecieron los factores esenciales: la colocación, el peso, el equilibrio. El significado de la derecha y la izquierda. Las transposiciones.

Cruzado de piernas, Jack miraba. Ella se refrotó repetidas veces la camisa entre los muslos, aflojando la tensión de las rodillas con la presión y la fricción quirúrgicas. Se abrió entera hacia él, un punto paranoico, respirando cual si la meciera una corriente transversal de agotamiento y de necesidad, vacíos sus ojos de intención.

Ya había dejado de ser un acontecimiento diseñado para sorprender los placeres conocidos. Él se acercaría a ella y ella le tendería la mano a ciegas. Se pisarían el uno al otro, ella con la mano sujeta a la nuca de él. ¿Quiénes eran, tumbados de ese modo el uno sobre el otro, reencajándose, apretándose, comenzando a funcionar de nuevo? Su cuerpo de nadadora se arqueó contra el de él. El Jack de Ethan y Pam. De vez en cuando, ingrávida, pudo rasgar el velo y penetrar el otro lado, estudiar su propia implicación, prácticamente liberada de todo pánico, de la manipuladora administración de su propia sensación de lo adecuado, de lo que concuerda en la observancia de la razón. Duró sólo unos segundos. El resto fueron tinieblas, una obturación de la luz sobre temas extraños. Ella quiso darle salida en largos mecimientos, campanadas. Lo que le acometió, la indecible ordalía de ese placer, evolucionaría sin intervención ninguna, una secuencia que la transportase, consistente en quedarse atrás y en recobrar acto seguido el terreno perdido con su propio cuerpo, su transcurso preventivo, la exaltada violencia de sus sentimientos, los reabastecimientos que abruman el mortal faenar de los sentidos, empapándolos de los misterios de los músculos y la sangre. Ese segmento de terminación fue «factual», de un solo sentido, y ella lo iba a cerrar, aplastar, saciar, con un acceso de hipo.

Jack estaba sentado sobre la hierba, siguiendo con la mirada un ave de gran tamaño, un cormorán seguramente, que trazaba un arco sobre la bahía. Pammy se vistió mirando a Jack, preguntándose para sus adentros por qué estaba tan pendiente de él. ¿Era porque lo que habían hecho tuvo menor efecto en ella que en Jack? ¿Era por pensar que Jack podría irse de la lengua? ¿Era por suponer que Jack estaba molesto, que ya se estaba arrepintiendo? Tenía el cuerpo dolorido casi por todas partes. La tierra misma le había dolido. Maldito terreno. Se preguntó si llegaría a tornarse tan compleja como para que alguien le preocupase sin tener en consideración las razones posibles de ese concernirse.

—¿Y mis zapatos?

—No traías zapatos.

—No vine con zapatos, cierto.

—Te lo digo de veras.

—No vine con zapatos —dijo él.

—Lo cual explica cómo tienes los pies.

—¿Cómo, con cortes?

—Magullados —dijo ella.

Él se vistió y empezó a andar a la pata coja mientras se examinaba el otro pie. Pammy estaba arrodillada, atándose la segunda zapatilla. El esfuerzo de ponerse en pie se le antojaba excesivo.

—¿Por dónde volvemos?

—No sé, pero supongo que más vale que echemos a andar.

—Supongo —dijo él.

—¿Y qué decimos?

—Que estuvimos aquí, si es que lo pregunta.

—Dimos un paseo.

—Estamos, cómo diría, un poco alborotados.

—Mira, un crucero.

—Dimos un paseo hasta el prado.

—¿No lo ves, con sus tres mástiles? No te apures. Dimos un paseo, eso es todo.

—Claro, tal que así.

—Pues sí, tienes un par de arrugas en la camisa. No pasa nada, Jack.

—Qué hipo.

—¿Por dónde?

—¿Fuimos al prado y qué? Nos hemos pasado todo el tiempo mirando un crucero.

—No hay problema, Jack.

—No, para ti no lo hay.

—Mira, estuvimos hora y media haciendo chipi-chapa. Saqueamos un cementerio. ¿Qué más da? No va a interrogarnos, te lo aseguro. Apaleamos a los cachorros de foca hasta matarlos, para quedarnos con sus pieles.

—Ethan es responsable de mí. Está deseoso de serlo. Lo acepta.

—Jack, no pasa nada.

—No tengo humor para armar ahora un jaleo con Ethan. Él lo acepta, sea lo que sea. Mi vida entera. Está deseoso de ser responsable.

Ella cayó en la cuenta de que se le había puesto una cara, fugazmente, mientras miraba el crucero, de sonrisa idiotizada. Echaron a caminar por el bosque, encontraron el camino de tierra sólo tras cierta confusión, un breve desacuerdo sobre los hitos del terreno.

Después de la lluvia, Pammy se sentó con Ethan junto a la chimenea. Desde ese ángulo, arrellanado en su sillón, parecía haberse dormido. Se alejó de la fuente de la luz y abrió una puerta lateral sólo lo justo para asomarse a la noche. La fuerza contenida, el ramalazo del pino húmedo, bastó para sobresaltarla. Se veían por allí cerca algunos puntos de bioluminiscencia, gotas de luz abdominal. Le llegó un tenue olor a descomposición desde la bahía. Al deslizar la puerta corredera para cerrarla, notó en el acto el calor en la cama. La conciencia se le había caído a capas, volvió a su asiento. Ethan se levantó sólo para reavivar el fuego. El tronco siseó.

—Esta noche no sé que te pasa en el pelo. Lo tienes muy negro y reluciente. De

una calidad japonesa. La luz, el modo en que te da.

—A juego con mi boca de alemán.

—Tendrías que hacerte un moño.

—¿Cómo se llamaba aquel samurai?

—Tendrías que probarlo, Ethan. Un moño. Incluso en la oficina.

—¿Acaso emito una suerte de amenaza feudal? Alargó la palabra «feudal». Jack entró entonces. Se quitó el jersey y lo echó sobre el respaldo de una silla. Se sentó en las losas cercanas a la chimenea, que la rodeaban por espacio de algo más de un metro, la mirada clavada entre los pies. Habló en voz comedida, una fusión de insinuaciones de fatalismo y de cansancio estudiado. Hizo pausas para respirar hondo.

—Lo he vuelto a ver. Cerca del coche. Hay un claro entre los árboles. Estaba allí. No sé, a menos de cien metros. El mismo de la otra vez. Quizás no tan brillante. Verdoso. El mismo verde. Lo vi desde cerca del coche, justo encima de la bahía. Una luz verde azulada. Algo sólido detrás. Un objeto. La luz resplandecía, titilaba, de modo que era difícil precisar sus perfiles. Pero era sólido. Lo supe. Me lo dije mientras estaba allí de pie. Esta vez puse más empeño. El color, la forma, estuve concentrado. Dije: «No te muevas, no desaparezcas». Ni siquiera moví la cabeza. No recuerdo haber parpadeado siquiera. Entonces se hundió un poco, se deslizó y, alejándose por la bahía, hacia el sur y el oeste, se hizo más pequeño. Los árboles no me dejaron verlo, así que fui corriendo a la orilla y aún lo vi. Sólo la luz, azul verdosa, empequeñeciéndose. Nada sólida. Pero antes sí lo era. Me dije: ahí está, indudable. Luz que emana de un objeto. Ahí hay algo.

—Un helicóptero de color turquesa —dijo Ethan.

—El modo de abordar esta cuestión —dijo Pammy— es hacer una lista de las posibilidades racionales que lo expliquen. A ver cuáles se pueden eliminar, a ver con cuáles nos quedamos.

—No hay problema. Es un helicóptero de color turquesa. El turquesa es el color del estado de Maine.

—Era un helicóptero de la policía.

—Claro. Aclarado el misterio. Patrullaba por la bahía.

—Patrullaba por la bahía a la caza de ovnis.

—Tengo entendido que se han avistado algunos.

—Me da lo mismo —dijo Jack.

—Lo cual enlaza con el lema del Estado.

—Turquesa para siempre —dijo ella.

—No, es: en turquesa confiamos.

—Pero eso no es más que una posibilidad racional.

Tendríamos que enumerar muchas. Al menos, dos. Son los criterios del gobierno.

—Una paloma de color turquesa.

—No, no, vamos, tiene que ser distinto.

—Una paloma de color turquesa, de catorce toneladas de peso, que respiraba jadeando.

—Adelante —dijo Jack.

—Unidos en la verdad, la justicia y la turquesa.

—*E pluribus turquesa.*

—Tiene que existir al menos otra posibilidad —dijo ella—. Este hombre dice que lo ha visto. Lo suyo es que hallemos otra interpretación.

—El fuego de san Telmo.

—¿Qué es eso?

—Yo sólo le pongo nombre a las malditas cosas. ¿O es que además tengo que darles explicación?

—No has explicado el helicóptero de color turquesa. Y eso que sabía lo que querías decir.

—Es una descarga eléctrica. Un fenómeno que se produce antes, durante o después de las tormentas. No lo sé, escoge dos opciones. Ya lo veis: es que desconocéis las referencias. Tus años de juventud fueron abortivos, Pammy, chávala. Yo podría decir: una camisa con cuello de Mr. B. Y tú no tienes ni pajolera idea, ¿a que no? Fulano se ha puesto una camisa con cuello de Mr. B.

Jack se encaminó al piso de arriba, llevándose el jersey al pasar por la silla, arrugado en una mano, rozando con un brazo de color herrumbre el borde de cada peldaño. Empezó a llover de nuevo. Pammy examinó una hilera de libros de bolsillo apilados en un amplio estante, entre el televisor portátil y la pared. Misterio, detectives, misterio, espías, sexo, misterio. Los libros eran viejos, de color sepia en su interior; las páginas se desprenderían con un limpio chasquido. Ethan se sirvió una copa y volvió a su silla. Despacio, midiendo sus pasos como un soldado de juguete, caminando sobre los talones, se llegó hasta la chimenea y se sentó donde antes estaba Jack, una posible muestra de remordimiento.

—¿Está muy enojado? ¿Cuándo?

—Durante toda su vida, Jack se ha sentido prescindible.

—Las pequeñas cosas le enojan.

—Se toma cada cosa como una acusación, un desaire. Luego, a su vez, acusa, a menudo en privado, y luego se larga hasta que se le pase el enojo. Creo que condena su entorno como el que más. Ve a las personas en un marco. Hay sitios mejores que otros, claro. En algunos se siente reducido, disminuido. No tiene una sensación clara de sí mismo, creo yo. Supongo que hubo sitios así en todo momento, antes, a lo largo de su vida. Los parientes y demás. Ahora, las personas son meras manchas borrosas.

—Hay veces en que casi se le ve cómo le funciona la cabeza. Va de acá para allá, afanándose. Se ve que hace sus estimaciones, calcula las ventajas.

—Hay gente que tiene una mentalidad clandestina.

—Se afana como loco.

—Otros son de natural abierto, generoso, humano.

—Por ejemplo, nosotros.

—Tú y yo —dijo él.

En medio de la noche ella oyó los árboles, ese sonido del oleaje que causan los fuertes vientos. Había alguien en el cuarto de estar, un fuego. Se levantó de la cama. Jack estaba sentado en el sofá, las manos entrelazadas en la nuca. Abrió la puerta un poco más y ladeó la cabeza de manera precisa. Conciliación. Permiso para personarse. Él seguía sujetándose el cuello como si estuviera a punto de hacer flexiones. Ella se sentó en la cama. Cuando él pasó por delante, media hora después, para subir al piso de arriba, ella estaba en la puerta. Instintivamente creyó que el contacto hace cualquier cosa posible. El más leve contacto. Le tocó el antebrazo con la mano. Apenas lo rozó. Suficiente, pensó ella, para restaurar la tarde compartida.

—Entra.

—Nos va a oír.

—¿Todo bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Jack, entra.

—Nos va a oír, te digo.

—Te quiero ver desnudo.

—Olvídate, no, imposible.

—No se enterará.

—¿Y yo dónde me quedo?

—Jack, hagamos el amor.

—¿Y yo dónde me quedo, repito?

A lo largo de los días que siguieron, se percató de que Jack nunca llegaba a terminar sus frases, de que la última palabra que decía quedaba abierta a una especie de ruido sostenido, que combinaba elementos de suspicacia, resentimiento, protesta. Esa voz tan suya, tan neoyorquina, con variaciones, sustituyó con eficacia la neutralidad factual que había empleado en su informe sobre el ovni.

Fue a comprar antigüedades con Ethan. Jack no quiso ir con ellos. Para tapar la ausencia encontró motivos para reírse casi a cada paso, al sopesar las piezas de cerámica, el cristal de roca, con una histeria apenas contenida. Ethan procuró ponerse a la altura. Estiraba una comisura de la boca, dejando a la vista un diente de oro, y resoplaba por la nariz, risas cortas, espesas. Cuando volvieron, Tack estaba tras el mostrador de la cocina, lavando un vaso.

—¿Qué hay en la despensa? —dijo Ethan.

—¿Pues qué va a haber?

Ella vio llegar a Jack con los prismáticos, por el camino de la playa. Las ramas de los árboles desdibujaban el primer plano. Bajó los prismáticos cuando supo que ya podía oírla.

—¿Está enfadado Mamu el Oso? —dijo.

En la cama, aguzó el oído para precisar los débiles gritos que llegaban de la

habitación de ambos, sollozos borrosos. Pasó un coche por el camino. Empezaba a hacer frío, pero estaba más allá del punto en que podría armarse de valor para salir de la cama e ir al armario a buscar otra manta. Estaba aproximadamente diez minutos más allá de ese punto.

Ethan hizo un chiste absurdo sobre los círculos blancos que se le habían puesto en los ojos, resultado de que Pammy se dejara las gafas de sol puestas mientras seesteaba en la terraza durante casi toda la tarde del día anterior. Jack le siguió la corriente. Fue el tema del día. Ojos blancos. La maravilla enmascarada. Panecillos y salmón. A ella no le pareció que diera de sí para todo un día.

Cuando el hombre de una heladería le preguntó qué sabor quería, respondió: «Caracol». Ni Jack ni Ethan se echaron a reír. Era su turno de hacer piña.

Tugó al tenis con Ethan. Él dio un raquetazo contra la valla protectora, se negó a contestar cuando ella le preguntó si se había hecho daño en la rodilla. Pammy tuvo el golpe de inspiración de recordar el local de la calle 14 Oeste, el suelo maloliente, a gimnasio, la trivialidad balsámica del claqué.

Ethan comenzó a usar frases hechas para provocar la risa, las mismas una y otra vez. «Malla de cuerpo entero». «Sostén de entrenamiento». «Guiños de anfitriona». «Hopatcong, Nueva Jersey». «Con la actuación estelar de María Montez, Jon Hall y Sabu».

Hicieron en coche et largo trayecto hasta Schoodic Point. Jack iba en el asiento de atrás haciendo ruiditos de pájaro, la boca fruncida, el labio superior temblequeante. En una recta cerca de Eilsworth, Ethan se volvió y, sujetando el volante con la mano izquierda, trazó un amplio arco con la derecha para soltarle un bofetón a Jack.

—Sabe que detesto ese ruido.

Salieron a la escueta repisa de granito, a ver batir las olas con gran impacto. Al este, el cielo iba oscureciéndose, una agitación inmensa y polvorosa, como de sedimento. Ethan bajó hasta un punto más cercano al mar. A Pammy se le hacía imposible soportar la fuerza del viento. Le golpeaba con humedad, le picaba la cara, tenía que cambiar de postura a cada paso, apostar todo su peso contra el embate de las rachas. Volvió al coche. Veinte minutos después la siguió Jack. Vio pesqueros que habían salido a la langosta y que volvían a puerto entre rebaños de borregos.

—Las olas, Dios del cielo.

—¿De veras lo viste?

—¿El qué? —dijo él.

—El ovni.

—Dos veces.

—Yo te creo.

—Esta vez se acabó, me marchó. Tendría que haberlo hecho hace años. Esto no es vida.

—No haces más que decir Ethan. Ethan está deseoso de ser responsable de tu vida.

—Esta vez no, No lo he dicho, fíjate bien. Ni siquiera he dicho su nombre.

Obviamente, ella había empezado a desconfiar de su afecto por Ethan y Jack. Un sitio se estaba vaciando de contenido, se ahuecaba, un lugar aislado, al cual irían a parar todas las lealtades cambiantes de la semana pasada, los resentimientos que resurgían a diario, todos los comentarios revueltos, los pequeños desdenes que no parecía capaz de olvidar y el modo en que ponían a prueba la vulnerabilidad del prójimo, las improvisadas, momentáneas guerras libradas en subterfugios. Se le ocurrió que ésa era la vida secreta de la implicación que tenían los tres. Siempre había estado presente, necesitada sólo de ese período de proximidad dilatada para revelarse. Deslealtad, rencor, mal humor.

Vio a Ethan acodarse en la balaustrada. El cortavientos de nylon parecía a punto de desgarrársele del pecho. El mar estaba a trozos de colores muy raros, aunque bello, del verde blancuzco de las manzanas.

Tampoco era para tanto, a decir verdad. Demasiada estrechez durante demasiado tiempo. Sí, eso era todo. Guerras libradas en subterfugios, Dios del cielo. No se trataba de eso, ni por asomo. La implicación de todos con todos tenía su propia vida secreta. Aprensiones, mezquindades, suspicacias. No seas tan trágica, tan concluyente. Todo volvería a su ser, con toda facilidad, en cuestión de semanas. Eran amigos. Ellos dos tendrían ganas de encontrarse una próxima vez con ella. Al margen de lo de Jack. Eso quizás llevara más tiempo.

En medio de un tráfico intenso, un verano de máquinas resacas, miró a la vera de la Ruta 3 y encontró un campo de minigolf, atisbos de tres chiquillos que subían una pequeña loma, con los palos al hombro. Se decidió que Jack iría en busca de una estación de servicio, un taller, un teléfono, lo que fuera más accesible. Jack no estaba muy por la labor. Jack prefería atar un pañuelo a la manilla de la puerta y esperar a que alguien parara a ayudarles. Ethan y él se quedaron detrás del coche, discutiendo. Pammy se sentó en la aleta, los ojos entornados para protegerse de las velocidades dispersas, del caos y el estrépito de los camiones pesados. Los chiquillos se habían puesto meticulosos y solemnes, medían el suelo a palmos, precisaban la longitud de los palos, claramente influidos por lo que habían visto en televisión o en el club de campo. Discutían de un modo interminable, cabizbajos como los miembros de una tribu nativa. En la pista había molinos de viento, puentes cubiertos, todos los placeres al uso, pero a escala reducida. Algo había en la hora, la bruma de la tarde, el humo del tráfico, o los propios vehículos interpuestos, algún truco de la distancia, por lo que el espacio parecía compactado, los chiquillos (desde el punto de vista de Pammy) aislados limpiamente de cuanto se extendía en derredor, el follón de las caravanas, las lápidas, los sitios de comida rápida. Creyó que no le sería difícil mirar aquello indefinidamente, observarlo, sin que nadie la viera. Uno de los jugadores alcanzó la bola doblándose por la cintura de manera mecánica, una pierna adelantada, la otra al suelo, un juguete abstracto. Se sintió a sus anchas sentada en la aleta, a pesar del ruido y del movimiento entrecortado y del paisaje tosco. Las voces de sus amigos a

veces le llegaban sueltas, gritos descoyuntados, empequeñecidos ante el flujo constante de penas. Tenía todo un historial si se trataba de ser feliz en sitios raros.

Lyle lo dejó todo sobre la cómoda. Cuando sonó el teléfono no quiso contestar. Ya se había fijado ciertos márgenes de tiempo. Había que observar ciertos límites, demarcar los matices de la conducta. Un tenue ramalazo de electricidad estática podía trastocar el delicado programa que había establecido, una estructura cerrada de abandonos y destinos.

El permiso de conducir, cheques de viaje, tarjetas de crédito, libretas (2), llaves, reloj, mapa de carreteras, callejero, bolígrafo, cartera, dólares americanos (4.000), dólares canadienses (75), tabaco, cerillas, chicles.

Resultó ser Kinneer, una sorpresa. Privado de todo, salvo de su valor fonético, J. había dejado de ser una influencia reguladora, un control en cierto modo, que aportase sus criterios técnicos, que Lyle no había tardado en percibir. La conexión era buena, su voz sonaba cálida, persuasiva, timbrada y distinguida, un tono de incontables detonaciones pequeñas, como un altavoz de un equipo de música pegado a la oreja de Lyle, razonable, muy cercana.

—He pensado en ciertos aspectos de nuestra implicación, Lyle. Por ejemplo, la Bolsa, nuestra amiga Marina, el plan o planes que puedan estar en curso. Se me ha ocurrido que quizás no te sea tan fácil como crees el desembarazarte de todo. Permíteme decirte una cosa: no dejes que se llegue al punto en el que, vayas por donde vayas, te espere el vacío en estado puro, una caída en toda regla. Si dejas que las cosas vayan demasiado lejos, sucederá de manera literal esto de ser el sucesor de George, pero con los mismos, deprimentes resultados. Recuerda, George creía que se había puesto en relación con manipuladores monetarios, coaliciones de banca ilegal. Tú juegas con ventaja. También tienes una vía de escape limpia. No quiero decirte nada más. Marina es muy capaz. Puede llevar las cosas hasta el punto en el que vayas por donde vayas, Lyle, igual te va a dar.

—Nunca me he propuesto llegar a ese punto.

—Tú viste el sótano. George no. Aprovéchate.

—Sabía hasta qué punió.

—Estas cosas de verdad se disparatan, Lyle, cuando se ensamblan como es debido. No se llega a nada. Es otro acontecimiento mediático. Mueren y son mutiladas personas inocentes. ¿Con qué finalidad? Dar publicidad al movimiento, eso es todo. Los medios, ahí lo tienes. Quieren una buena cobertura. Es de interés público. Lo que quieren es dramatizar.

—Nunca pensé en llegar hasta el punto en el que, vaya por donde vaya, todo me dé lo mismo.

—Todo el plan era y es una estupidez. Un montón de gestos teatrales ridículos,

todo se lleva a cabo de manera pueril, estúpida. Imagínate el verte tan carente de recursos y estrategias que tienes que basar una operación de gran envergadura sobre una alianza puramente provisional, sobre una relación débil, debilísima, con alguien que trabaja para la propia entidad de la que has hecho tu diana, que se expone a perderlo todo, que no va a ganar nada con toda la historia. Si hubiera habido algún modo de impedir que pasara lo que le pasó a George, yo habría movido montañas.

—Soy consciente.

—Ya hablaremos más de todo esto cuando llegues —dijo Kinnear—. Hablaremos de Nueva Orleans. Pasaron cosas que no podrías creer. Trabajé un tiempo en Camp Street. A ver si adivinas quién vino en busca de un lugar para poner la oficina, en el cinco cinco cuatro de Camp. En pleno período de juego limpio con Cuba. Y quién aparecía cada dos por tres en un bar que se llamaba el Habana. Pues aún es mucho más interesante. Laberintos, procedimientos encubiertos. Relaciones raras, muy raras, vínculos extraños. Ya hablaremos.

Marina, cuando lo recogió delante del antiguo Fillmore East a las tres de la tarde, apenas lo miró. Condujo hacia el este, no dijo nada. Entraron en una nueva tase al parecer. Lyle, con camiseta y unos pantalones viejos, llevaba encima sólo cuatro o cinco dólares, sin documentos de identidad, aunque se había puesto el reloj. Sacó el brazo por la ventanilla, sintió que le entraba la modorra. Ella aparcó tras una camioneta de Mister Softee. Recorrieron a pie varias manzanas, atravesaron un solar vacío y una manzana más, con abundantes niños y hombres que jugaban a las cartas en una mesa plegable, en la acera, hasta un edificio de viviendas, de cinco plantas. Había un hombre con un pastor alemán sentado a la entrada. El perro ladró cuando se acercaron al hombre, desnudo de cintura para arriba, con un enorme bulto en el hombro. Introdujo los dedos por el collar del animal cuando pasaron de largo Marina y Lyle. Otro perro, en una vivienda de la segunda planta, se puso a ladrar cuando subieron por las escaleras. «Que te calles la boca. Será gilipollas». En el cuarto, Marina sacó unas llaves. Subieron el último tramo de escaleras.

La vivienda estaba amueblada con austeridad. Lyle se quedó junto a la ventana, mirando un gran ailanto. Cuando Marina se puso a hablar, se volvió hacia ella y se sentó en el alféizar. Había allí varias cajas de cartón, llenas de tapacubos y baterías de coche. Medio metro de un material naranja intenso, quizás nylon, sobresalía de una mochila. Del dormitorio salió un hombre que pasó entre Lyle y Marina camino del retrete. Era joven, se movió deprisa, dejó claro su deseo de no mirar a Lyle al pasar por delante.

—En la cárcel no hay nada que pueda impulsar a una persona a su autodestrucción. Ése es el cometido de las cárceles. Las verduras no se cocinan bien. No hay televisión durante veinticuatro horas. Cosas así son suficientes. Todo se viene abajo. Tu fuerza de voluntad. Tienes que depender del entorno para que te dé conciencia de ti mismo. Pero el entorno está armado justo para lo contrario. Exactamente lo contrario.

(Fue más o menos ahí donde el joven cruzó la habitación).

—Lyle, tenemos que sincerarnos. Aunque nunca más lo hagamos, hagámoslo ahora. Quiero que sepas algo de mi hermano. En su vida siempre ha existido un elemento de locura. Empleo esa palabra, y no otra de corte más clínico, porque no quiero andarme por las ramas. Quiero decírtelo con toda la claridad que pueda. Para quienes lo conocieron y lo trataron, nunca existió la menor certeza de que pudiera desatarse en un momento determinado. Violencia, ira, amenazas de suicidio, intentos reales. Había que estar dispuesto a matarlo, o a quererlo, o a quitarse de en medio. Nada más. Rafael estaba listo para morir. Eso es lo más importante acerca de él. A su alrededor, durante toda su vida, todo el mundo era una agresión contra su espíritu, su debilidad. Yo fui testigo de algunos sucesos, adelantos de su muerte. Para ser su camarada, o su hermana, había que estar más que dispuesto a aceptar las obligaciones que entrañaba. Su comportamiento, todo cuando hacía, y cuando era: eso es lo que tenías que aceptar como si fuera tu propia vida. Él necesitaba saber que lo aceptabas. Vi correr la sangre más de una vez.

Sonó la cisterna del retrete. Se abrió la puerta y el hombre volvió a cruzar la habitación, esta vez tocando la mano de Marina al pasar. Lyle calibró su estatura y su peso.

—Es importante saberlo en lo referente a Vilar, porque en cierto modo lo que aquí hacemos, o estamos a punto de hacer, proviene de él, tiene origen en sus planes, en su filosofía de la destrucción. Sólo te he hablado de un aspecto. También era inteligente, tenía títulos universitarios, podría hablar de ideas con quien fuera. Y sabía fabricar bombas. Con los explosivos era un ángel.

—¿Y tú?

—Yo soy menos interesante —dijo ella.

—Lo dudo.

—Quería que supieras la verdad. En el pasado he sido culpable de santificar a mi hermano. No tengo la menor duda de que en el parqué de Wall, 11, aquel día con George, hubo elementos autodestructivos. En cuanto a mí, hay poca cosa que revelar. Estoy decidida a aprovechar esta oportunidad que tenemos. Causar graves daños en la Bolsa, precisamente en ese sitio, de todos los que hay en el mundo. Será un momento fantástico.

—Atacar el concepto mismo del dinero.

—¿Tú crees en el valor que tenga?

—La verdad es que sí. El sistema. Las corrientes secretas. Que parezcan un poco menos inviolables. Ésa es la gran fuerza que tienen, como dijiste, o como dijo tu hermano, e incapacitarlos, aunque sea de manera pasajera, equivaldría a dar rienda suelta a todos los demonios.

—Anunciar terribles posibilidades.

—En eso creo —dijo él.

Llamó ella por su nombre al otro, a Luis. Asomó al umbral, llevaba una

muñequera de cuero muy complicada. Tenía la misma pinta que Lyle había visto en las caras de miles de jóvenes latinos en Nueva York, chicos a la entrada de los supermercados, a la espera de una compra para repartir, o moviéndose palmo a palmo en el rítmico estremecimiento del metro, de un vagón a otro, una energía secreta, un segundo nivel de conocimiento, bien alimentado por las suspicacias, y por lo tanto negativo, tendente a la resistencia, peligroso. Estaba presente en sus ojos, la compleja inteligencia de la vida callejera. Uno aprende a sacar partido. Uno les hace pagar por el hecho de que su propia existencia les deprima.

—Quiere utilizar propano.

—Me he hecho con unas bombonas —dijo Luis.

—Son muy pequeñas. Buen tamaño para lo que queremos. Me he enterado de cómo van los polvos. Tenemos una buena mezcla. Luego se añade el propano de las bombonas.

—Una bola de fuego es lo que quiere.

—Cuando explota, del propano sale una bola de fuego. Así se causan más daños. Lo único que tiene que hacer es meterme dentro y enseñarme un sitio donde lo pueda esconder. Lo hago yo, así que exacto. Ningún cabo suelto, tío.

—¿Qué tamaño tendrá todo eso? —dijo Lyle—. No te puedes presentar en el parque con una bolsa de la compra.

—Eh, tío que ya te lo he dicho. El tamaño adecuado. Para lo que queremos, claro.

—Tiene reservas, Luis.

—Vamos a desvencijar ese sitio. No va a quedar títere con cabeza. ¿Tú sabes qué ruido hace el fuego cuando sale?

—Como si succionara el aire —dijo Lyle.

—Lo único que tiene que hacer es meterme dentro.

—Luis tiene buenas manos. ¿Verdad, Luis?

—Con las bombas la cosa cambia un poco. Me tomo mi tiempo.

—Tendrías que ver lo que hace, Lyle. Con las tarjetas de crédito es el amo. A veces se le cruzan los cables, claro. Se lo estamos mirando.

—Voy a la biblioteca. Da igual qué quieras hacer: cuando sabes cómo utilizar la biblioteca, todo está ahí. Cada cosa en su sitio. Voy a la calle 40. Tienen ciencia por un tubo. Tecnología, la que quieras.

—Luis tiene un paracaídas.

—Ya me parecía.

—¿De dónde lo has sacado? Díselo a Lyle.

—Se lo robé en Jersey a una señora. Lo llevaba en el coche.

—Naranja y azul celeste.

—Yo lo vi en el maletero —dijo Lyle.

—Y una radio y una manta.

—Un vulgar ladrón —dijo ella.

—Con un poco más de tiempo, me habría llevado el propio coche.

—Cuando viene alguien, le dice que está con el gobierno. Ven el paracaídas, que es como de la CIA. Le dice que lo tiene que tener a mano, es lo que indica el manual.

—La CIA, tío. No veas.

—El manual contiene una página entera sobre cómo cuidar de tu paracaídas.

—Digo yo: eh, tío, esta noche no puedo salir contigo si piensas llevar a toda esa gente, porque en el coche no habrá sitio para mi paracaídas.

—Tiene que tenerlo a mano en todo momento.

—Lo pone en el manual.

Luis salió por la ventana a la escalera de incendios. Lyle se asomó, viéndolo trepar por la escalerilla de metal hasta el tejado. Estaba amodorrado. Dentro de noventa minutos tenía que estar de vuelta en su piso, para recoger sus cosas.

—¿Cuándo lo hacemos?

—En dos días a lo sumo todo estará listo.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos.

—Pues parece mucho más joven.

—Es que se lo curra. Se lo curra de mil maneras. Es muy rápido, se escabulle. Nunca te enteras de que se ha pirado, al menos si no lo buscas. No te creas forzosamente todo lo que dice. Le gusta inventarse un personaje sobre la marcha. No quiere que necesariamente confíes en él, ni tampoco que lo respetes. Creo que le gusta parecer que es un poco idiota cuando no conoce a alguien. Es una estrategia.

—Se refiere a mí en tercera persona.

—Es su talante.

—Incluso cuando me mira a la cara.

—Luis ha vivido aquí la mitad de su vida. A ti, él te parece una cosa. A nosotros, otra. Tu imagen de nuestra unidad obedece a una percepción especial. En realidad es una interpretación. Ves un determinado corte desde un ángulo determinado. Y todo lo coloreaba J., que en realidad ocupaba sólo una región pequeña y rutinaria de toda la operación. Todo esto no lo sabes, claro.

—¿Cuántos más hay?

—Sabes lo que tienes que saber.

—Ni más, ni menos.

—Obviamente —dijo ella.

—Es buena política, supongo.

—Es la manera de hacerlo.

—¿Debo creer a Luis cuando me dice que ha fabricado una bomba mirando las cosas en la biblioteca?

—Yo no creo que me creyera una cosa así, Lyle. No.

—De nuevo su talante. Una técnica.

—Luis viajó a Tapón y a Oriente Medio con mi hermano. Por el camino ha aprendido bastantes cosas.

—Y tiene un paracaídas.

—Lo del paracaídas te lo puedes creer. Yo me creería lo del paracaídas.

Pasaron varios minutos. El ambiente cargado se tornó un punto más sereno. Lyle cambió de sitio, de la ventana a una silla próxima a Marina. El hincapié en el hecho de decir la verdad se hizo menos pronunciado, igual que el de las actuaciones, las estrategias, las seguridades. Luis no perjudicó nada al marcharse. Tendría cuidado, Lyle tendría cuidado de no preguntar por la precisa naturaleza de la relación existente entre Marina y Luis. Uno sólo sabe lo que tiene que saber. Primer principio de la vida clandestina.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Yo desaparezco —dijo él.

—Sabrán que fue tu invitado. Ese día tuviste una visita. Le abriste la entrada del parque.

—Pero ya no estoy.

—Hay otra manera, claro. No sería preciso que Luis pusiera los pies en la bolsa. Tú mismo llevas el paquete. Lo dejas allí. De ese modo, no se te podría identificar con una segunda mano.

—Y a mitad de la noche, explota.

—Es lo más decente, claro.

—No hay segunda mano.

—Piénsalo —dijo ella.

Él estudió su cara, un instante de pequeñas complicaciones. Con los ojos, ella midió las líneas de referencia, tratando de adquirir una idea más cabal de la situación. De cara al compromiso buscaba, sin fin, el tácito abatimiento del yo del prójimo, aunque él se percató de que ahí se estaba introduciendo una tenue excepción. No todos los programas exigen una rigurosa adhesión a los códigos. Había otros intercambios aún posibles, meditaciones más dulces.

—J. dijo que tú y George...

—Cierto.

—Formaba parte de su planteamiento menos convincente. Me dijo que te habías acostado con George.

Pasó un margen de tiempo. Se decidió que iban a tener trato sexual. Sucedió sin palabras, sin emanaciones de ninguna clase. El mero sentido de opciones llevaderas que Marina había disuelto en el aire, quitando las posibilidades de morir. Ella pareció tomárselo como una condición. Sexo: el cuerpo de ella a cambio del riesgo que él corría. No, tal vez no fuera una condición. Una ecuación se acercaría más a la realidad. Un poco anticuado, ¿sí o no? Un poco ingenuo incluso. Él no lo había visto de ese modo (en realidad, no sabía cómo lo había visto), pero se dio por satisfecho con que la interpretación de ella acercase sus posturas.

El dormitorio estaba bastante oscuro, sólo recibía luz indirecta. Desnuda, a él le pareció de una belleza grave. Ella le rozó el brazo, él recordó un instante en el coche,

cuando ella le puso las manos en la cara y las botellas se estrellaban contra la acera, le recordó la extrañeza que sentía, la fuerza angulosa de sus diferencias. Entre los dos, nada era lo mismo, nada compartían. Edad, experiencia, deseos, sueños. Estaban ambos a merced de la sorpresa escueta del otro, sin que coincidieran sus historias respectivas en ningún punto. Lyle cayó en la cuenta de que hasta ese momento no había entendido la crítica naturaleza de su implicación, lo pesaroso de la misma. La realidad ajena de Marina, los secretos que nunca llegaría él a conocer, lo llevaron a ver en esa aventura algo más que mera especulación.

Tenía la cintura ancha, los pechos muy separados. Corpulenta en conjunto, falta de líneas definidas, las piernas macizas, tenía un poderío escultural, una belleza inmóvil que a él la hacía sentir raramente fuera de contexto, inadecuado por su cuerpo magro, su piel clara. No era, así pues, el remoto tenor de su personalidad lo que a él lo llevaba a la franja visible de lo que había contribuido a ensamblar, las presiones y las consecuencias. El cuerpo de ella también hablaba. Para él era un misterio el modo en que esos pechos, la unión de ambas piernas desnudas, pudiera llevarlo a sentirse más hondamente implicado en alguna trama. El cuerpo de ella era «significativo», a saber cómo. Tenía una intensidad estática, una «seriedad» que Lyle no alcanzaba a interpretar. Marina desnuda. Contra ese criterio, todo lo demás era una vacía justificación, una colección de páginas centrales, sílfides de cadena de montaje despojándose de sus sostencillos y leotardos.

Los dos estaban de pie, la cama mediaba entre ambos. La luz del respiradero, una mirada cegadora y perdida, introdujo un instante de definición en el rostro claro y fuerte de ella. Era consciente del interés contemplativo que había despertado en él. En un malentendido, se llevó las manos a los pechos. Tampoco tuvo importancia. Su cuerpo nunca estaría fuera de lugar, inexplicable como era de hecho, era un cuerpo capaz de asimilar la fallida comprensión de Lyle. Él la nutría mediante incrementos negativos. Un truco existencial.

Ella se arrodilló al borde de la cama. Él contempló las quietas divisiones que parecían contenerse en sus ojos, reproducciones secretas de la propia Marina. Intentó, sin saber ni poder cómo imaginar lo que veía ella, como si así sacara a la luz una verdad suprema sobre sí mismo, una desmesurada afirmación de su valía, conocimiento accesible sólo para las mujeres cuya gramática se le escapaba. En el instante en que ella lo miró a los genitales comenzó una erección.

En la cama, recordó al hombre del tejado. Esas cosas tienen su gracia. Inmerso en el acto sexual. Pone al descubierto la secreta sensación que uno tiene de estar implicado en algo de una cómica vergüenza. Luis en el umbral con una pistola de repetición. Se preguntó qué significaba «de repetición», por qué había pensado en ello, si tenía un sentido en facetas o estratos.

Se pasaron todo el rato haciendo el amor. Marina era una mujer abierta psicológicamente, compleja, pero tranquilizante. Al principio se movió con toda facilidad, arrastrándolo a él adentro, desmadejándolo, un ahondamiento en la

concentración de sus recursos, aferrándose a él, segmentos, trozos pequeños, pedazos de él. Midió las predisposiciones que él tuviera. Incluso se debatió un poco, reduciéndolo a él a su propio cuerpo. Él no podría haber precisado con un mínimo de exactitud cómo fue esa fase. Marina parecía conocerlo. Sus ojos eran instrumentos de una suavidad inconcebible. Ante sus imperceptibles apremios él se sintió descender, sintió que ocupaba plenamente su propio cuerpo. Cada impulso pélvico tenía un tremendo sentido. El acoplamiento a la más mínima tracción de la carne. Se dispuso, aguzó el oído pendiente de todos los ruidos, los menores clics, las tensiones, el húmedo batir de sus pectorales en contacto. Cuando terminó desplomándose en el éxtasis, una caída de fuerza descomprimida, se susurraron el uno al otro al oído, sin que mediara palabra, respirando olores y calor en crudo, sorbos de amor.

Lyle se vistió deprisa sin dejar de mirarla, recostada, la suavidad de la habitación atenuada sobre el cuerpo de ella. Se oyó un ruido en el tejado, una contusión, alguien que saltó desde una repisa más alta. Cerró la mano en torno al tobillo de ella.

—¿Cría palomas Luis ahí arriba, o a lo mejor esconde los explosivos en una chimenea?

—Una bola de fuego es lo que haremos —dijo ella.

—Uuush.

Detuvo un taxi en la Avenida C. En su piso se cambió y volvió a salir al cabo de un cuarto de hora, con la maleta ya hecha. Iba muy por delante de lo programado, anticipándose, y operaba desde un plan de viaje interior, el plan dentro del plan, algo que hacía como quien no quiere la cosa al viajar, creyente en los márgenes, en las cantidades en exceso. Tomó un taxi hasta La Guardia, aliviado cuando estuvo lejos del piso, donde estaba sujeto a los intentos de comunicarse con él que hicieran los demás. El taxista tomaba café en un vaso de plástico.

Lyle pagó su billete con una tarjeta de crédito, viendo cómo la mujer de la consola introducía varios conjuntos de información. Había pensado en viajar con nombre falso, pero llegó a la conclusión de que no había razón suficiente, y además quería eludir el presentarse así de ridículo ante alguien, quienquiera que fuese, que pudiera mostrar el menor interés por sus movimientos. Verificó que la maleta estuviera en orden y fue en busca de un sitio para tomar una copa. Aún no era de noche. Al otro lado de las pistas de aterrizaje y despegue, las estructuras más altas de Manhattan quedaban dispuestas en campos de resina fósil, esa suciedad entre castaña y amarillenta, propia de los cielos previos a que descargue la tormenta. Los edificios eran notables a esa distancia no tanto por su audacia, su llamativa pretenciosidad, como por las llamativas aspiraciones que invocaban, el humor ambarino, evocando parte del dolor y el asombro de las ruinas. Lyle no dejaba de palparse el cuerpo: llaves, billetes, dinero, etcétera.

Encontró un bar especializado en cócteles y se acomodó en la barra. Era un lugar absurdamente sombrío, como si pretendiera fomentar toda clase de intimidades

improvisadas, e incluso que dos perfectos desconocidos se metieran mano. Era algo que a veces ocurría en los aeropuertos, algo que daba a los viajeros la posibilidad de adquirir lo que restase de las comodidades tangibles antes de despedirse de la tierra firme. De un altavoz en alguna parte salía música de piano. Lyle se tomó dos copas, sin perder de vista el reloj. Cinco minutos antes de la hora de embarque salió a una cabina telefónica y marcó el número que le había dado Burks. Al hombre que contestó la llamada le dio su propio número a modo de identificación. Luego le facilitó la dirección de Marina, le dijo dónde estaba aparcado su coche, le proporcionó una descripción física de Luis (Ramírez) y una idea general del tipo de artefacto explosivo que tenía previsto montar. El hombre dijo a Lyle que no se moviera de ese teléfono. Que seguirían en contacto.

El 727 tomó tierra en el aeropuerto de Toronto. Dijo al de la aduana que iba a visitar a unos amigos, dos o tres días nada más. Alquiló un coche y condujo hacia el lago, decidido a pasar la noche en un motel llamado Green Acres. Comprobó la situación en uno de los mapas que había comprado, buscó en el callejero adjunto, topó con los nombres de Parkside, Bayview, Rosedale, Glenbrook, Forest Hill, Mt. Pleasant, Meadowbrook, Cedarcrest, Thornwood, Oakmount, Brookside, Beechwood, Ferndale, Woodlawn, Freshmeadow, Crestwood, Pine Ridge, Wülowbrook y Greenbriar.

Por la mañana cogió el coche con rumbo suroeste, unos noventa kilómetros, hasta un sitio llamado Brantford. Dejó el coche en un aparcamiento y echó a caminar. El pueblo era poco menos que un clásico, tan naturalmente seguro en sus convenciones que, supuso, J. lo habría elegido al menos en parte por su (anti) dramático efecto. Otra de sus maniobras agridulces. A Lyle, imbuido como estaba en la psicología del sigilo, las calles limpias de Brantford, su población de blancos, de lengua inglesa, le pareció que adquirirían una calidad sobrenatural, un solapamiento de la fantasía. Le resultaba todo más familiar que la calle de Nueva York en la que residía. Había hecho tan largo trayecto, había cruzado una frontera incluso, para hallar cosas que conocía de sobra a un nivel puramente colectivo. Temas comunes. Decencias de andar por casa. No se le escapó el chiste, aunque fuera a su costa más o menos, aunque ni siquiera fuera un chiste con mucha gracia.

Cruzó una plaza espaciosa y aguardó ante el moderno ayuntamiento. Pasaban diez minutos de la hora fijada cuando vio una silueta a media manzana. Reconoció su manera de caminar, el paso fluido; le resultó familiar el propio cuerpo que se desplazaba, su conjunto de líneas y filos identificativos. Pasaron sin embargo unos segundos hasta que cayó en la cuenta de quién era, quién avanzaba hacia él atravesando un grupo de niños que jugaban a algo, Rosemary Moore, meciéndose su falda a merced de la brisa. Pues claro, pensó. Ambigüedad, confusión, desinformación. Un proceso de aprendizaje. Técnicas, estrategias elaboradas.

Decidió ofrecer su más cálida sonrisa. La tomó de la mano. Le besó en la mejilla. Ella se apartó un rizo de la frente y le sugirió un sitio donde almorzar.

—Los dos solos.

—Sí te parece bien.

—Claro, por supuesto, cómo no.

Caminaron por una cuesta hasta un restaurante llamado Iron Horse, un almacén ferroviario remodelado. Estaba oscuro. En la mesa contigua, cuatro hombres discutían pormenores sobre un cargamento de yeso. Hablaban la lengua llana de las culturas industriales, un tono desinflado, sin modulaciones, clavado en un plano único, rancio. Rosemary se quitó por fin las gafas de sol indicando a Lyle que se acercase a ella, mirándolo con intensidad.

—¿De veras eres tú?

—De veras lo soy.

—Llámame Lyle. Tratémonos por el nombre de pila.

—Dejé mi trabajo.

—Dejaste tu trabajo.

—Algo tendré que encontrar, me temo.

—A la caza de un empleo.

—Tengo que ver.

—En busca de trabajo —dijo él.

—Me gustaría encontrar esta vez algo más interesante que sentarme en una mesa.

—Vuela, vuelve a la aviación comercial.

—Aquello fue horrendo. Atender a la gente. Lo odiaba.

Así siguió la cosa durante un par de copas. Él hablaba y escuchaba a un nivel determinado, observaba desde otro. Curiosa monotonía inquietante. El alcohol, la luz tenue. Los sonidos invariables que llegaban de la mesa de al lado, cargamentos y capacidades. La camarera que llegaba desde lugares embolsados y oscuros en el suelo, toda piernas, toda cono y toda culo. El contexto superficial, un paisaje inexplicablemente familiar, la cordura de una tarde en limpio.

—J. quiere saber si tuviste problemas con la parte monetaria.

—No —dijo él—. Pero dile que estoy francamente decepcionado. Díselo a J.

—Es pura precaución. No podía estar seguro al cien por cien.

—¿Te doy a ti la pasta?

—Si te parece bien.

—¿Puedo llamarle al menos?

—Ya no se le encuentra en ese número, sino en otro distinto.

—Tómame otra copa —dijo él.

—No debería.

—Bueno, si le dices que te la prepare suavemente...

—Entiendo que estarás con J. por tiempo indefinido.

—No lo sé. Aún tengo mi piso, aún me quedan dos meses como poco. Quizás me ponga a buscar trabajo. Tengo que ver.

—¿Podré conversar con él? Me dijo que ya hablaríamos.

—Son promesas tuyas.

—¿Quiere que me quede por los alrededores?

—Dijo que no te vuelvas de inmediato.

—Así que me llamará.

—Se supone que has de darme un número.

—Aún tengo que encontrar un motel. ¿Qué pasa, te vienes conmigo?

—De acuerdo —dijo ella.

—¿Te ha dicho él que lo hagas?

—¿Qué más dará?

—Llámame por mi nombre.

—Tienes que darme el teléfono.

—¿No te dijo que me lo propusieras, que me comentaras lo de irte conmigo a un motel?

—Dijo que me dieras un número, que le dieras un número donde te pueda localizar.

—¿Dónde está? ¿Cerca?

Ella asintió. Fumaron un rato en silencio y luego pidieron algo de comer. El sitio se había quedado vacío cuando terminaron de almorzar.

—Así que interpreto que estarás con él un tiempo.

—Supongo. Más o menos.

—Me impresionas. Estoy impresionado.

—¿Por qué?

—Una copa más —dijo él.

—Puede que una.

—Así que se compra una nueva identidad, ¿es eso?

—Conoce a alguien que le puede conseguir lo que necesite.

—¿Qué más?

—Practica el ir por la vida con un aspecto diferente.

—¿Cómo practica eso del aspecto diferente?

—Frente a un espejo —dijo ella.

—Me encanta.

—Estira la boca. Lo hace de tal modo que últimamente se pone espantoso. Es muy macabro si te lo cruzas de repente.

—Ejercicios de estiramiento.

—Luego quiere arreglarse el mentón.

Transitaron en coche media hora antes de encontrar un motel. Él verificó el mapa de carreteras, sin saber dónde estaba. Rosemary se sentó en una esquina de la cama, con el bolso en el regazo. Él extendió el mapa sobre un aparador pequeño, de espaldas a ella. Se fue quitando la camisa mientras intentaba recorrer con el dedo la ruta que habían tomado.

—¿Cuándo tienes que estar de vuelta?

—Cuando sea.

—¿Dónde... donde nos encontramos?

—Allí mismo está bien.

—Anota el número de teléfono, ya que estamos. Quiero tener la certeza de recibir noticias tuyas. Díselo a J. Me sentí decepcionado. Pero mientras reciba noticias pronto, todo irá sobre ruedas. El dinero está en una billetera de cuero negro, en mi chaqueta. ¿Por qué no cuentas tres mil quinientos mientras termino con esto? Dile a J. que un día o dos. Dos a lo sumo. Porque no sé qué pasará después.

A la postre se volvió hacia ella a la vez que se despojaba del resto de la ropa. Se vio al otro lado de la habitación, entró y salió de su campo visual en el espejo que había sobre el aparador. El tenue colorido. El cabello de tonalidad arenosa. Los espacios en su mirada. Era un cuerpo de longitud sin esfuerzo, proporcionado, libre de hinchazones y hundimientos. Perfecto, entendía la precisión de sus movimientos, incluso al tirar de un calcetín. Y la satisfacción de los contornos moderados. De la medianía. Un pecho y unas extremidades sin vello. Interesante esa desafección formal. La distancia que había perfeccionado. Lo veía con toda claridad, las manos, la actitud, la onda mediana de cabello crespo, los ojos grises, a la sazón fijos en sí mismos.

Ella entró en el cuarto de baño a desnudarse.

Le gustaban los moteles, su aspecto nada comprometedor, la inexpresiva autonomía que proporcionaban, una exención de algún vago imperativo, quizás la necesidad de verificar el estatus propio.

Cuando salió del cuarto de baño diez minutos después, Rosemary llevaba un falo de plástico sujeto al cuerpo.

Un perro olisqueaba riquezas ocultas a la vez que daba vueltas por un trozo de hierba, una y otra vez, asegurándose, cerciorándose del lugar. Las gaviotas eran de susto, tan grandes a esa distancia, cuando se posaban sobre las montoneras de basura y batían las alas. Ella las vio salir volando cuando un segundo coche de policía se detuvo ante el basurero. Los círculos que trazaba el perro se hicieron cada vez más pequeños, más apremiantes. Estaba a punto de dar con lo que buscaba, el morro pegado al suelo, algo enloquecido de contento antes de hallarlo. Ella se posicionó en un lugar en el que el cuerpo de Jack quedaba oculto de la vista por las excavadoras que de costumbre aplanaban los montones. De las zonas chamuscadas salía el humo a ratos. Un olor acre. Se posicionó. Había elegido el sitio con esmero. El perro, un animal alargado y gris, se largó con una mazorca en la boca.

Las gaviotas se plantaron sobre la basura, cuerpos ocasionalmente extendidos, batiendo las alas. Había latas de Ajax y de sopa Campbell. De Maxwell House, de Pepsi-Cola, de ketchup Heinz, de Budweiser. Odiaba el modo de caminar de las gaviotas. En tierra eran feísimas, sobre todo tan cerca, con el pecho henchido, rechonchas. Basura quemada. Escocía, amarga, cáustica.

Jack estaba sentado con las piernas cruzadas. Lo supo desde el primer vistazo. Ese tocón era Jack. Mientras aún estaba en el coche echó otro vistazo que tal vez duró dos segundos. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, negra, amustiada de mala manera. No hubiera sabido que se trataba de Jack de no ser por la nota que dejó, diciéndoles dónde estaba, avisándoles de que estuvieran preparados. Tras ese segundo vistazo tuvo la diligencia de interponer un objeto de grandes dimensiones entre el cuerpo de Jack y ella. Primero el coche, ahora la excavadora. Estaba encogido, descolorido, quemado por entero, hasta los músculos, los tendones, los nervios, los vasos sanguíneos, los huesos. Tenía los brazos delante, las manos cruzadas más o menos en el mismo punto que los tobillos. Había parecido algo ceremonial, el resultado de una indagación a fondo por su parte. Ella desde luego lo pensó. Pensó en cincuenta cosas distintas, revueltas todas, unas con otras, retazos fotográficos. Recordó haberse preguntado si tuvo que poner de su parte una gran fuerza de voluntad para mantener el cuerpo en esa posición durante el tiempo que tardó el fuego en negar toda semejanza de elección consciente. Las gaviotas batían las alas, graznaban.

Vio a Ethan desembarazarse de tres policías y un civil, este último al parecer el operario de la excavadora. Pammy dio por sentado que había encontrado el cadáver y había llamado a la policía. Ethan se acercó hacia ella. Masticaba chicle. Tenía un extraño aire de amenaza, un desmadejamiento en el cuerpo. Parecía adentrarse en el

suelo según caminaba, empequeñecerse mientras se acercaba, tornarse más peligroso al avanzar, como si ya no poseyera la fuerza de aglutinación, el grado de concentración que impide que se astillen las personas.

—Sí, con gasolina —dijo—. Hay una lata grande tirada a su lado.

—Quemado.

—Él mismo se prendió fuego.

—Se roció con la gasolina.

—Sí, y se pegó fuego.

Sostuvo a Ethan por la camisa, retorciendo el tejido entre ambas manos. Llegó una ambulancia, volvieron a esparcirse las gaviotas. Ethan alejó la mirada hacia los árboles, pensando en algo. Pero sin fuerza, sin embargo, sin decisión. Igual pudiera haber tratado de recordar la secuencia de los acontecimientos de una anécdota. O tal vez algo que presuntamente tenía que hacer. Un recado, cualquier pequeñez. Habían salido los de la ambulancia. Pammy no tenía ganas de pensar en la mecánica de lo que sucediera a continuación, ni tampoco de oír voces a lo lejos, ni ruidos, los ruidos que fuera preciso hacer. Varias gaviotas levantaron el vuelo, despegando del suelo las escuálidas patas, las alas ondeando, el aire revuelto alrededor. Soltó la camisa de Ethan y se volvió hacia el bosque tapándose los oídos con las manos.

Contuvo la respiración durante un rato. Durante ese lapso oyó, o sintió bajo cada mano, donde se cubría las orejas, un subrugido constante, una presión, un espacio oceánico, amortiguado, su propio cascarón enroscado, su calizo armazón para el mundo de los niños, todas las cosas suaves, el indulgente ronroneo de los animales al sol. Cuando soltó el aire, el rugido seguía ahí. Pensaba que una cosa y la otra estaban relacionadas.

Se concentró en los objetos. Tenía las manos entrelazadas con fuerza tras la nuca. Había una razón de que así fuera, pero no deseaba saber qué razón pudiera ser. Estudió las rocas cubiertas por el musgo.

Se le iba metiendo dentro. Se le agolpaba. Si destensara el cuerpo sentiría, pensó, algo irrevocable, algo irrevocable y lunático, algo irrevocable y totalmente enloquecido, a punto de suceder. Nada tenía nombre. Proclamó que todo carecía de nombre. Todo quedaba comprimido en un bloque. Trató de sobreponerse a la tendencia de aplicar propiedades al bloque. Eso le llevaría a los nombres.

Ethan volvió al cabo de un rato. Caminaron hacia el coche. La ambulancia y uno de los coches de policía ya no estaban allí. Ella iría con el policía. El otro hombre había subido a la excavadora y estaba allí sentado, fumando.

—Son muy amables. No podrían ser más amables.

—¿Cuánto tiempo estarás con ellos?

—Me llevarán de vuelta en cuanto terminemos. A menos que no quieras ir allí. Puedes venir con nosotros.

—Ethan, ¿qué es lo que hizo Jack?

—No lo sé.

—Quiero decir... ¿qué hizo?

En la casa, recogió y limpió. Puso cada cosa en su sitio original. Quería que todo quedase como estaba cuando llegaron. Sonó el teléfono. Era Lyle. Le contó lo de Jack, comenzando un largo y a veces delirante monólogo. Recayó en el relato de sueños recientes. Trató de hablar entre períodos de bostezos que eran como ataques, algún flujo autónomo del aparato nervioso. Lyle la pudo calmar a la larga. Le resumió lo ocurrido en frases cortas, meros enunciados. Pareció servir de ayuda el descomponer la historia en segmentos coherentes. Suavizó el tormento surreal, la sensación de aberración. Oír la secuencia reafirmada de manera inteligible le supo en ese momento a algo más que a mero consuelo. Le aportó un punto focal, un punto diferenciado y nítido, en el que las cosas concebiblemente pudieran desvanecerse al cabo de un rato, caos y divergencias, enemigos de Dios.

—¿Estarás bien?

—Sí.

—¿Volverá Ethan pronto?

—Eso creo.

—No será tan duro cuando dejes de estar sola. Llegará dentro de un rato. Y yo te veré muy pronto. Será todo más llevadero cuando vuelvas a la ciudad, con la gente.

—Lo sé.

—Dile a Ethan que almorzaremos cuando vuelva. Que me llame, díselo. Quedaremos para almorzar.

—De acuerdo.

—En realidad, ahora mismo no estoy en Nueva York. Estoy en un motel, en el extranjero. Igual da que te lo creas o no. En fin, Canadá. Asunto de negocios. Nada especial. Pero me marcho en cuanto cuelgue. Volveré a casa en cuestión de horas.

—Supongo que nos iremos mañana, depende.

—No me llames al piso —dijo—. No voy a contestar a ninguna llamada durante un tiempo.

Se tomó un té mientras esperaba el regreso de Ethan. Se sentaron fuera. Él no llevaba nada más que su camisa de manga corta a pesar del frío. Pammy se preguntó si sería acertado llevarle un jersey. Decidió por fin que podría tomárselo en cierto modo como una imposición, un sutil empequeñecimiento de su desasosiego. ¿Qué consuelo, en verdad, podía darle una prenda de abrigo? Se le ocurrió que la gente de manera inconsciente honra los procesos del mundo físico, danza de manera fatalista con la naturaleza siempre que la muerte se lleva a un ser cercano. Creyó que Ethan quería sentir lo que había allí. Si lloviera, no se movería del sitio. Si ella le echase un jersey sobre los hombros, igual podría quitárselo. Nos reducimos a comer y a dormir, como mucho. Rudimentos, pensó. El mínimo, sea lo que sea. A eso nos vemos reducidos. Vio el colorido extenderse por el cielo, más allá de Camden Hills. Un crepúsculo es la historia del día del mundo. Se desenredan alejándose de ellos, suspendidos como los astronautas del revés, pero cómodos en sus asientos, a lomos

de la noche, a medida que las primeras estrellas se encienden.

—No hay aquí un buen centro de quemados. Aunque Jack hubiese sobrevivido —dijo él—. Habrían tenido que llevarlo a toda velocidad a Baltimore, lo cual es ridículo, si se piensa lo lejos que estamos.

—¿No te referirás a Boston?

—No hay en todo Boston nada comparable a lo que hay en Baltimore. Habrían tenido que llevarlo primero a Bangor, o bien a Bar Harbor. Luego en avión a Boston o a Nueva York, me imagino. Y de allí a Baltimore. Así que aunque hubiera sobrevivido...

—Ethan, lo único que cuenta es el tiempo. Eso es lo único que sirve de alivio. El tiempo lo cambia todo. Al cabo de un tiempo no dolerá tanto. Eso es lo único en que puedes creer ahora. En eso has de concentrarte. El tiempo te lo hará más llevadero.

—Las consolaciones del tiempo.

—Eso es. Ni más ni menos. Es lo único que hay.

—El poder sanador del tiempo.

—¿Te burlas de mí?

—Mi tiempo es tu tiempo.

—Lo digo porque no creo que tenga ninguna gracia.

—Yo me veo como un viejo —dijo él—. Voy cojeando a la tienda, a por queso cremoso y un melocotón. Sólo compro por unidades. Un panecillo, un melocotón, una botella de tónico de alcachofa. «Dígame, joven: ¿cuánto cuesta ese pepino? No, ése no, el otro». Me planto en un rincón de la tienda y saco el monedero, a ver si tengo suficiente.

—Basta, de veras.

—Estoy totalmente solo. No hay nadie que me ayude con la compra. Compro pan rancio para ahorrar dinero. Los chiquillos van corriendo entre los carritos de la compra. Me golpean, pierdo el equilibrio. Apenas sí se dan cuenta. Sus madres no dicen nada. Soy casi invisible. Me planto en un rincón de la tienda y cuento las monedas sueltas, algún billete doblado mil veces. Compro una cebolla, un solo paquete de margarina.

—Podría tratarse de mi padre —dijo ella—, lo cual te aseguro que no tiene ni pizca de gracia.

—Los huevos, como mínimo media docena.

—Hay gente que vive así.

—Voy cojeando por los pasillos. Mi cuerpo es tan arcaico que a nadie ofende. Todos los olores se me han reblandecido encima. Ni siquiera tengo el placer de olerme en la cama. Me dicen que como mínimo media docena. Digo que estoy tan débil que no puedo romper el cartón. Todo lo que alcanzo a hacer es sacar uno solo. Mínimo seis. Ésa es la norma. Vivo solo. Todos mis amigos han muerto, Jack en especial, el adorable, el inútil de Jack. Me planto en un rincón de la tienda y carraspeo hasta que se forma la flema. Es algo sobre lo que guardo un gran recelo.

Esputo en secreto. He aprendido cómo hacerlo sin que se me oiga apenas. Noto que se amasa la flema acumulada al fondo de la boca. Esputo otro poco más. Un viejo flematoso. No tiene ninguna gracia —dijo—. Yo que tú no me reiría.

Ella decidió no volver en avión. El trayecto en bus era de once horas. Al ver a un niño pequeño por el pasillo, camino del aseo, Pammy sonrió a punto de llorar. Se le formaron arrugas en torno a los ojos y se le puso la cara lustrosa, muestra de un complejo pesar. Los álamos muertos que flanqueaban la carretera dieron una respuesta más grave. Nunca los había visto en tales cantidades, silenciados por las heladas, cosas oscuras, larguiruchas, las ramas arqueadas. Era sobrecogedor tanto despojamiento, las casas de madera blanca, a veces con una torreta, o rematadas por una galería, y las gentes que allí vivieran, qué aire tan distinto les daban los álamos muertos, qué resonancia, qué ahondamiento de la experiencia, una sensación de haber sobrevivido a algo, por más que supiera que se proyectaba ella en su percepción, en lo que sólo alcanzaba a entrever, profesores de piano (un rótulo en una ventana), comerciantes de peltre y de antigüedades marineras. Estaba ansiosa por volver al piso, encerrarse de nuevo, librarse de la necesidad de reaccionar ante las cosas. Eran momentos archisabidos, nada más, tan simples como para pasar inadvertidos en otras ocasiones. Un parterre en pendiente. Un helecho mustio en una ventana. Quiso librarse de esos fragmentos del mediodía costero, pestaños embrollados tan perecederos, que tanto le afectaban. Y la extraña disquisición de Ethan la noche anterior, su inexpresiva novelita. También ansiaba librarse de eso.

Así pues, no se sintió desdichada al poner el pie en la Octava Avenida, más o menos a las diez de la noche, parte del morbosos bazar que brota delante de la terminal de autobuses todas las noches del verano, extendiéndose sobre la humedad y el hedor. Hombres inquietos escogidos en la miscelánea. Pigmentaciones, estilos, dialectos, persuasiones. Conjuntos de ojos la siguieron hasta la esquina. Inmediatamente al este, al oeste y al sur estaban las calles más comerciales, a esas horas desiertas y oscuras, un sistema radial de desolación, quizás una necrópolis más cierta, la zona subyacente a la que aspira todo desolado neón.

Su taxi salió a toda velocidad hacia el este, como si estuviera en un tris de tirar por la borda la mitad posterior. El piso estaba sereno. Los objetos se hallaban envueltos por una pálida luz, renacidos. Una cesta de mimbre que había olvidado que tuvieran. Una silla de anea que habían comprado justo antes de marcharse ella. Su recuerdo en las cosas.

No podía conciliar el sueño. El largo trayecto aún se devanaba en su cuerpo, temblores, rayazos. Encendió el televisor en blanco y negro, el del dormitorio. Daban una película antigua, insustancial y aburrida, cosecha de los años cincuenta. Había un hombre, el héroe, cuya vida de clase media se iba haciendo añicos poco a poco. Primero su hermano, la oveja negra de la familia, seriamente endeudado, perseguido por unos mañosos de chichinabo. Llamadas telefónicas, reuniones, un diálogo sesgado. Luego estaba su esposa, hospitalizada, al parecer muñéndose de una

enfermedad de la que nadie quería ni hablar. En una serie de escenas tediosamente detalladas, aparecía investida de valentía, de cólera, de recapitación, de estridencia. Pammy no pudo dejar de mirarla. Era tan de medio pelo que resultaba magnética. Experimentó una casi total obliteración de la conciencia. A lo largo de los anuncios, de fabricantes de piscinas y de institutos de informática, aguantó en la silla junto a la cama. A medida que la película fue tornándose más sensiblera, su enojo fue en aumento. La ventanilla del autobús se había convertido en una pantalla de televisión llena de duelos en serie. El hijo mayor del héroe comenzó a pasar por estados sucesivos de lo que el médico llamó «sensibilidad reducida». Se sentaba en el suelo presa del estupor, incapaz de hablar, o negándose en redondo a decir nada, las extremidades inmóviles. Fueron en aumento las llamadas telefónicas del hermano del héroe. Necesitaba pasta y la necesitaba ya, si no... Otra escena de hospital. La esposa recitaba un pasaje de una carta de amor que el héroe le había escrito cuando eran jóvenes los dos.

Pammy estaba rebosante de emoción. Trató de quitársela de encima, a sabiendas de que era una emoción teñida por la artificialidad de la película, por lo sencillamente horrorosa que era. Notó que se henchía en ella, a su través, esa pena inmensa. Su rostro adquirió cierto tinte. Se pasó la mano derecha por el lado de la cabeza, los dedos bien abiertos. Le sobrevino entonces un sollozo liberador, imparable, una avalancha. Siguió sentada con las manos en las sienes por espacio de un cuarto de hora, llorando, cuando murió la esposa, se recuperó el niño, el hermano juró recuperar su amor propio, y el héroe con pantalones de pinzas veía a su hijo menor cabalgar en un pony.

Eso hacían las películas a las personas, fuesen o no horrorosas. Por fin se levantó y fue a la cocina. Le pareció que tenía la cara recién terminada, una superficie externa de un tejido en carne viva. Supuso que había ido dejándose llevar hasta eso. Había por doquier placeres desconcertantes, topografías enteras predisuestas de modo que las personas reaccionaran ante un estímulo del mercado de masas. No era nada malo sucumbir a unos cuantos sentimientos falseados. Le apetecía un bocadillo de rosbif, una cerveza fría. Allí no había más que sopas de sobre.

Pasaba de la medianoche, pero a la vuelta de la esquina había una *delicatessen* que no cerraba. Se vistió y bajó a la calle, sorprendida de no encontrársela desierta. El quiosco de prensa aún hacía negocio, igual que la *deli*, el puesto de los *bagels*, el de las pizzas y el *souvlaki*, los bares, la heladería, la hamburguesería. Aún hacía calor, la gente iba en mangas de camisa, tejanos y pantalones cortos, sandalias y zapatillas de andar por casa. Algunos hombres y mujeres de edad avanzada estaban sentados delante de los portales de sus viviendas. Gesticulaban, picaban unas aceitunas o unas almendras. Todo el mundo comía algo. Mirase por donde mirase, veía bocas en pleno ejercicio, gente que manipulaba comida, que la pasaba de mano en mano, cartones de patatas fritas, cucuruchos de azúcar con dos bolas, y que hablaba, que se jaleaba, servilletas de papel que flotaban en el aire liviano. Una calle normal. Nada de

particular. Ni un teatro a la vista, nada que explicase la presencia de tantísima gente. Todos dale que dale a la sin hueso. Nueva York, versión oral. Declamación entre bolo y bolo alimenticio. Crujidos y chapaleos. Perenne parloteo. La reina de las ciudades parlanchinas. Pammy tuvo que guardar cola. El que le atendió en el mostrador se lamió el bigote y puso los ojos en blanco.

Salió con una pequeña bolsa de comestibles. Los motores espectrales seguían zumbando por doquier: por las cloacas, bajo las escaleras de los sótanos, en los aparatos de aire acondicionado, en las rendijas de las aceras. Cuántas texturas complicadas. Taxis que empujaban. Lámparas de vapor de sodio. La ciudad era irracionalmente insistente en su propia belleza fibrosa, los acuerdos entretejidos de la podredumbre y del genio que planteaban a la sensibilidad de cualquiera un reto para superarse. Siluetas de árboles en los terrados. Basureros a media noche, apilando hileras de cubos metálicos en las aceras. Y siempre esa exigencia de sección de metal, un alma que se impone, que lastra y defrauda, medio local, aunque libre, provista de su botón tribal, adecuada a un diseño inmenso.

Caminó bajo una marquesina de un albergue para vagabundos. Decía: transitorios. Algo en esa palabra la confundió. Adquiría una tonalidad abstracta, como sucedía con las palabras en su experiencia (aunque no a menudo), si subsistían en su mente en calidad de unidades de lenguaje que misteriosamente se habían evadido de toda responsabilidad. Transisterías. Lo que transmitía no podía traducirse en palabras. El valor funcional se había deslizado fuera de la corteza, se había volatilizado. Pammy dejó de caminar, volvió el cuerpo por completo y leyó de nuevo el rótulo. Pasaron segundos antes de que aprehendiese su sentido.

EL MOTEL

El silencio nunca es completo, ¿verdad? La electricidad estática de la habitación. Los matices y murmullos inherentes. Y la mujer en la cama. Su respiración acompasada. Él no sabe con total certeza si está dormida. La verdad es que nunca la ha visto dormir. Sospecha que tiene el sueño ligero. Hay algo en ella, un aspecto más de su determinación de sacar adelante sus planes, de hacerse utilizar, que hace pensar en una fuerte resistencia a la exuberancia que entraña el sueño profundo. A él le resulta difícil imaginarla en el trance de alcanzar las honduras del sueño, esa culminación de sangre caliente, de adormecimiento final, el punto en el que el sueño pasa a ser la pulsión vital del subconsciente, como la marea, un estado más allá de los sueños propiamente dichos. Ver a una mujer en esa fase del sueño, palpitante, obviamente en contacto directo con los misterios, nunca dejará de preocuparle un poco. En tales situaciones parece encarnarse una modalidad de la totalidad, una inmanencia, una verdad unitaria, a la altura de todo lo cual no están sus sentimientos.

Está descalzo y se ha quitado la camisa, que reposa sobre el respaldo de una silla. Lleva los pantalones con el cinturón desabrochado. La habitación está a oscuras. Se pregunta por la tendencia, tan propia de los moteles, de volver las cosas hacia el interior. Son una invención peculiar, poderosamente abstracta. Parecen ser la idea de algo, estar aún a la espera de hallar plena expresión en una forma concreta. Le entran ganas de preguntar si no hay algo más. ¿Qué hay detrás? Ha de ser el viajero, el automovilista, el que se detiene, quien da cuerpo a ese concepto. Una interioridad en espiral, cada vez más profunda. Racionalidad, análisis, comprensión de uno mismo. Dedicar un instante a imaginar que este inmenso sistema de habitaciones casi idénticas, repartido por el mundo entero, se ha creado así para que las personas dispongan de un lugar donde asustarse con cierta regularidad. Las cáscaras de nuestras variadas búsquedas. Algún lugar donde asumir nuestros temores. Suelta una risa corta, un resoplido nasal.

Sonará el teléfono y se le indicará que vaya a un determinado lugar. Se le darán instrucciones detalladas. El número es conocido. Ya se ha comunicado antes. Se han dado ciertas garantías. Sólo es cuestión de tiempo. Volverá a impacientarse, desde luego. Tomará la resolución de irse. Pero esta vez sonará el teléfono y la misma voz de antes le dará instrucciones de naturaleza más detallada.

Emite el sonido «m», lo prolonga, le añade un asomo de vibrato al final. Vuelve a reírse. Raya el alba al parecer, mero atisbo, tal vez pura imaginación. No le apetece en especial que se haga de día. Emite el mismo sonido sin mover los labios, sin expresión.

Lo vemos de pie junto a la cama. La mujer le ha hecho tres visitas a lo largo de

los dos días pasados desde que ocupa la habitación. Ahora está tumbada boca abajo, con un brazo sobre la almohada, el otro al costado. Aunque él siempre ha conocido cuáles son los límites de la mujer, los arenales invariables de su ser, se pregunta si su propia existencia es acaso más íntegra que la de ella. Quizás eso equivalga en cierto modo a una apreciación. Que el entrelazamiento de los cuerpos deba arrojar una medida de estima le sorprende, se le antoja pura incongruencia en este caso. Se fija en la palidez de la mujer. Un brillo aterciopelado a lo largo de la base de la columna vertebral. Ella sabe cosas. No está insensibilizada hasta la médula. Por ejemplo, ella sabe cómo es el alma de él.

(En ese momento, con su juguete de plástico blanco puesto, ese momento anómalo, sardónico, que a punto está de frisar en la crueldad, un opúsculo de brutal revelación, ella le hace saber que era un instrumento, que ella misma era el juguete, mera apariencia. Vibrador. Dicho como soñoliento murmullo infantil. Sólo se rozaron en calidad de colaboradores, de soñadores en un mar de satisfacción incolora).

La complicidad de ella posibilita que él se quede. Le mira las concavidades de las nalgas. La oscura hendidura. El anillo de carne allí enterrado. Lo vemos caminar hasta la mesa, donde toma el mapa que lleva adjunto un callejero. Se lo lleva a la silla, en la cual se estira.

La idea consiste en organizar esa vacuidad. En el índice del callejero ve Briarfield, Hillside, Woodhaven, Oíd Mili, Riverhead, Manor Road, Shady Oaks, Lakeside, Highbrook, Sunnydale, Grove Park, Knollwood, Glencrest, Seacliff y Greenvale. Todos estos nombres le resultan un maravilloso descanso, sin asomo de tensión. Son una letanía litúrgica, un conjunto de consolaciones morales. Un universo estructurado sobre tales coordenadas tendría el mérito de la sustancia y la familiaridad. Se nota algo mareado, parpadea deprisa, deja que el mapa se deslice hasta el suelo.

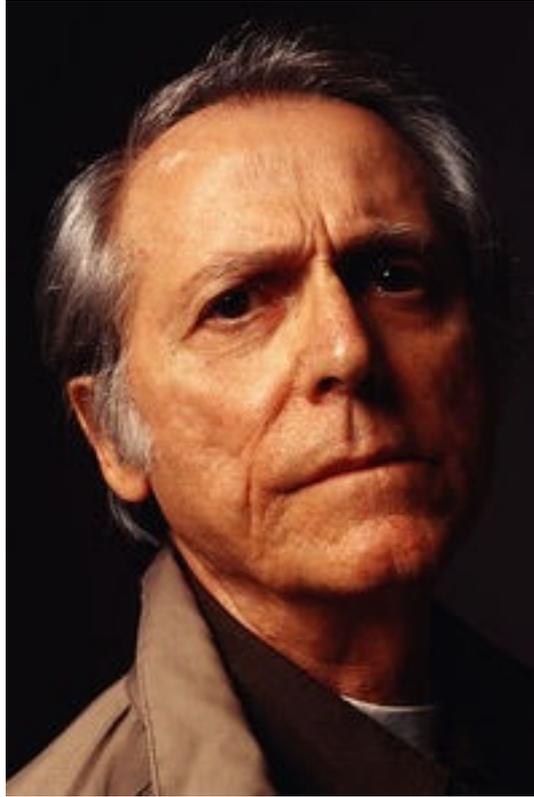
Al cabo de un rato se quita los pantalones. Con cuidado de no molestar a la mujer, con la cual no está ahora preparado para intercambiar ni palabras ni miradas, se acomoda en la cama. Apoya toda la región superior del cuerpo sobre un codo y se reclina de costado, de cara al teléfono. El instinto le dice que no tardará en sonar. Decide organizarse la espera. Eso le ayudará a poner las cosas en orden sistemático, o al menos le prestará la ilusión de un orden sistemático. Para eso, lo mejor son los números. Decide contar hasta cien. Si no suena el teléfono cuando llegue a cien, su instinto le habrá engañado, el orden se habrá resquebrajado, su espera quedará abierta a magnitudes de un espacio gris. Recogerá sus cosas, se irá. Cien es el margen máximo de su consentimiento pasivo.

Cuando nada sucede, reduce la cuenta a cincuenta. Cuando llegue a cincuenta se levantará, se vestirá, recogerá sus cosas y se irá. Cuenta hasta cincuenta. Cuando nada sucede, reduce la cuenta a veinticinco.

Un destello de luz al borde de la ventana. Minutos, centímetros después, la luz del sol inunda la habitación. El aire condensa las partículas. Las motas se iluminan, una

serie de tormentas de energía. El ángulo de incidencia de la luz es directo, es severo, lo que da a las personas que hay en la cama, a nuestros ojos, aspecto de hallarse dentro de un marco especial, una forma intrínseca que es perceptible, al margen de la aglutinación animal de las propiedades y funciones puramente físicas. Es de agradecer, nos absuelve de nuestro secreto conocimiento. Toda la habitación, el motel entero se rinde a ese instante de ablución lumínica. Los espacios y lo que contengan ya no son explicación, ya no significan, ya no sirven de ejemplo, ya no representan nada.

La figura reclinada sobre el codo, por ejemplo, es apenas reconocible como un varón. Despojándose de su capacidad y de sus rasgos a toda velocidad, aún se le podría describir (pero ha de ser muy deprisa) como un ser bien formado, sensible, bello. Nada más sabemos de él.



DON DELILLO (Nueva York, 1936) es un escritor estadounidense de origen italiano, conocido por sus novelas que retratan la vida americana a finales del siglo xx y principios del xxi. Es considerado por la crítica especializada como una de las figuras centrales del posmodernismo literario. Se tituló en la Universidad de Fordham, tras lo que se dedicó a trabajar como redactor para una agencia de publicidad. Comenzó a escribir siendo un adolescente, gracias a un hábito de lectura intensiva adquirido a lo largo de un empleo aburrido de vigilante de un aparcamiento.

Notas

[1] En castellano en el original. (N. del t.) <<

[2] En castellano en el original. (N. del t.) <<

[3] Ídem (N. del t.) <<